



S. A. R. el Infante D. Jaime en Barcelona

* El Infante, acompañado por el Presidente del Consejo y el Capitán General de Cataluña, pasando revista á las tropas que le rindieron honores en el momento de desembarcar (Fot. Gaspar)

La visita de S. A. R. el Infante D. Jaime á Valencia



S. A. R. el Infante D. Jaime, acompañado por el Presidente del Consejo, marqués de Estella, en Valencia.—En la fotografía superior: la visita del Infante y del Jefe del Gobierno á la Lonja de la Seda.—En la fotografía inferior: el Infante y el Presidente cruzan á pie las calles, dirigiéndose al nuevo Mercado Central (Fots. Desfilis-Barberá)



CAMARAFIL

TODA ESPAÑA EN EL RETIRO

El ministro de Instrucción Pública, el alcalde de Madrid y otras personalidades, examinando el gran mapa de España colocado, para cultura pública, cerca de la Rosaleda, en el Retiro. Este mapa en relieve, con ríos por los que corre el agua y que desembocan en un estanque que hace las veces de mar, es obra del Instituto Cartográfico y obsequio que este Instituto hace al pueblo de Madrid (Fot. Díaz Casariego)

FIESTAS DE EVOCACIÓN HISTÓRICA EN EL ESCORIAL



He aquí dos interesantes aspectos de las fiestas de evocación histórica celebradas recientemente en el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial. Estas fiestas, en las que se han resucitado tipos y ambiente de la época de Felipe IV, han tenido gran brillantez, asistiendo á ellas el ministro de Hacienda

(Fots. Díaz Casariego)

UN publicista culto y laborioso, monsieur Ossip Lourié, ha tenido la feliz ocurrencia de reunir en un tomo los «pensamientos más notables que acerca del hombre y de la sociedad, de la religión, del poder, del patriotismo, del militarismo, del trabajo, de la ciencia, del feminismo, del amor, del matrimonio y de la muerte» dejó dispersos en su vastísima obra el autor egregio de *La guerra y la paz* y de *Ana Karénine*.

«Con este libro—dice el recopilador—los que ya conocen a Tolstoi, revivirán su espíritu; los que le conocen mal, le descubrirán y penetrarán mejor; los que le ignoran adquirirán el deseo de estudiarle.»

En el multiforme, intenso y fecundo vivir de León Tolstoi, la crítica señala tres fases ó momentos claramente desligados uno de otro. A saber: la juventud, la virilidad y la vejez. En ningún otro escritor el tiempo trazó surcos más rectilíneos ni más hondos, y esas líneas constituyen una orientación inexorable hacia el Amor, que es el Bien.

Como San Pablo, como San Agustín, el solitario de Iasnaia-Poliana tuvo una mocedad turbulenta, disipada y cruel. Cuando la hoguera carnal se tranquilizó un tanto y pudo concentrarse en sí mismo, comenzó á atormentarle la idea no de «cómo se vive», sino de «por qué se vive»; es decir, de la razón «que justifica la vida», problema terrible que torturó á Nietzsche y sembró en su cerebro la locura. Entonces aplicóse ávidamente al estudio de la biología y de la física, y halló «que las ciencias desconocen las cuestiones de la vida». De este desengaño profundo nació en su apasionado corazón el deseo de suicidarse.

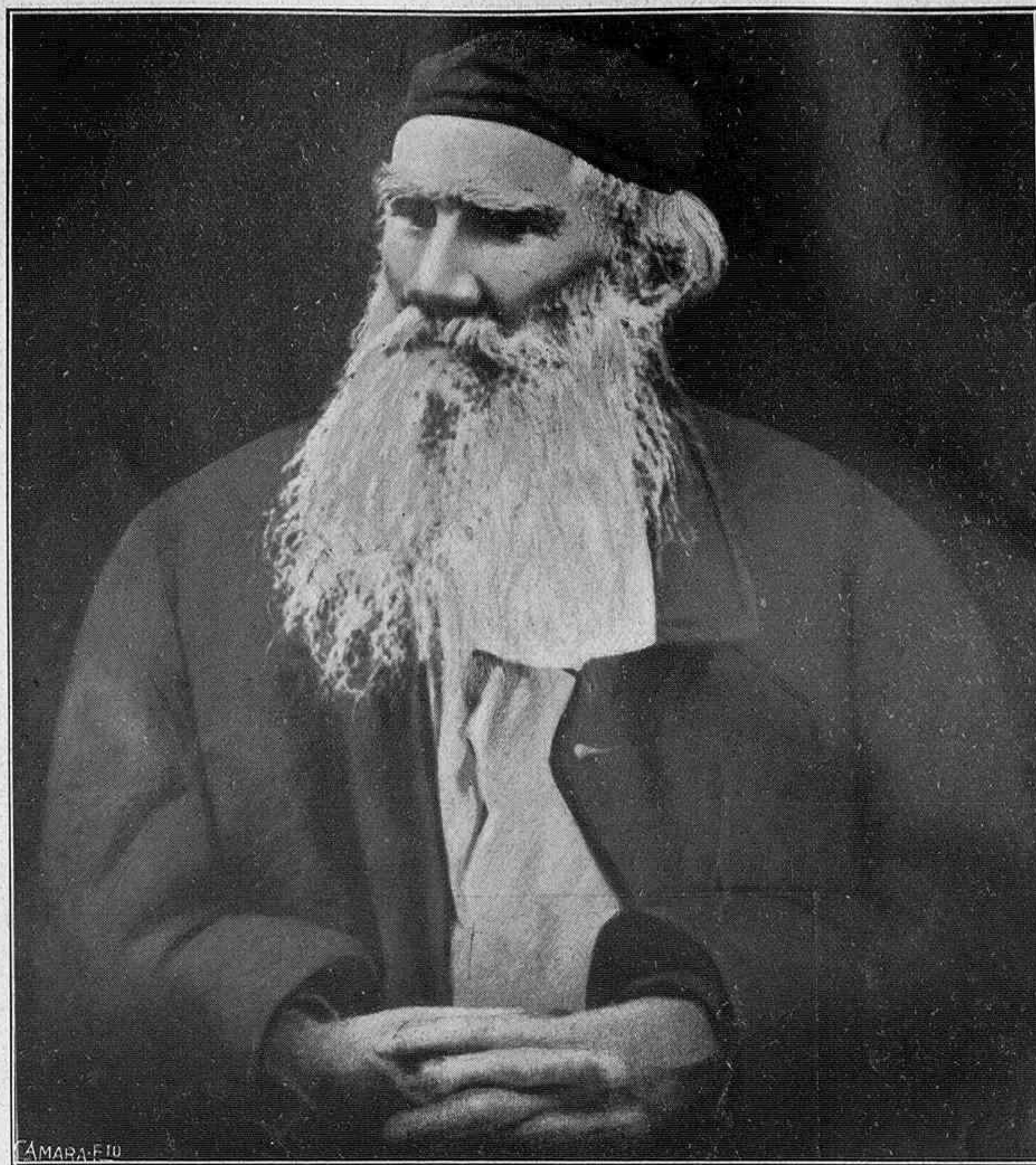
«Yo quería—declara en *Mi confesión*—desembarazarme de la vida con auxilio de una cuerda ó de una bala. La idea de suicidarme se me ofrecía tan halagadora que necesitaba engañarme á mí mismo para no realizarla demasiado pronto.»

A los cincuenta años Tolstoi cedió á la atracción sirena de la muerte, y se ahorcó. Afortunadamente, la viga de donde fué á colgarse cedió al peso de su cuerpo, que era muy crecido y robusto y, merced á esta coincidencia, milagrosamente salvó la vida. Prueba tan durísima conmovió y transformó su espíritu. Sus ojos se vuelven hacia el cristianismo primitivo.

«Jesús me ha salvado»—escribe.

Este es el Tolstoi de la barba blanca y frondosa, el Tolstoi vestido de blusa y calzado con recios zapatos montaraces, que debemos leer atentamente, porque su voz hermana resplandece en la noche del eterno dolor social como un faro en las tinieblas de la borrasca. Según de un bosque se desprenden los aromas de todas las plantas, de todas las flores, de todas las savias y resinas que viven en él, de idéntica manera el conjunto de volúmenes de ese gran espíritu que simultáneamente supo ser bueno y sabio, vaheando un perfume inextinguible de misericordia, una fragancia caudalosa de abnegación, de indulgencia, de filantropía y de sacrificio. Tolstoi, al iniciarse el ocaso de su gloriosa vida, halló, por fin, aquel «por qué se vive» tan ansiosamente buscado. El amor al prójimo, el amor con que aliviamos el sufrimiento de nuestros semejantes, el noble anhelo de favorecer á los demás mientras ellos, á su vez, nos ayudan, es lo único que «justifica la vida». La verdadera felicidad colectiva es la

EL GUINOL DE LA SEMANA



TOLSTOI

ner el bienestar de los holgazanes y de los ricos. Todos somos hermanos, y vivo de predicar á los hombres una falsa fe cristiana en la que no creo, y que les impide conocer la verdad. Todos somos hermanos, y si no es por dinero, no prestaré al pobre mis auxilios de pedagogo, de médico ó de escritor. Todos somos hermanos, y cobro un sueldo por disponerme al asesinato; aprenderé á matar, fabricaré armas y pólvora y levantaré fortalezas.»

«La riqueza es la causa principal de la miseria.»

«El pueblo tiene hambre porque nosotros comemos demasiado.»

«Antes de darle al pueblo sacerdotes, soldados, jueces, médicos y profesores, debíamos informarnos de si tiene hambre.»

«Si queremos socorrer á los hombres, debemos empezar por no explotarlos.»

«La escuela donde se obliga á estudiar en tres años lo que puede estudiarse en tres meses, es una escuela de pereza y de vagancia.»

«La marcha de la humanidad hacia el bien no se debe á los tiranos, sino á los mártires.»

Y la dulce voz sigue... sigue... sin cansarse.

Evidentemente, el autor de *Resurrección* es disolvente, es anárquico. Pero es disolvente porque predica el Bien; y la Humanidad, ahora como siempre, vive en la injusticia, en la tiranía, en el dolor; y porque vive en el dolor y gracias al dolor siente miedo al Bien.

En mi libro *Los vivos muertos*, alguien dice: «Si todos tuviésemos el heroísmo de ser buenos, la sociedad actual saltaría en pedazos.»

suma de todas las felicidades individuales; y si no vivimos para amarnos, para indultarnos, para abrazarnos en este brevísimo tránsito de nuestras conciencias sobre la tierra, ¿para qué queremos vivir?...

Oigamos al maestro: su estilo tiene la dulzura del Evangelio; la serenidad estoica de Sócrates; la sencillez honda y mística—sencillez panteísta—de los textos milenarios que dictó el Oriente; la tersura transparente de las aguas dormidas. Un olor á sándalo se escapa de sus libros.

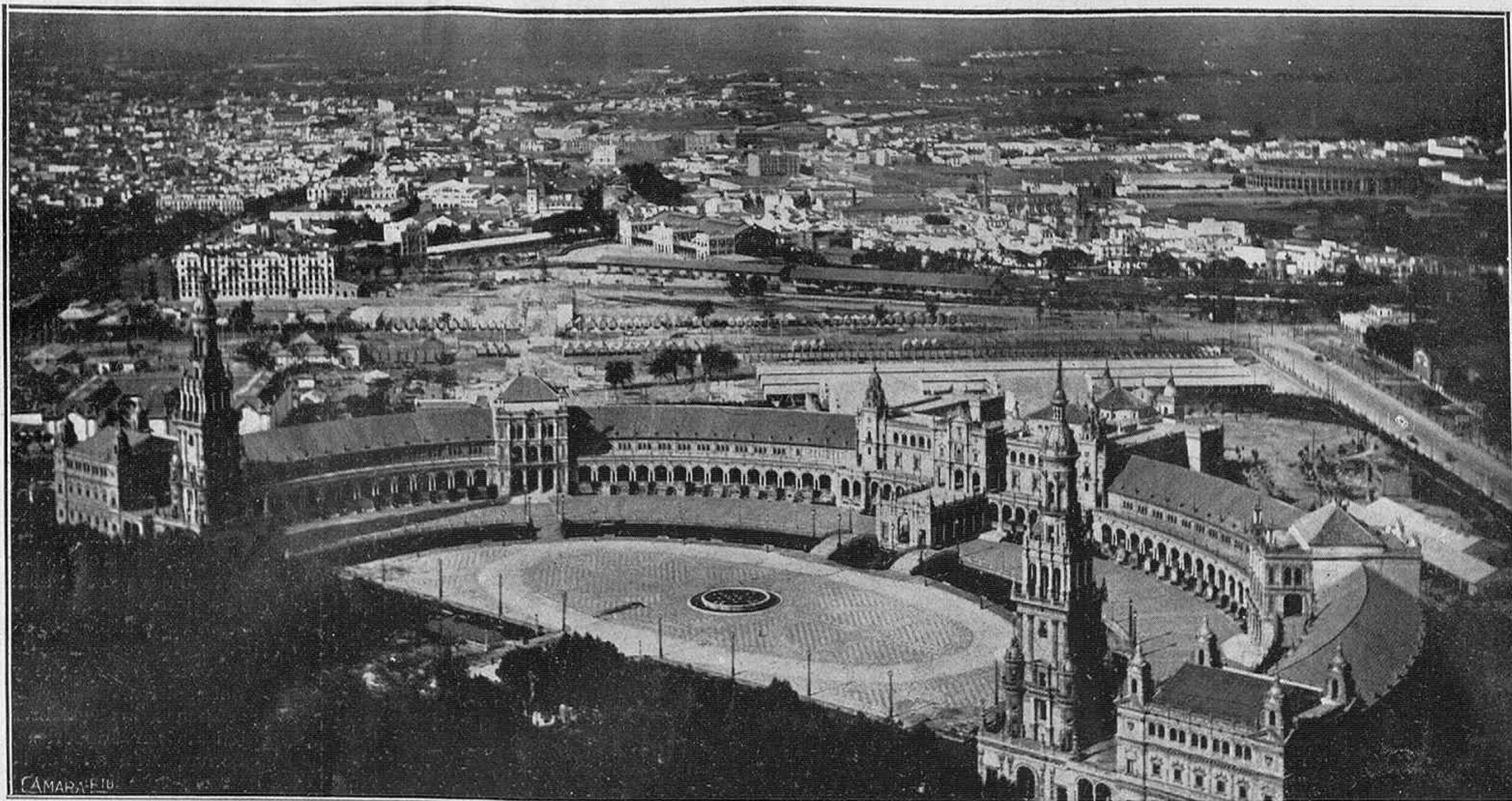
Dice:

«La verdadera vida es la de la colectividad y no la de cada hombre, en particular. Todos debemos trabajar para el bien del prójimo.»

«No es posible reparirse, á la vez, entre la falsa vida de la carne y la del espíritu.»

«Apenas los hombres dejen de ser hipócritas, se convencerán de que la dura organización social que les oprime y aparece ante ellos como algo indestructible, necesario, sagrado y nacido de Dios, se halla cimentada sobre la hipocresía y la mentira, y que somos nosotros los que la mantenemos.»

«Todos somos hermanos, ¡y, sin embargo, yo recibo un sueldo para interrogar, juzgar y condenar al ladrón ó á la prostituta, cuyos actos provienen de la defectuosa organización colectiva, y á los cuales, por lo mismo, no debo ni condenar ni castigar. Todos somos hermanos, y vivo del sueldo que me designan para cobrar los impuestos que pesan sobre los industriales laboriosos y emplear luego este dinero en soste-



Los valores artísticos de la Exposición Iberoamericana

Lo primero que maravilla al espectador absorto que visita la Exposición Iberoamericana son sus valores artísticos, tan señalados y eminentes, que parecen ser el objeto fundamental del magno Certamen.

Y no podía ser de otra manera, puesto que en todas las manifestaciones de la Exposición es la belleza lo que más resplandece y lo que más atrae y cautiva.

Así lo reclamaron, desde que se iniciara el alto pensamiento, la espléndida y peregrina ciudad donde habría de plasmarse, ciudad guardadora de los más ricos tesoros de todas las bellezas, desde la belleza arquitectónica de sus más monumentales edificios, hasta la más encantadora de sus brujos jardines y de sus lindas y salerosas mujeres.

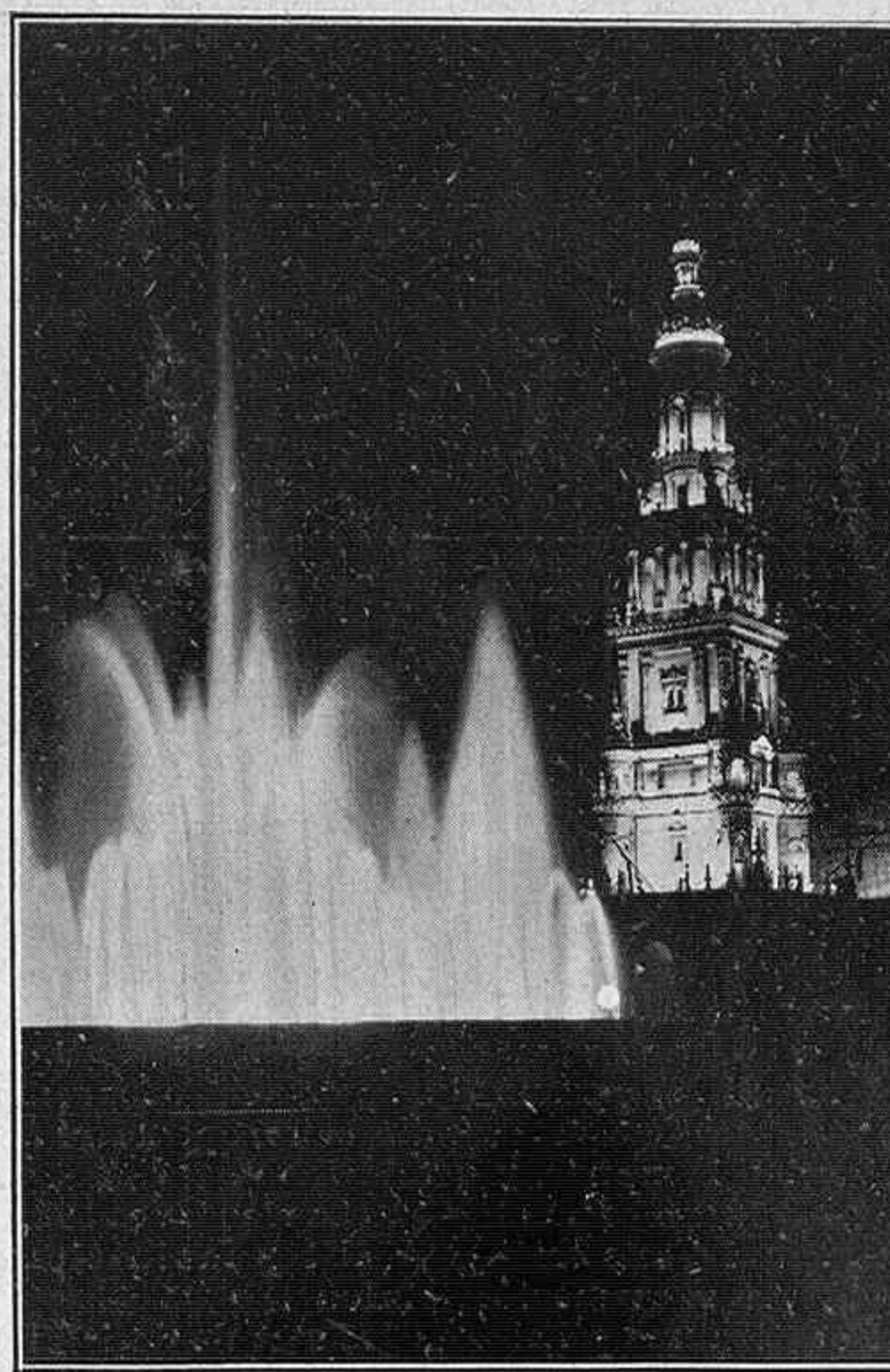
Así lo exigían el sorprendente marco que se había escogido para su emplazamiento: el famoso y nunca bien ponderado Parque de María Luisa, reino del Ensueño, jardín de las Gracias y encantamiento de la Poesía; y los pensiles de las Delicias, donde las Musas se recrean y el Amor se adiestra en el juego de sus dardos; y los campos abiertos, llanos y floridos, que se extienden a lo largo de la gran Avenida, asomada al rumoroso Guadaira, y por otra parte besada por la clara y brilladora corriente del Guadalquivir.

Y todo bajo el más azul de los cielos é iluminado por las claridades del sol más fecundo y resplandeciente. Y en un pueblo de artistas que han sabido con su inspiración desbordada crear la más soberana belleza de cuantas maravillan al mundo, referímonos á las espléndidas fiestas de la Semana Santa—imágenes de la Macarena y del Gran Poder, nazarenos encapuchados de una suprema distinción y elegancia, y el cantar de las saetas, lenguaje del corazón dolorido y angustiado—, y á las otras tan populares y castizas de la Feria de Abril, romería del Rocío y Cruces de Mayo, donde la alegría corre por todos los cauces y el vino enloquece todos los sentidos, y es reina y señora la mujer, como un compendio de toda la belleza, de todos los deleites y de las más vivas y encendidas pasiones.

En este ambiente tan lleno de encanto y de gracia, tan rico en sentimientos y en colores, la Exposición, de un alto sentido trascendental,

La Plaza de España, vista desde un avión

(Fot. Marín)



Detalle de la Plaza de España, iluminada, en las maravillosas noches de la Exposición

como el de constituir una regocijada fiesta de las hijas americanas en el solar de la augusta madre común, no podía por menos que cimentarse sobre el más puro arte y aparecer engalanada con los atavíos de la más ostentosa hermosura.

Así ha sido, en efecto. Y el visitante se siente sobrecogido ante la sublime maravilla de la Plaza de España, portento del genio creador del malogrado Aníbal González, por cuya muerte la raza hispanoamericana vestirá largos años de luto. Y dentro de ella, ante las soberbias instalaciones sobre el descubrimiento y colonización

de América, la historia arqueológica de Sevilla, con testimonios y vestigios de los romanos, y los árabes y los godos, y con riquezas del Renacimiento y con joyas del presente, encerradas en la bella casa sevillana, que es un primor. Y frente á las exhibiciones de las Escuelas de Artes, Bellas Artes y Oficios, y de las de Cerámica y Artes Gráficas y Decorativas, y, por fin, delante y en presencia de la Sección del Libro, desde la primitiva imprenta que vino de Maguncia, hasta las espléndidas encuadernaciones del xv y del xvi, sin olvidar los más interesantes incunables, los libros de coro de Guadalupe y las primitivas impresiones en América y en Filipinas.

Y más aún quedaré absorto el visitante ante la inmensa é incomparable riqueza que se atesora en los palacios del Arte Antiguo de la Plaza de América, de los estilos mudéjar, renacimiento y gótico, joyas arquitectónicas también salidas del portentoso ingenio del mago de la Plaza de España. Expuestos en ellos todos los más suntuosos ejemplos del arte que fué siempre el timbre de la mayor gloria de España: prodigios de la escultura, y de la pintura, y de la orfebrería y del bordado de las más ricas épocas, cuya contemplación pasma y anonada y sublimiza al espíritu.

Toda la grandeza cultural, y sentimental y devota del reino que vió un día cómo el sol no se puso en sus límites, está expuesta al deleite de nuestros ojos y al entusiasmo de nuestro corazón.

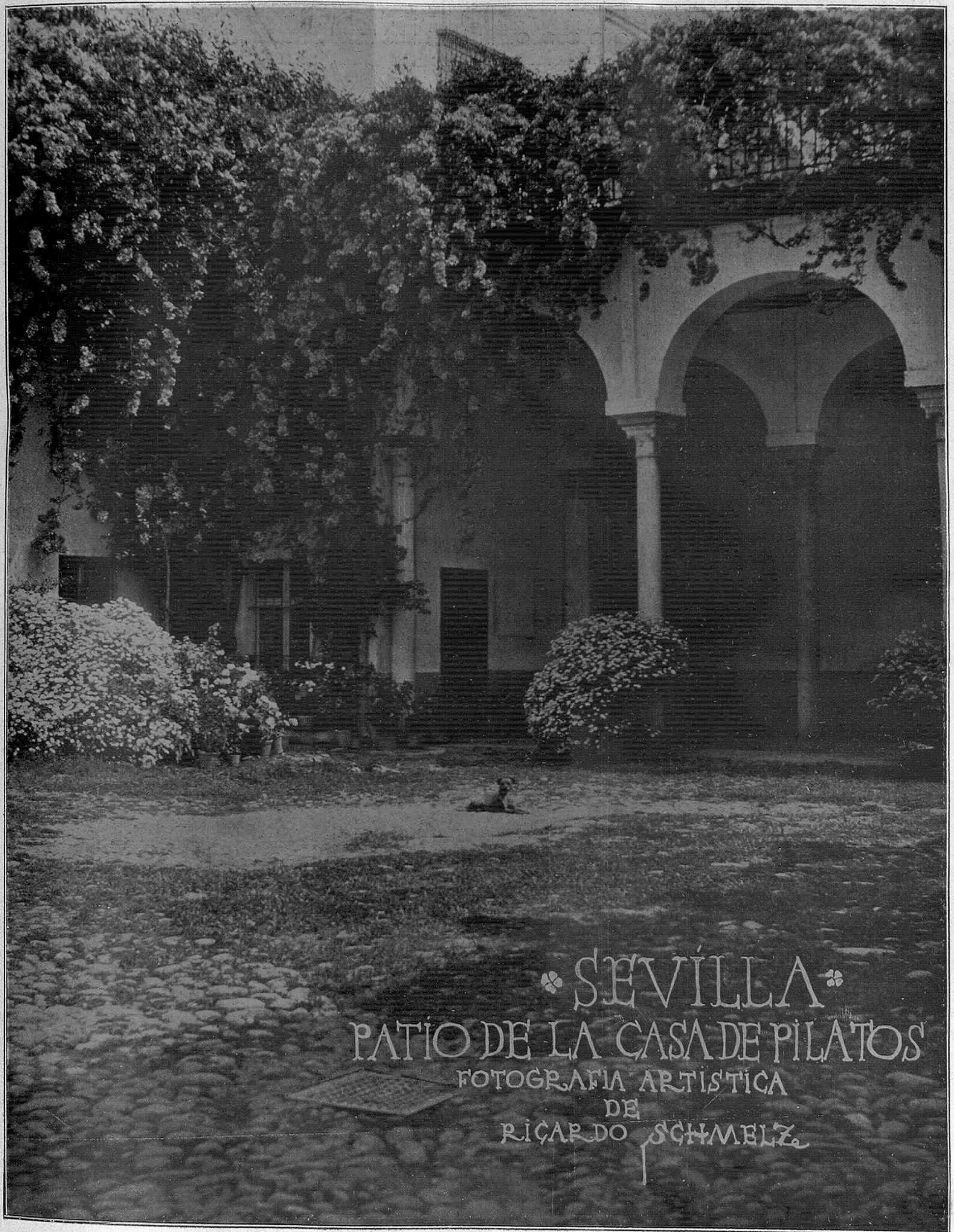
Luego, la gracia deslumbradora del arte árabe en el pabellón de Marruecos, que es como un sagrario magnífico; y las extrañas y singulares arquitecturas aztecas y chibchas de los palacios de México y Colombia; y las recias y señoriales de los de Cuba y el Perú; y la manuelina del de Portugal; y la colonial del de la Argentina; y las típicas de cada región en los pabellones de Navarra, Asturias, las dos Castillas, Andalucía, Aragón, etc.

Y expuestos en todos ellos los tesoros más espléndidos y sorprendentes de cada uno de esos pueblos, hijos de América y de España, orgullo de la raza.

Mas, por fin, como gracia de Dios hecha luz brilladora y rutilante, las ensoñadas iluminaciones. En ellas, las rosas de la aurora, las tintas del iris, los esplendores del sol, las suaves claridades de la luna.

Como para iluminar el Palacio de la Alegría en el Paraíso.

J. MUÑOZ SAN ROMAN



SEVILLA
PATIO DE LA CASA DE PILATOS
FOTOGRAFIA ARTISTICA
DE
RICARDO SCHMELZE



CUENTOS DE

TABERNA llamaban á la tienda de Sindó, *el Jándalo*, y en verdad que aun cuando en ella, convirtiéndola en casino, refrescaban el gáznate los mosquitos del pueblo y se proveían de vino los contados mortales que podían permitirse el lujo de beberlo en casa, hallábanse los géneros más dispares, ya que la taberna era, además, estanco, abacería y Arca de Noé, donde lo mismo había abarcas que dalles, velas, telas y campanos.

El local era ahogadizo, bajo de techo y sólo recibía luz por la puerta de entrada que abría á uno de los valles más risueños y pintorescos de la montaña.

Muy buena persona, muy trabajador y simpático el tal Sindó, que no tenía otra falta, ¿quién sin ellas en el mundo?, que la de ser fervientísimo adorador de la desenfadada y jocunda divinidad que se corona de pámpanos; así, pues, el principal consumidor de la taberna era su dueño, que cuando estaba sólo mataba el aburrimiento á tragos, y si acompañado, adornaba el diálogo con sendos trinquis de manzanilla, que bueno será advertir que Sindó se pasó los mejores años de su juventud despachando cañas y pescado frito en una tienda de montañés de Cádiz, quedándole de tales principios el resabio de la bebida, el cecear un poco y el que le tuvieran por jándalo.

Con los monises ahorrados en Andalucía puso en el pueblo la taberna y buscó una tabernera en Quina, la hija de *ti Estorneja*, una moza de un personal que encandilaba los ojos á todos los galanes del valle. Hoy la linda montañesuca se ha convertido, ¡oh, impiedad del tiempo!, en una barriguda matrona que con igual aire se arramanga los robustos brazos para despachar unas copas que coge el cuévano y se va á despuntar

..... PERO
ME ENTAN
TRES
CALLINIS..

DOR
ALEJANDRO
LARRUBIERA.

el maíz á la tierra ó á llevar la vaca al prado. Y no habría mujer más venturosa, según afirma, si al demonio del su hombre no le tentara el enemigo malo con aquel asqueroso vicio que hace perder la cabeza y la vergüenza.

Ti Sindó retornaba del viajecito que todos los años hacía á la Rioja, más que por visitar á los abastecedores, por salir del «juraco» en que siempre estaba metido, ver mundo y tomar el aire.

A punto de obscurecer llegó al pueblo, y después de dar un abrazo á la costilla, aprovechando que no había nadie en la tienda, pues de lo contrario habríale parecido una debilidad impropia de sus años y de los de su oislo, preguntó:

—¿Hubo alguna novedá estos días?

—Nenguna. Too está lo mesmo que lo dejaste. Y á ti, ¿qué tal te pintó el viaje?

« LA ESFERA »

—Bien; como siempre. Lo primero que hice fué ir á ver á los bodegueros.

—Podías callártelo, que bien se te conoce.

—¡Eh! ¿Qué parlas, mujer?

—Porque tú siempre trais acá las narices colorás; pero güelves con ellas que paez lumbre.

—¡Bah! ¡No seas maliciosuca!, que allí ya sabes que toas las comidas las aderezan con pimentón.

—Eso será—afirmó irónica ti Quina—. Y di, ¿te rebajó algo de la cuenta el de Haro?

—Rebajóla, y con la rebaja te feríe en Logroño unos pendientucos de coral con el ganchillo de oro... ¡Ya verás qué majos! ¡Lástima que no sean de brillantes!

—La intención basta, que pa mí como si lo juesen. Y tú, ¿te mercaste el traje?

—No, porque me dejé acá olvidao el dinero, y no me gusta pedir emprestao.

—¡Valiente tocho! Y ¿ande dejaste los cuartos, que yo no los he visto?

—¡Otra! ¿Pos no sabes que en dos cartuchos?

—¿En dos cartuchos?—preguntó cambiando de color ti Quina.

—Sí; de á cincuenta pesetas cada uno.

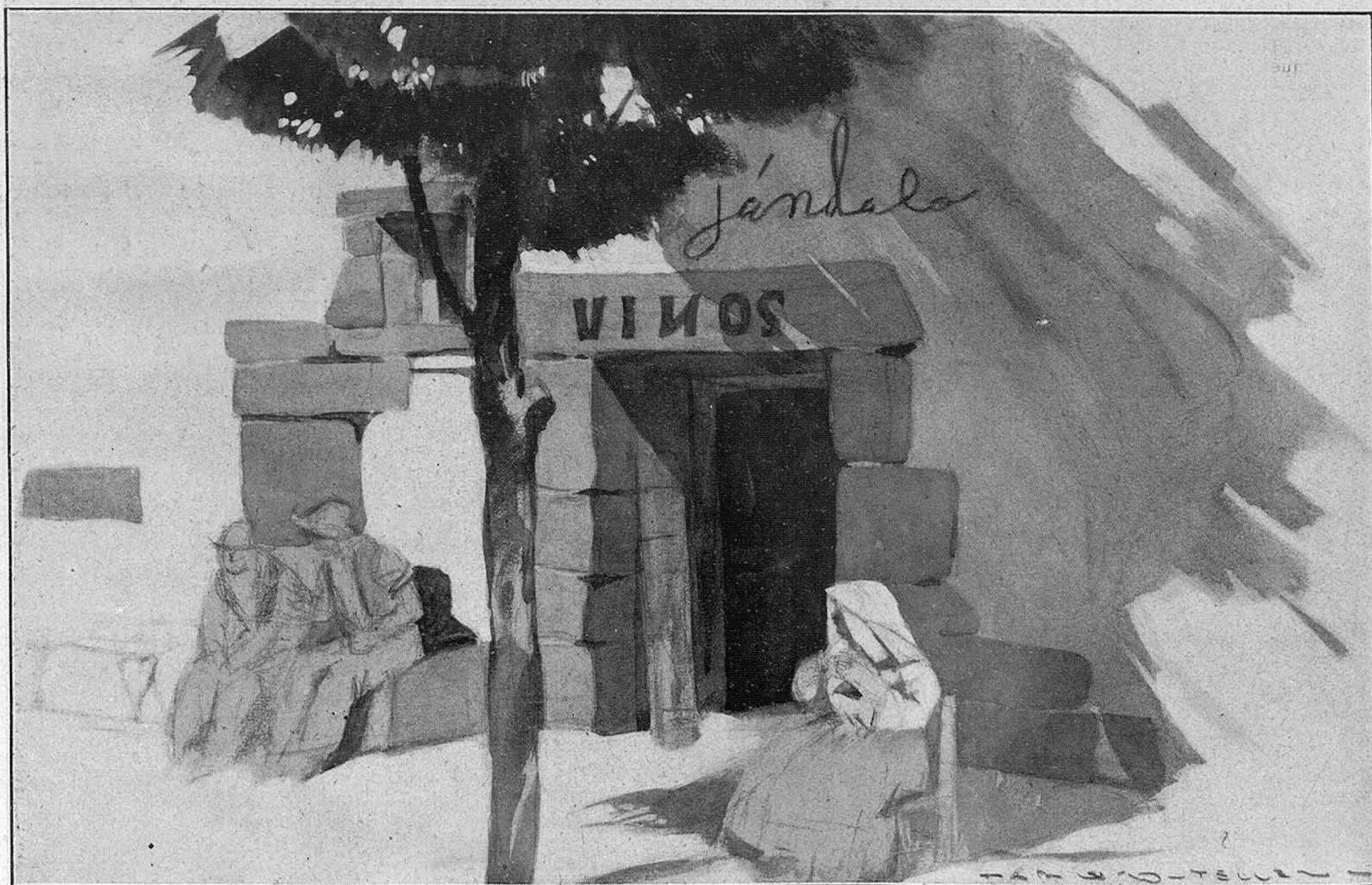
—¡Válame la Purísima!—gimió desolada la mujer, cruzando las manos—. ¿Dejástelos en la tienda?

—Sí; pero, ¿qué te pasa pa semejante trastorno?...—preguntó sorprendido Sindó.

—¿Arrimaducos á los otros de calderilla que estaban pa el cambio?—tornó á preguntar anhelosamente la tabernera.

—No me acuerdo; pero me paez que sí.

—¡Josús, Josús y Josús! ¡Güena la hiciste, hombre, güena la hiciste!... ¡Así premítalo Dios



La taberna era, además, estanco, abacería y Arca de Noé, donde lo mismo había abarcas que dalles, velas, telas y campanos...

del cielo que se sequen toas las viñas, amén!

—Pero, ¿qué tienen que ver las viñas con los cartuchos ni qué me rutas agora de que si la hice ó no la hice güena?

—¡Pos tú veras! Que como dejaste con los otros cartuchos de las perras los de las pesetas, pos que los he dao en el cambio. ¡Güen negocio hicimos, que dimos veinte duros por veinte riales! ¡Cómo iba yo á pensarme que los cartuchos de medio duro en perras chicas eran de pesetas!... ¡Tú verás!

Las encendidas narices empalidecieron un poco al oír tan desagradable noticia.

—Güeno, mujer—dijo al cabo de un rato de silencio Sindo—. ¿Te acuerdas á quién has cambiao estos días?...

—A las que siempre cambian: al ama del señor cura; á la mujer de ti Fonso, el alcalde; á la hija de Dumán, el alguacil; á la señorita Rosuca; á Nela, la pasiega; á Cruza, la de la portillera...

—Bien; pos no hay que apurarse tanto, que sabiendo las que han venío á cambiar estos días, las preguntas, y malo será, mujer, que no te degüelvan lo que por equívoco las has dao... ¡Eso está en el orden!

—¡Y tú estás en Belén, hijuco, tocando la zampoña!—gruñó airada la tabernera—. ¿Tú crees, alma de Dios, que las que se han encontrao cambiás las perras chicas en pesetas van á degolvérnoslas? Si juera al revés, ya les habría faltao tiempo pa venir á darnos un escándalo; pero, asina, se callarán como unas muertas.

—No seas tan maliciosa, mujer; si se las has dao, es un decir, al ama del señor cura, el señor cura bien pedrica que naide se debe quedar con lo ajeno contra la voluntad de su dueño; si es á la mujer de ti Fonso, el su marido es de la josticia, lo mesmo que ti Dumán, el alguacil, y la josticia está también pa que naide robe al prójimo, y al respectivo de la señorita Rosuca, su padre es el indiano del pueblo, y no va á empringarse en una porquería como esa... Nela, la pasiega, y Cruza son las más pobres del pueblo; pero honrás sonlo de veras... En resumen, que toas son gentes de concencia.

—Pos si toas esas gentes son como tú las pintas, ¿por qué no han degüelto ya lo que no es suyo?...

Ante esta réplica, el tabernero bajó la cabeza y estúvose un largo rato mirándose los zapatonos.

—Vamos, ¿qué dices, hombre?—prosiguió ti Quina impaciente con el mutismo de su marido.

—¿Qué quieres que diga?... ¡Que es verdá lo que parlas!

—¡Y no seas tan tocho, Sindol, que paez mentira que haigas corrió mundo y no te haigas en-



—Vamos, ¿qué dices?—prosiguió Quina impaciente con el mutismo de su marido...

(Dibujos de Aristo-Téllez)

terao de que en custiones de dinero ni hay concencia, ni güena fe, ni josticia, ni familia, ni Avangelios benditos...

Y después de afirmación tan desoladora y amarga, la tabernera prosiguió con acento de profunda convicción:

—Y más te digo: que los veinte duros los cuentes ya perdíos pa sin finito.

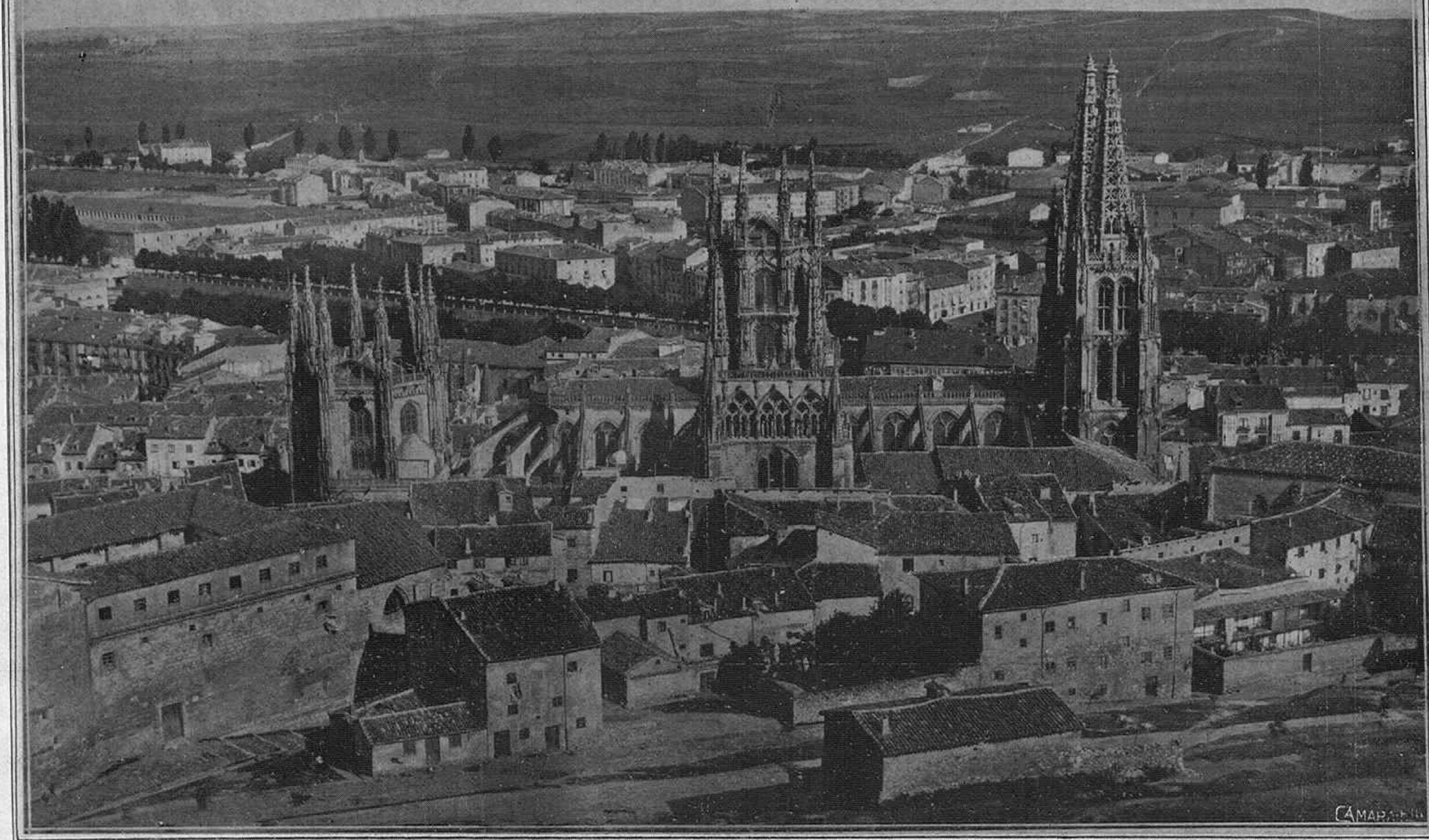
—Pero, mujer—protestó débilmente ti Sindo—, no hay que poner las cosas tan mal... Alguien tendrá concencia...

—¡Ta, ta, ta, hombre!—replicó irónica y punzante la tabernera—. ¡Buenas son mis vecinas; pero me faltan tres gallinas!...

ALEJANDRO LARRUBIERA

EN BURGOS

ALA LUZ DE LA LUNA



A la luz de la luna cobra nuevos encantos imprevistos la Catedral maravillosa. Es un juguete de hadas la gentil Basílica á la luz de la luna. Los chapiteles de la iglesia, gallardos y esbeltos, se perfilan, precisos y recortados, sobre el cielo azul. Y los calados de ensueño que truecan la inmensa mole de piedra en un delicado encaje femenino—tarea de princesitas y de infantinas de nuestro *Romancero*—arañan el firmamento, y lo destrozan, y lo humanizan, dejándose transparentar en los calados, de tal suerte que no sabemos nunca, en la noche lunera, dónde acaba la piedra y dónde empieza el firmamento. Piedra y éter se funden en un elemento nuevo, inefable é inconfundible. Y la plegaria surge del corazón en la noche silenciosa, noche de Julio,

noche para el amor,
para la rumia de las grandes ideas,

que dijo aquel dulce poeta de Castilla, llamado Gabriel y Galán, tal vez después de contemplar, en la noche lunera, las torres macizas de Salamanca.

Pero la Catedral de Burgos no es de piedra ni de encaje. Sus flechas, y sus agujas, y sus capulinos, y sus pingorotas, y sus cresterías, y sus pináculos y sus estatuas forman un todo, único é indivisible: la antesala celestial. Sobre los antepechos, sutilmente trabajados, con sus picos agudos y sus crestas rizosas, la Catedral de Burgos semeja, en la noche lunera, un cipresal enorme, como aquel que circunda Fiésolo, la patria de Fray Angélico, cerca de Florencia, sobre el Arno azul. Y en las copas de estos cipreses de piedra duerme y se detiene el viento para rezar, y con el viento, la sensación del afán diario del espectador poeta. En la noche lunera—noche para el amor—, estos pináculos, y pingorotas, y

cresterías, y flechas, y agujas, y alfileres se alargan, se alargan buscando lo infinito, desprendiéndose de la fábrica que los sustenta. Y toda la Basílica, con las dos torres de Juan de Colonia, con el crucero á la vera de la puerta del Sarmental, con la linterna, es un inmenso caballo Clavileño, donde nosotros, los hijos legítimos de nuestro padre D. Quijote, cabalgamos á gusto, y soñamos, y nos desprendemos de la escoria terrena, y penetramos en la cueva del ideal, donde vemos una miniatura de esta Catedral, con sus estalactitas y estalacmitas, y su linterna enana, y sus torres gemelas al alcance de nuestra mano, y su crucero de luz, donde podemos asomarnos al mirador religioso de la emoción, y su bosque azul, donde nos place perdernos, buscando á Dios en las profundidades tenebrosas de nuestro corazón y en los anhelos íntimos de nuestra esperanza callada, que—¡ah!—no llega nunca, nunca...

¡Catedral de Burgos en la noche lunera: no sé por qué me parece mansión del Cielo mío, Jerusalén nueva de mi patria celestial—de mi visión de la España futura—, durante esta noche plácida de Julio, en que devuelves á mi espíritu toda su mocedad y toda su plenitud! Toda la fe, que fué el espíritu de tu fábrica—se reza lo mismo tallando piedra, que componiendo trovas—, torna á mi corazón infantil en la noche lunera. Aquí, sobre la elegante crestería del ábside, sonrío, desde hace siglos, con sus cabellos azules de puro negros, la divina María de Magdala, de Leonardo. A la vera duerme el Condestable, pariente de aquel marqués de Santillana, que perseguía mozas y perdices en los montes de Reinosa y de Villarcayo. Esta Catedral—tan compleja—es siempre armónica y simple—como una oración ó como un beso—en la noche lunera. Asombra el sentido de ponderación, de equili-

brio, de serenidad, de justeza, de gracia, de sencillez, de sobriedad—á pesar de la riqueza de los detalles—con que fué pensada, trazada y acabada.

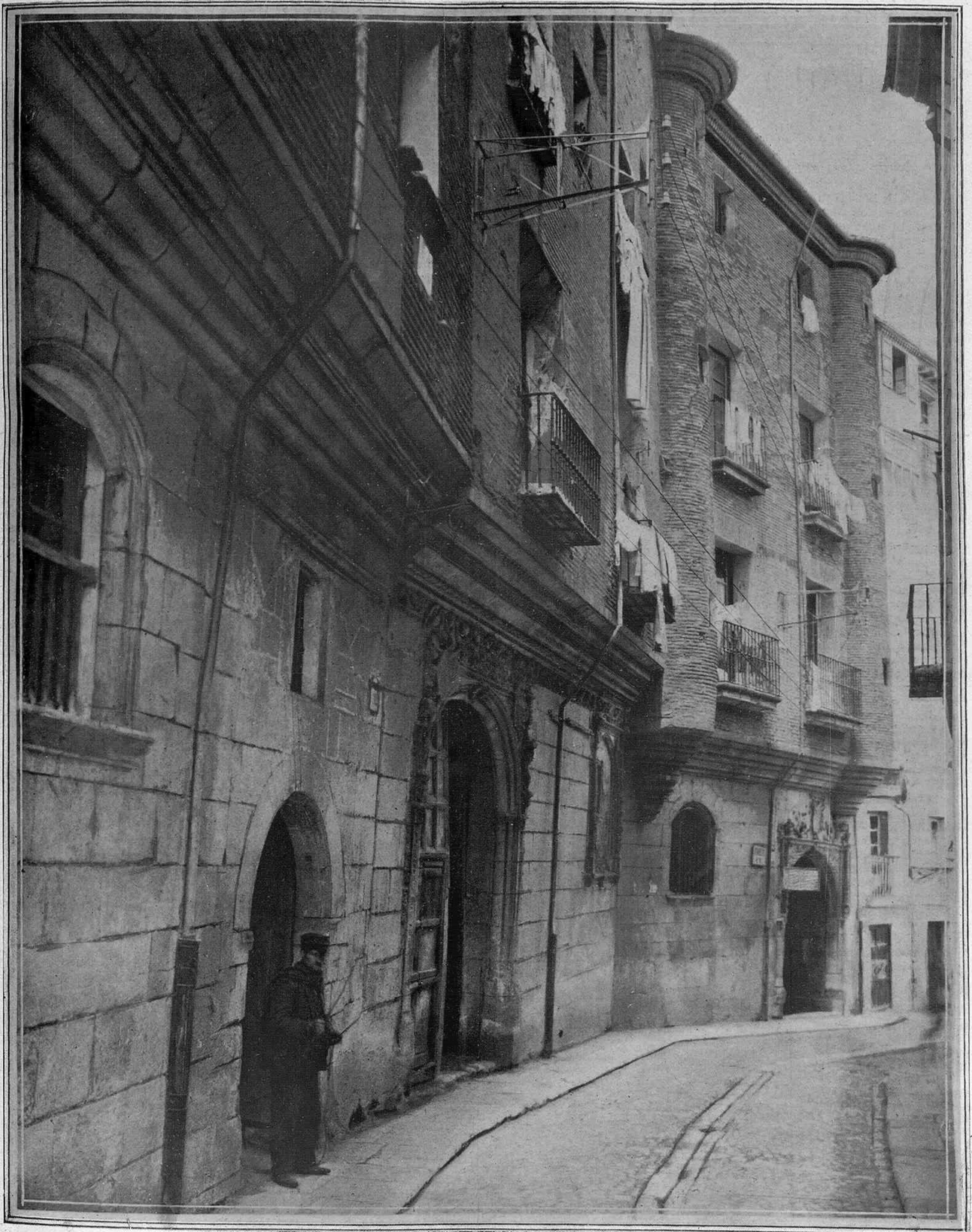
Sin la luz del sol; sin los contrastes, crudezas y violencias del día, que no quiere saber de matices, la Catedral cobra toda su espiritualidad á la luz de la luna, confidente de las novias y de los poetas. No es un palacio la Catedral de Burgos: es un poema pequeñito, lindo, breve como un suspiro ó como un dolorido sentir; es un madrigal de piedra la Basílica en la noche lunera. El madrigal de unos arquitectos soñadores, cristianos, á María, Madre de Dios. *¡Ave María, gratia plena, Dominus tecum!* Por eso preside la Madre de los afligidos y de los felices, la Madre de todos los hombres que han conocido el suplicio de la Cruz, la fachada principal sobre un nimbo, resguardado por un dosel, que flanquean rizosas pingorotas, sobresaliendo del antepecho hasta subir la crestería con que remata la imfronte por este paraje. El fundador, aquel obispo D. Alfonso de Cartagena, de grata memoria, puso esta estupenda inscripción:

pulcra es | et decora,

y en ella se dice la alabanza de la Virgen y de la Basílica á la vez.

En la noche lunera, la Catedral de Burgos es un inmenso Clavileño de patas multiformes que nos lleva á todas las salas del Cielo de María. Caballeros sobre él, no pedimos á María que venga su reino á la tierra, porque su reino está en ella, rematado por las dos torres gemelas de Juan de Colonia, hechas para encerrar y apriar lo infinito, en la noche lunera...

José SANCHEZ ROJAS



Burgos.—La calle de Fernán-González, con sus casas de estilo plateresco

(Fot. Vadillo)



LOS CONCURSOS DE MODA

UTILIDAD Y PELIGROS DE LAS REINAS DE LA BELLEZA

MAURICE de Waleffe, uno de los periodistas más pintorescos de Europa, ha tomado por su cuenta á las reinas de belleza, ó, como hubiera dicho *Clarín*, á los dos 0,50 de reinas de belleza proclamadas por él, ante un París con calzón corto, en colaboración con un Jurado bilingüe en Deauville, y emprende con ellas una fantástica *tournee* por las estaciones balnearias francesas.

Primero ha sido Vichy; la reina—todo es profundamente monárquico en la República vecina!—de las aguas medicinales, según sus propagandistas, tan venida á menos que anuncia para quien descubra al autor de su desprestigio un premio de 50.000 francos; después, La Boule, y luego, ¿quién sabe hasta dónde llevará á las dos semireinas su extraordinario chambelán?

Vichy imaginó festejar á las dos soberanas con entradas triunfales, reproducción de las alegres entradas triunfales de las reinas en los torneos de la Edad Media, y luego, con unos cuantos días de *jazz* permanente, y en todas las formas humanas...

La Boule hará lo mismo, y todo porque en Deauville—que sabe pagarse el lujo de hospedar reyes—el *match* internacional de belleza ha sido un buen negocio; á falta de recetas de médicos que pueblen los centros agüísticos, cuentan ahora los balnearios franceses, convertidos en cromos, con las *vedettes*, con los ingresos que puedan producirles esas exhibiciones de bellezas consagradas por los Jurados de allende y aquende los mares en lucha todavía, á pesar de la resolución un poco salomónica con que Mauricio de Waleffe ha hecho partir en dos el ambicionado lote de 50.000 francos ofrecido á la más bella mujer del mundo por los empresarios de Deauville.

En Vichy las fiestas han tenido ya ensayos indudablemente productivos; huéspedas de Vichy fueron *miss* Francia, que anda ahora, como una reina de la legua, haciendo un «giro» por poblaciones de segundo orden, *miss* Inglaterra y *miss* España..., reinas efímeras de reinos mínimos á quienes brujas embusteras, pero menos trágicas que las de Macbeth, dijeron al oído: «¡Tú serás reina!»

Ahora, sin embargo, los agasajos de Vichy á *miss* América y *miss* Europa, que sostienen la balanza en el fiel, no pasan sin protesta; un famoso cronista pa-

risino, Clement Vautel, exageradamente protectionista, lanza ya el grito de alarma y pregunta por qué ha de aclamar Francia soberanas extranjeras.

Para Vautel ya era bastante pagar á los Estados Unidos la deuda de guerra sin necesidad de esa propina que los «homologa» el *record* ó, cuando menos, el *semi-record* de la belleza femenina, y afirma:

«Sin caer en exagerado chauvinismo, fuera de ocasión, podemos, quizás, sostener que la francesa no teme á nadie en comparación de la belleza del rostro, la línea, la finura de la epidermis y lo demás.»

Bien es verdad que añade, y con razón: «Para un hotentote, la verdadera, la única Venus debe ser la Venus hotentote, sin perjuicio de dejar paso á la galantería, porque eso «no impide, en modo alguno», rendir tributo á los encantos un poco huesudos de la linda muchacha de Pesh ni á

la esplendidez de la campeona, más calipigica, del país de los dólares.»

En definitiva, no vale la pena de hacer una revolución por tan poca cosa; por ese camino las reinas de belleza pararán en reinas de barraca, directas sucesoras de «la mujer de la pierna gorda», que acabó su reinado en las verbenas cuando aquellos «Cuatro dedos de algo» que aconsejaba á sus discípulas enseñar al público el flamenco de *Enseñanza libre* se convirtieron en algo más de 0,75 de lo que la gorda famosa exhibía por cuanto vos contribuisteis, y no graciosamente, como lo hacen las generosas pollitas á que en tiempos tan remotos como el tobillo de la corva llamábamos tobilleras.

Los nuevos usos, convirtiendo lo que pudo ser lección de estética aplicada en negocio teatral, han quitado su encanto á las reinas primitivas, á las reinas que París elegía entre sus planchadoras ó entre sus placeras para que presidieran

sus fiestas de la *Mi-carême*. Aquellas reinas desinteresadas y gentiles, sin Barnum ni Waleffe, que al día siguiente de ser elevadas al trono volvían á su plancha ó á su mostrador y sólo conservaban como recuerdo tangible de su reinado la joya con que las obsequiaba, al recibir las, el Presidente de la República.

Para ellas deseaba un gran humorista francés, Georges Courteline, muerto no hace mucho—y un íntimo amigo suyo, Dominico Bonnand, lo recuerda en *Les Annales*—un recuerdo mejor.

«Courteline—dice—, y no era éste el menor de sus encantos, tenía—y tuvo siempre—manías extrañas, y no por deseo de originalidad, sino naturalmente. Sabido es que rompió innumerables lanzas por la abolición de las corridas de toros. En la misma época un proyecto enardecía su cerebro; quería absolutamente que se concediera á la reina de las planchadoras, el día de la *Mi-carême*, el derecho de indultar á un condenado á muerte.

«Cuando abordaba ese tema se mostraba espléndido de elocuencia y de vigor persuasivos:

«¡Veamos! — clamaba—. ¡Veamos! ¿Qué significa ese reinado de veinticuatro horas, cuya titular no tiene más beneficio que exponerse tiritando á la masa irrespetuosa de los papanatas y recibir una joya de bisutería de manos del Presidente de la República?



La última Reina de la belleza parisina, acompañada de las numerosas vicerreinas de su corte de honor



«Miss España», «miss Universo», «miss Francia» y «miss Inglaterra», tomando el aperitivo en un balcón de la Costa Azul, durante la última «tourné» de las bellas por las ciudades del placer veraniego

«Cómo dejaría ese irrisorio reinado de ser una distracción pasajera si esa soberana de lavadero tuviese el derecho de arrancar á la siniestra máquina una cabeza humana! Por lo menos, la planchadora conservaría de tal fecha un recuerdo profundo y emocionado. Podría decirse: «El año tantos salvé á un hombre de la más espantosa de las muertes.» Y ¡qué simpatía podría rodearla en lugar de seguir en el estado de animal raro paseado por París entre los sarcasmos del pueblo y la lluvia cochina de los confettis.

«Pero—le decían—para eso sería necesaria una ley.

«¡Una ley! ¡Una ley!—vociferaba entonces Courteline con su voz más aguda—; pero, ¿no están ahí los diputados para hacerla? ¡Hacen tantas leyes ridículas y restrictivas que sólo sirven para ponernos en la vida un montón de obstáculos! ¡Caminamos bajo un peso abrumador de leyes estúpidas, odiosas, absurdas! ¡Por fin habría una encaminada á un fin humanitario, pío y generoso! Es imprescindible, ¿ois?, que se conceda á la linda soberana de París en fiestas el derecho de indulto, y voy á ocuparme de eso!»

Desgraciadamente, Courteline no era entonces el escritor famoso y estimado que fué después; eran los tiempos juveniles—hacia 1888—en que lanzaba sus *boniments*, como *regiseur* ó cosa así, de un *caveau* que llevaba el nombre de *Le Clou*, y estaba situado bajo una *traserie* en la confluencia de la rue des Martyrs y la avenue Trudaine.



Las últimas Reinas españolas, intrépidas modistillas catalanas, al mismo tiempo que la corona de la hermosura recibieron el bautismo del aire

Entonces no había conocido aún la fortuna ni la gloria literaria.

La época en que *El tren de las 8,47* tardaba un año en publicarse en *La Vie Moderne*, porque no interesaba á nadie, cuando los editores Marpon y Flammarion publicaban *Les Gaietes de l'Escadron* y *Femmes d'Amis* y ningún crítico se ocupaba de aquellas obras.

Cuatro años antes de que el tío Sarcey, tan generoso y perpicaz descubridor de grandes literatos, escribiera:

«No conozco nada más divertido que *Les Gaietes de l'Escadron* y *Le train de 8 h. 47*, dos volúmenes que he leído diez veces y nunca sin que me sacudieran accesos de risa loca.»

«¡Pobres jóvenes de 1888!», escribe como comentario á los debuts de Courteline otro crítico francés. ¿Pobres? Lucharon; encontraron en su camino espíritus generosos que desde arriba los comprendieron y alentaron; triunfaron, hicieron su obra...

¿Quién dará tanta felicidad á los jóvenes arrivistas de generaciones ulteriores!

«La vida no es una novela», decía como estribillo un desagradable personaje de Daudet.

Así es, en efecto; pero, ¿habrá hombre más feliz que quien vivió su propia novela y tuvo como epílogo de ella la vida y la fortuna noblemente conquistadas?



Lilí Damita, la gentil *star* francesa, está en París. Ha conseguido, no sin trabajo, según cuenta, un permiso de sus empresarios, y descansa y goza de la vida tranquila como de cosa nueva de puro olvidada.

La tranquilidad, sin embargo, no es absoluta; no hay modo de que una *star* esté libre del fotógrafo, que persigue un clisé nuevo, ni del reportero, que necesita a todo trance una interviú, y Lili Damita ha sufrido ya en París, en un hotel próximo a l'Étoile, donde se hospeda, esos dos accesos.

En la interviú, como es natural, y con razón, ha combatido una vez más la leyenda que pinta a Hollywood en las imaginaciones femeninas como un lugar de placer.

—Que pierdan sus ilusiones los que aún lo creen—ha dicho—. Ser *estrella* es algo terrible. Si yo hubiese sabido lo que me esperaba cuando firmé un contrato por cinco años... En fin, no se logra nada sin trabajo ni sin un poco de suerte... Pero, ¡qué alegría ahora! Ya ve usted; son las once y acabo de levantarme. A estas horas, en Hollywood llevaría cuatro «girando».

Lili Damita está encantadora: ligeramente vestida con un luminoso pijama muy claro, suelta sobre la espalda la hermosa cabellera rubia, que ha conservado—signo de seria personalidad—, no obstante la moda, con sus lindos mohines cuando recuerda las amarguras del trabajo y su franca sonrisa cuando afronta el encantador presente, parece una niña mimosa y mimada a quien un gesto basta para lograr la satisfacción de un capricho.

—Pero el trabajo más penoso—continúa—es la *tournée* de publicidad. ¡Qué horror!

—¿La *tournée* de publicidad?

—Sí; la más penosa y la más sorprendente ocupación de una *estrella*...; algo espantoso, una exhibición permanente durante días y días, que parece imposible soportar cuando se es protagonista de ella.

Acaba una de «girar» un *film* que es necesario lanzar, y un día el jefe de publicidad de la empresa le anuncia que va usted a emprender un viaje de publicidad a través de los Estados Unidos... Pocos días después sale usted de Hollywood en un tren especial adornado espléndidamente con flores y empavesado con la bandera americana y la de su país. Le llenan a usted el coche de ramos de flores, con banderitas también... Estrecha doscientas manos; besa usted a sus amigas, y, entre tanto, los *cines* que cultivan la actualidad giran recogiendo los menores detalles de la despedida. ¡A Chicago!

Se comienza siempre por Chicago. Al llegar aguardan en la estación el alcalde y muchas Comisiones. Los periodistas os asedian con preguntas. Sube usted al *auto* y la escoltan cincuenta policías en bicicletas. El jefe, en bicicleta también, va delante abriendo camino entre la muchedumbre apelotonada...

Luego, recepciones, interviús...; preguntan las cosas más disparatadas:

—¿Qué prefiere usted, la pintura ó el chocolate?

—¿Qué color prefiere para las babuchas?

Usted responde, responde, y entretanto los aparatos cinematográficos giran y giran...

Le invitan a usted para almorzar en un club femenino. Simpáticas muchachas le rodean, y durante la comida hacen ruido para llamarte la atención. Atiende usted.

—Dígame: John Gilbert, ¿besa bien?

Contesta usted. Los aparatos giran y giran.

¡Es encantador los primeros días; pero fatiga como no tiene usted idea! A la mitad de mi viaje llegué a Nueva York completamente destrozada. Me acosté. ¡Entonces fué ella! ¡Cinco médicos a mi cabecera! Diez periodistas..., diez fotógrafos... y los aparatos giran y giran...

—¿No creen ustedes que un buen *wisky* la pondría?—dice uno.

—No; es preciso cuidarla—afirman los facultativos.

•••••

De que me levanto me sigue un fotógrafo. En cuanto me siento surge un periodista. Si voy al baño, otro fotógrafo me pide una *pose*; quiere retratarme en pijama rosa porque un compañero me retrató en peñador azul. Cada uno quiere algo nuevo para él: *exclusivité, exclusivité*.

—Nos quedaremos aquí unos días—dije tímidamente a mi jefe de publicidad.

—¡Unos días! ¡Imposible! Mañana vamos a Cleveland; dentro de cuatro días a Boston; el 12 hemos de estar en Detroit.

D. T.

EL ALMA DE LOS JARDINES ENTRE MIRTOS Y CIPRESES

No habéis gozado nunca la delicia de un atardecer sereno en la paz silente de un jardín?

Se ha dormido el viento y han callado los pájaros. El eco repitió el último chasquido de los remos, hendiendo el líquido, y se replegó en la falda de la colina. La noche desciende por el cono del ciprés hasta refrescar su cabellera en las aguas glaucas del lago.

Jardín italiano, perfumado y tibio, en el cual el laurel inmortal de la gloria entrecruza sus ramas con las de olivo, símbolo de paz. Entre unas hiedras muestra sus calados un arco de mármol de Carrara, y á un recodo del camino descubre el caminante, bajo las frondas de un sicomoro, un banco esculpido en un bloque de granito. La balaustrada, de esbeltos pilarotes, sostiene las ramas caprichosas de un rosal.

Calma de muerte y dolor de inquietudes espirituales...

•••••

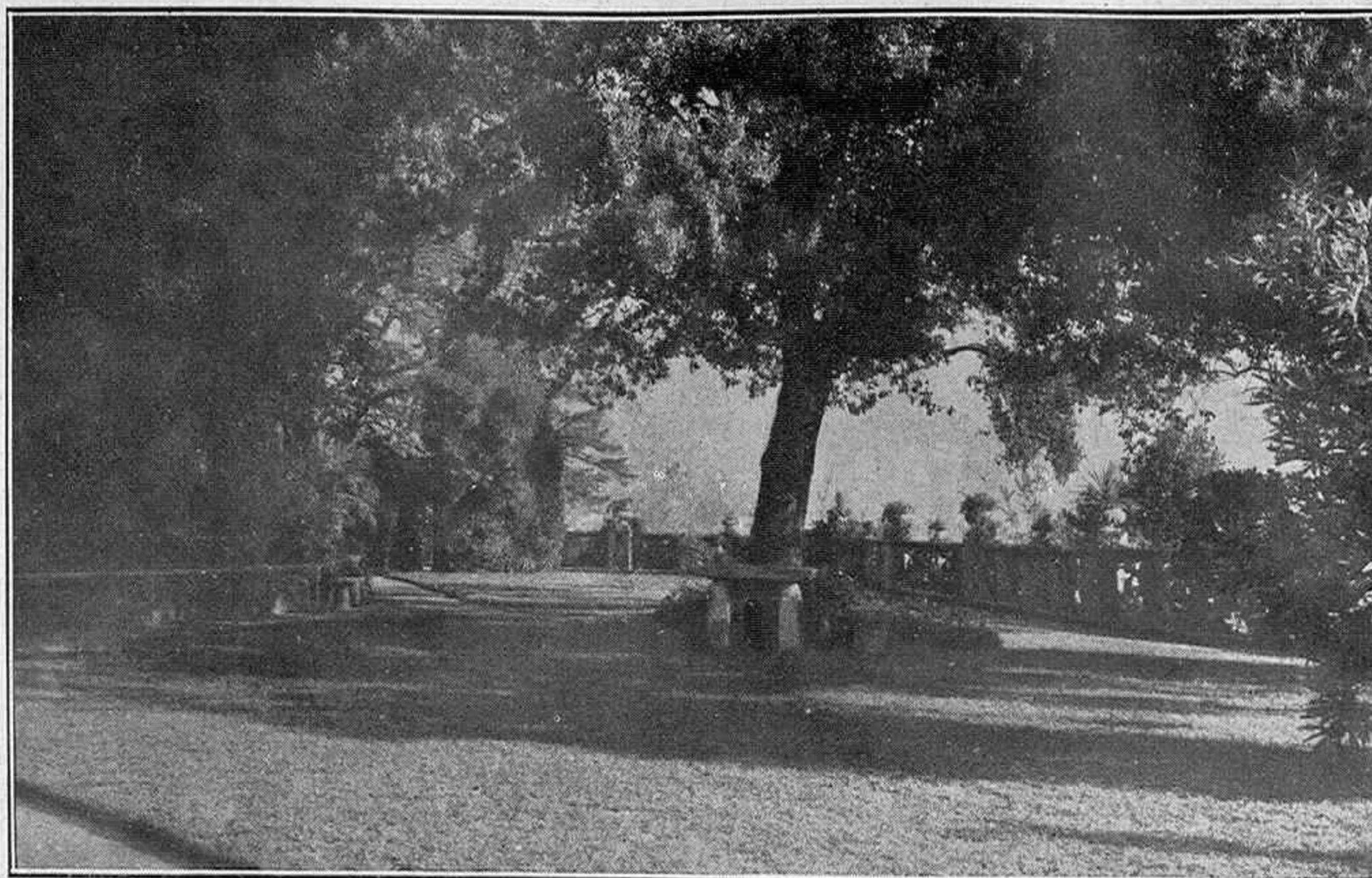
Aquí el sol ha calcinado las piedras. De los penachos verdes de las palmeras penden racimos de mieles congeladas. Sobre el verdor de los granados se dibujan las manchas sangrientas de su flor, y entre las afiladas cuchillas de los lirios rumorean las aguas transparentes que desbordan de la taza de un surtidor de mármol.

Suenan risas femeninas, alegres voces de cristal, desgranando sus arpegios entre montones de pétalos de geranios rojos y de rosas encarnadas. La tierra es dorada, y el cielo intensamente azul.

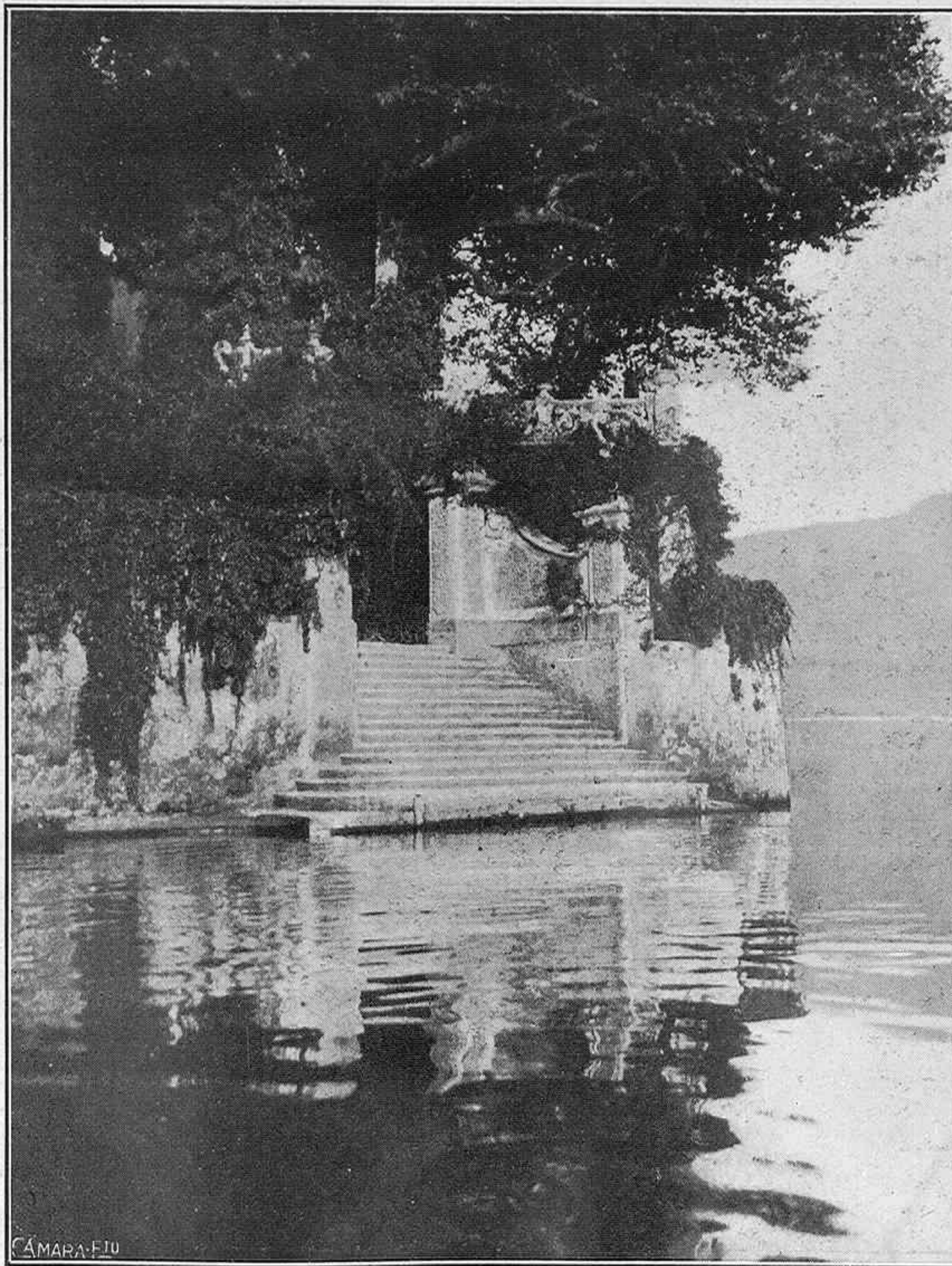
Jardines argelinos, ocultos tras los enjalbegados muros que defienden su misterio; jardines con perfume de incienso, de maderas preciosas, de voluptuosidad...

•••••

Un tapiz de césped artificial se ofrece á la sutil pisada de las flores. Acá y allá se elevan los arbolitos, tallados como juguetes de nacimiento. Junto á la escalinata de mármol se extiende la simetría de un dibujo multicolor. Un templete profano ocupa el centro de un



Un tapiz de césped artificial se ofrece á la sutil pisada de las flores



¡Calma de muerte... y dolor de inquietudes espirituales!

claro, en el bosque frondoso, donde los senderos van bordeados por los festones de helechos gigantes. Una amazona y un jinete se alejan por allí, entre los macizos troncos, sin escuchar el susurro de la brisa, que murmura, murmura sin descanso.

Este es un jardín francés. Influencia latina, unida á la sajona, para torturar á la Naturaleza, limitando por un lado su invasión y, por otro, obligándola á producirse. Hojas cobrizas, cielo muy pálido...

Este es un jardín francés

•••••

Cipreses, muchos cipreses, como llamas queriendo alcanzar lo infinito, como pensamientos estilizados que en vano pretenden huir de la tierra, á la que permanecen unidos por sus profundas raíces... Sólo los pájaros parecen dueños de aquellas soledades. Resplandece el albor del mármol, y refulgen al sol los áureos dibujos de las cerámicas. Crecen los rosales sin podas ni guías, y la canción del Bósforo sube desde el Cuerno de Oro, cruzando la rutilante atmósfera... Campiña de Constantinopla, entre camposanto y jardín, apacible lugar donde Dios ofrece un sedante al alma de los vivos y paz infinita á los muertos, donde cada piedra del camino evoca el espíritu atormentado de un poeta y el amor inmortal de una mujer. Pierre Loti... Eyoub... Azya-dée...

•••••

Todo el sol del cielo, todos los perfumes de la tierra, toda la sal del mar... Mármoles de los jardines italianos; céspedes y naranjos enanos de los galos; palmeras tropicales, aguas gorgoteantes, cipreses de Constantinopla, estelas de Eyoub, surtidores cantarines, jazmines islámicos, como las cerámicas; claveles rojos, tan grandes como un corazón de mujer; rosas con tanto aroma como las de Alejandría; luminosidad oriental, derroche de luz y de color, frutas exóticas, olor sensual... ¡Este es un jardín español!

REMÉE DE HERNANDEZ





«La Virgen», cuadro de Sassoferrato,
que se conserva en el Museo del Prado

LO QUE SERÁ LA CIUDAD UNIVERSITARIA



Proyecto para el majestuoso edificio destinado á Paraninfo, en la Ciudad Universitaria

(Fot. Cortés)

EL ALMA Y EL CUERPO

HE aquí un nuevo triunfo de la voluntad: la Ciudad Universitaria de Madrid, que hace muy pocos años era para muchos una utopía, y comienza á ser, es ya, definitivamente, una realidad.

La reciente visita que el ministro de Instrucción Pública, muy bien acompañado de perso-

nalidades é informadores, hizo á la zona de la Moncloa, cedida por el Estado para que en ella tuviese realización el magnífico proyecto, ha sido convincente; y España entera, gracias á la difusión que de su entusiasmo hacen los periodistas, que acompañaron al Sr. Callejo, estará pronto perfectamente segura de que la generosa y elevada iniciativa de S. M. el Rey Don Alfonso XIII será pronto una de las realizaciones más gloriosas de su reinado.

Los invitados á la visita vieron proyectos y maquetas admirables; admirables reproducciones panorámicas de lo que será dentro de cinco años la magnífica ciudad; pero vieron también algo infinitamente más convencedor: los trabajos enormes realizados ya, y en poquísimo tiempo; tan rápidamente que sólo viendo en acción las formidables é ingeniosas máquinas con que han sido hechos, hay modo de no tenerlos por milagro semejante á los que hacía el demonio



Motivo para embellecimiento del parque, en torno á los edificios de la Ciudad Universitaria

(Fot. Cortés)

cuando, según una leyenda mil veces repetida, andaba por el mundo construyendo puentes y castillos á cambio de almas.

No sólo los trabajos preparatorios del terreno sobre que la Ciudad ha de asentarse: construcción de enormes vías, como la avenida central, con cuarenta metros de anchura en un recorrido, desde la calle de la Princesa á la Puerta de Hie-

rro, de más de tres kilómetros, y amplísimas plazas en la primera y en la mayor de las cuales será emplazado el monumento á la Reina María Cristina; terraplenado de las diversas zonas; trasplantaciones de árboles, etc., están muy avanzados, sino que hay ya edificios adelantadísimos, como el palacio de la Fundación Del Amo, en que habrán de convivir en condiciones económicas fa-

vorabilísimas estudiantes americanos y españoles.

Las máquinas desmontadoras, las que fabrican los enormes bloques de cemento, de que han de ser construídos los diversos viaductos, entre ellos uno espléndido en la gran avenida, trabajan incesantemente, y con ellas trabajarán pronto otras, una de ellas para trasplantar grandes

árboles, con el fin de que la Moncloa, que ganará unos cuantos millares de pinos, no pierda ninguno de los que posee.

Más de un millar de obreros ganan allí afanosamente su pan, admirablemente dirigidos y disciplinados, y ese número se multiplicará muy pronto, cuando sea posible llevar simultáneamente las diversas construcciones que han de constituir una de las ciudades universitarias más espléndidas del mundo, y, desde luego, la mejor de Europa, una gran ciudad capaz para 12.000 estudiantes que, animada por el espíritu científico, hasta ahora contenido, por falta de medios de expansión, de los maestros de la Universidad española, realizará el ideal de dar un *alma mater* á la cultura hispanoamericana, que puede llegar á ser dominante en el mundo.

Dos ilustres pensadores argentinos, Juan G. Molina y Martín Noel, han expresado muy acertadamente la misma idea: «La Ciudad Universitaria de Madrid significa la concentración espiritual de la raza española-americana», ha dicho el uno. «No cabe duda, la Ciudad Universitaria de Madrid será la verdadera reacción espiritual y científica de la acción intelectual de España en las culturas americanas», ha completado Noel, y cuando vemos el magnífico proyecto en punto tan inmediato á su eficacia, bien podemos levantar los corazones y ser optimistas en cuanto al porvenir de España y de la raza.

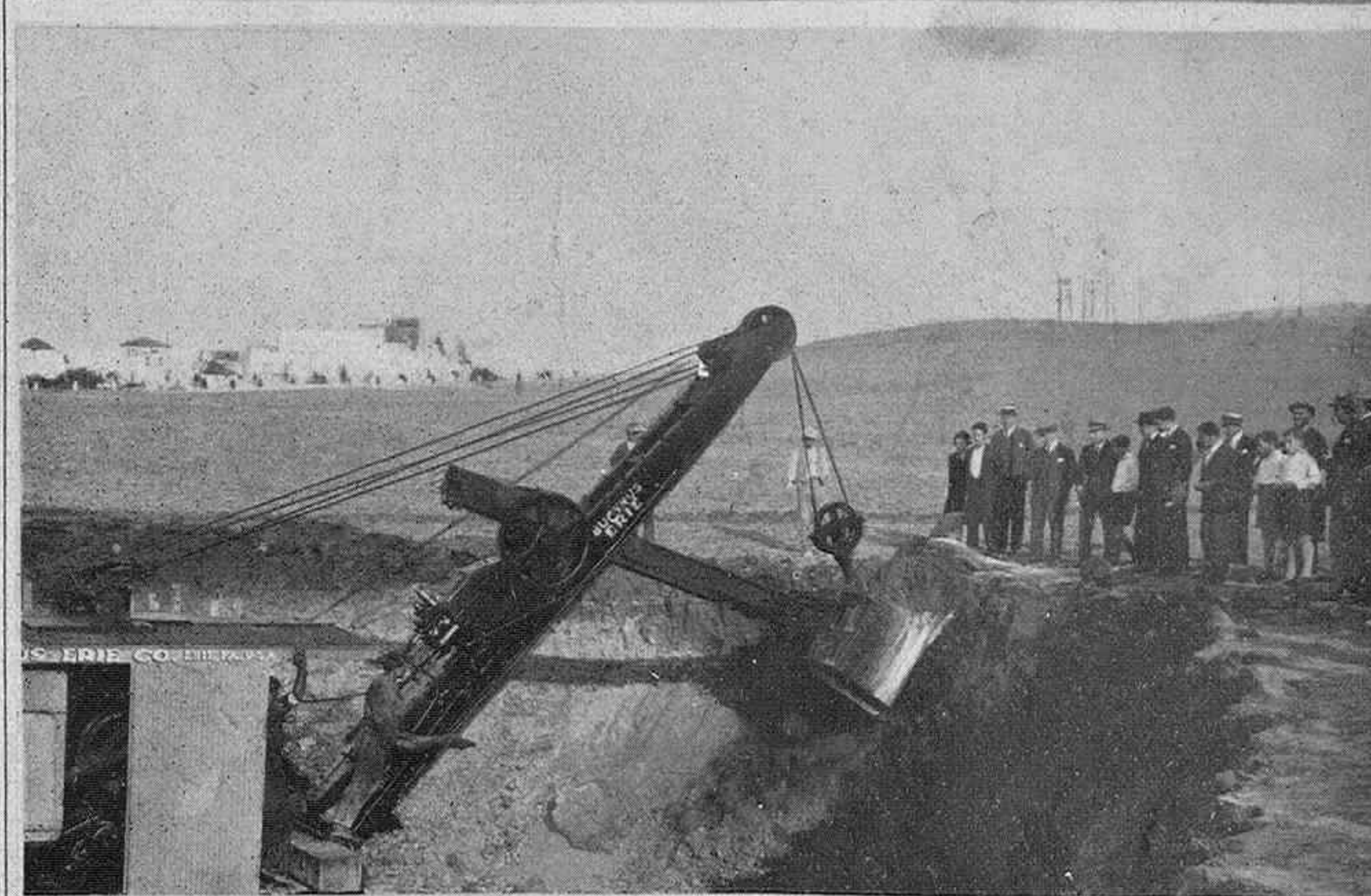
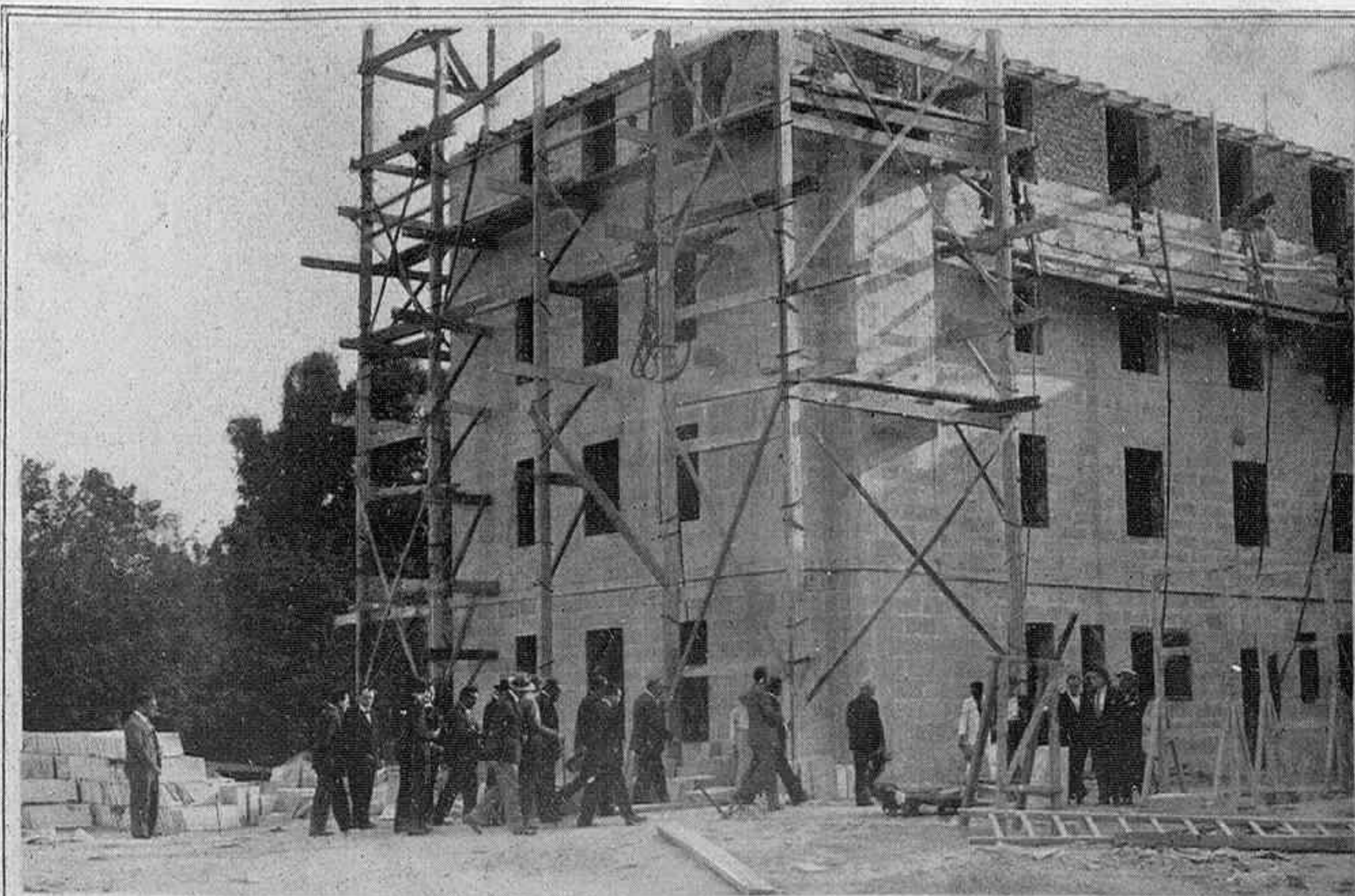
Hay otra frase profética del decano de la Facultad de Medicina de Madrid, el ilustre Recasens, que revela hasta qué punto la grandeza material, prodigiosa, de la Ciudad Universitaria de Madrid podrá ser superada por su grandeza espiritual. «La Ciudad Universitaria—ha dicho—representará el cambio más radical que en los procedimientos docentes se produzca en España.»

LA ESFERA, que ha seguido en todo instante, con la merecida atención, el proyecto y las etapas por que iba pasando, sintió oportunamente la necesidad de hacer conocer á España y á los países hispanoamericanos lo que ese nuevo espíritu docente, resucitador de la dominadora cultura racial, habrá de ser, y en las páginas de nuestra colección hay una encuesta en que ilustres catedráticos de las diversas Facultades de Madrid: Jiménez Asúa, el Dr. Suñer, Gil Fagoaga, tan sabiamente orientador; Martínez Risco, uno de los maestros más universalmente conocidos de la ciencia positiva española; D. Obdulio Fernández, el gran prestigio de la Farmacia española..., emitieron juicios y marcaron orientaciones que confirman los juicios afortunados de Noel y de Recasens: en la Ciudad Universitaria de Madrid, con ser tan grande y tan necesario para más alta significación, lo material será lo de menos.

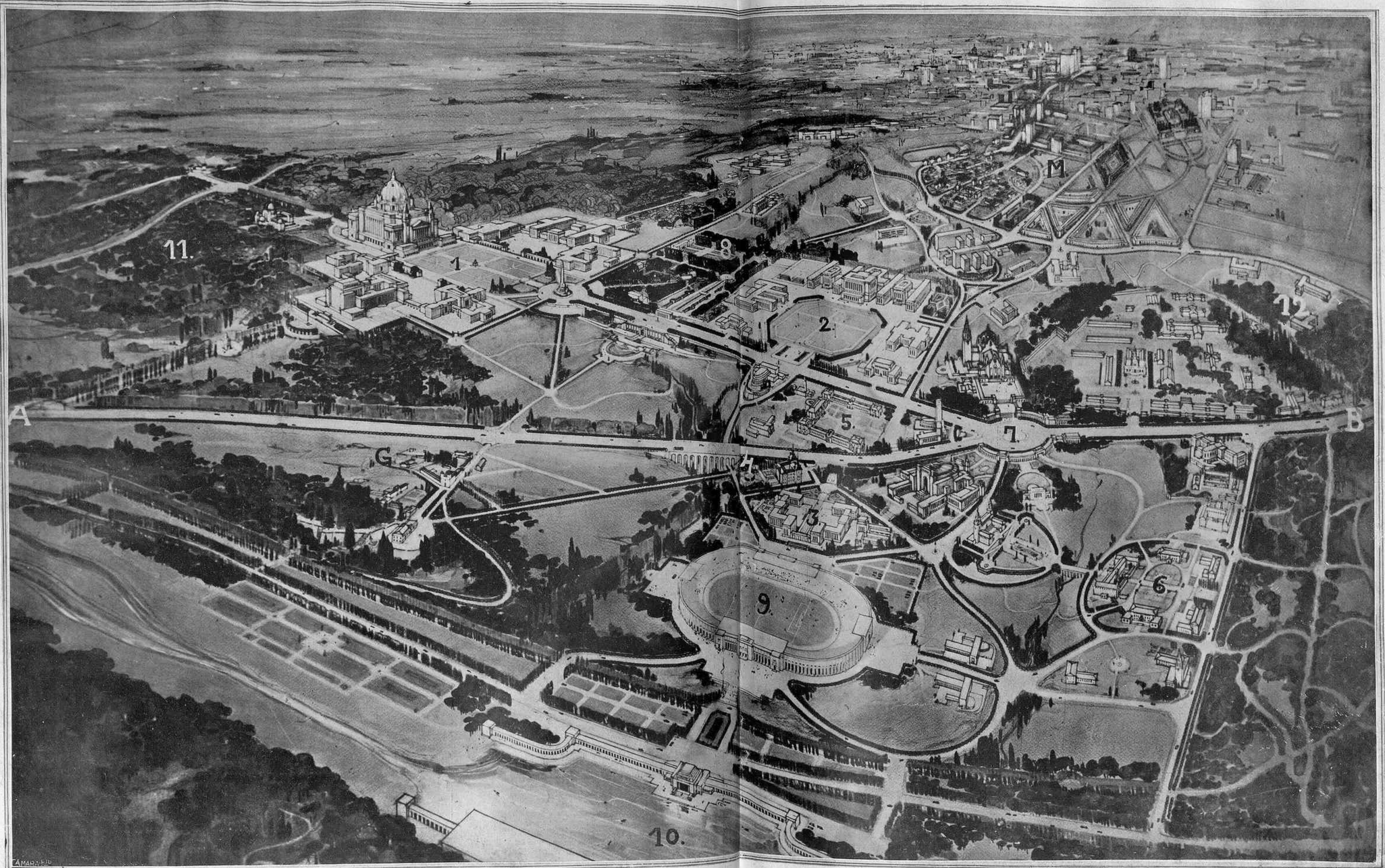
También hay en la colección de LA ESFERA, como complemento de la encuesta á que acabamos de aludir, otra acerca de la vida universitaria en los diversos países, contada por prestigiosos estudiantes que la vivieron con plena intensidad. En esa encuesta, que hizo ver cuán distinto del estudiantón clásico es el estudiante actual, está la justificación de esa gran parte de la Ciudad Universitaria destinada á la educación y á la vida física de los estudiantes y á su vida social elvada: el *estadium*, la piscina, el club de estudiantes...

Aún hay algo más, fundamental también: la Universidad comenzará á merecer su nombre y á ser realmente Universidad; á la sombra de su paraninfo, centro irradiador de cultura, estarán no sólo las cinco Facultades, las cinco hermanas clásicas, siempre íntimamente unidas, sino todos los Centros docentes que siempre también debieron integrar la Universidad. Junto al Hospital Clínico, como secuelas ó, mejor, como filiales de él y de la Facultad de Medicina, que con sus 1.500 camas comenzará á ser ya una útil escuela práctica, estarán la Escuela de Sanidad, la de Odontología y la de Enfermeras, que con el Instituto de Higiene, sede de Cajal, y el Instituto Rubio, tan renovador de nuestra cirugía, que quedan dentro del recinto universitario, constituirán una verdadera ciudad médica.

En la zona de Bellas Artes, que englobará la Casa de Velázquez, residencia de los artistas franceses, estarán las escuelas de Arquitectura,



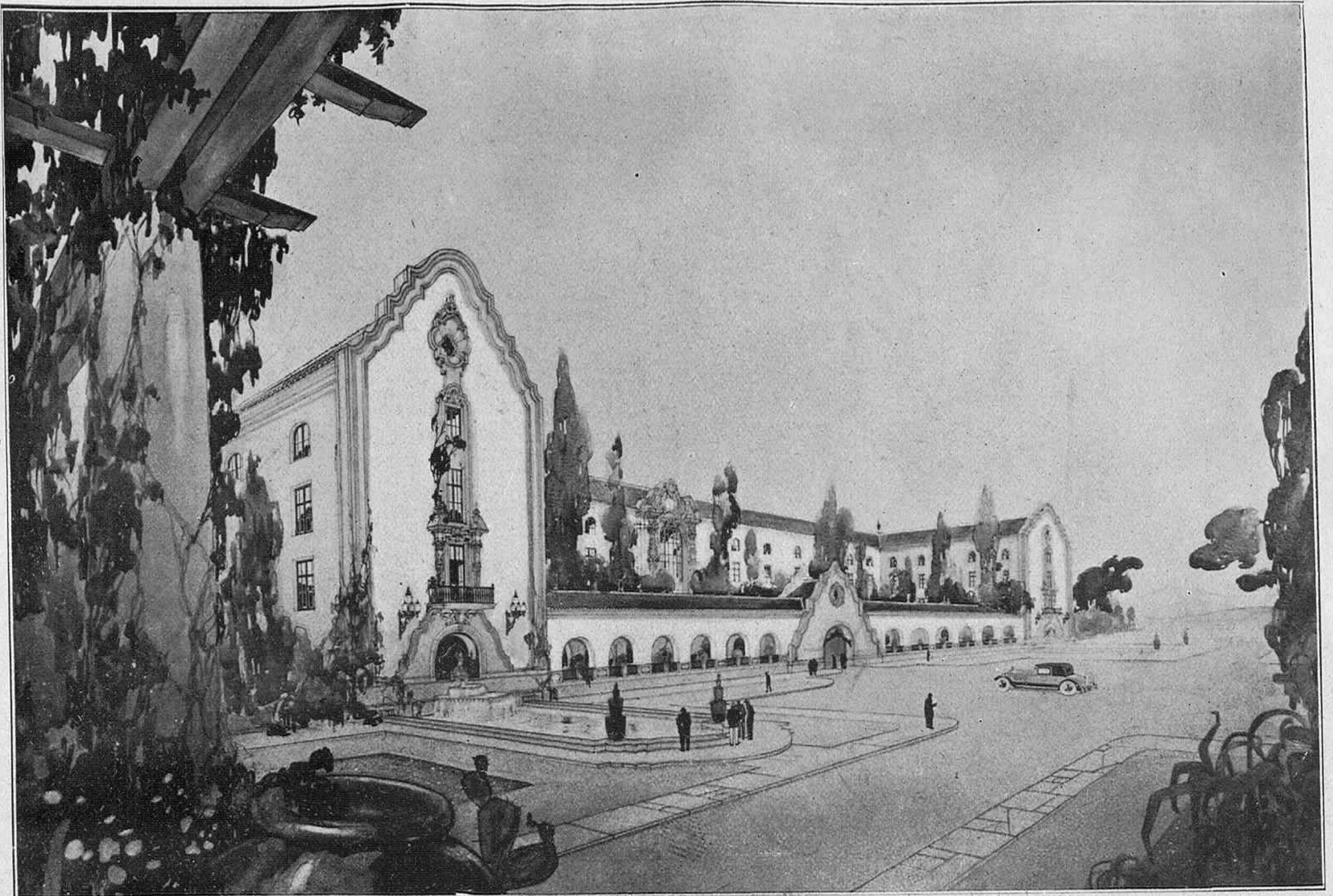
1. Estado en que se hallan, muy adelantadas ya, las obras de la Residencia Fundación Del Amo.—2. Una de las modernas máquinas excavadoras que se emplean en los trabajos de nivelación del terreno.—3. El ministro de Instrucción Pública mostrando á varios periodistas los planos de la Ciudad Univeersitaria, durante la visita á las obras (Fots. Cortés)



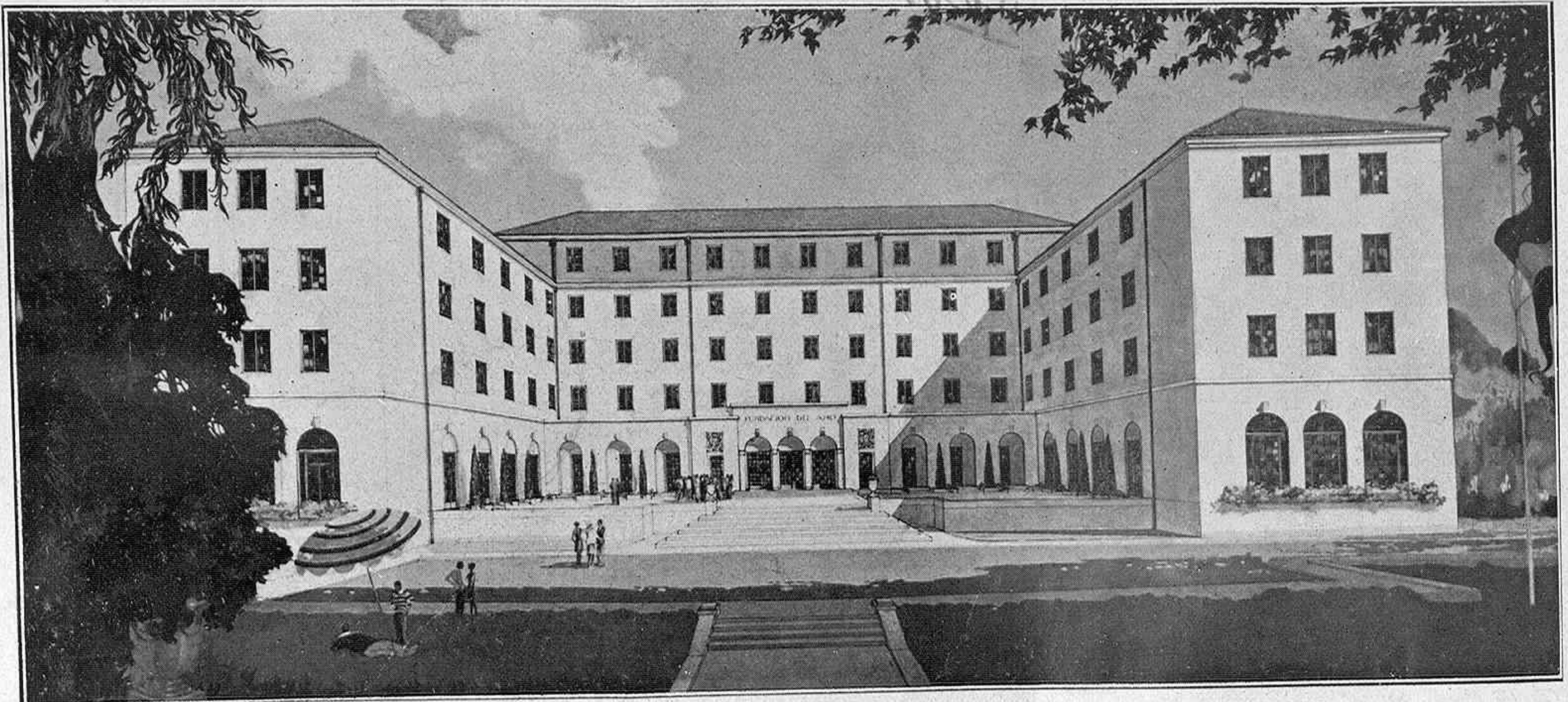
Perspectiva de conjunto y plano de construcciones de la Ciudad Universitaria de Madrid

1. Zona de Facultades: Paraninfo, Facultades de Ciencias, de Filosofía y de Derecho; Biblioteca Universitaria. — 2. Zona Médica: Facultades de Medicina y de Farmacia, Escuela de Odontología, Escuela de Sanidad Pública, Hospital Clínico (1.500 camas), Escuela de Enfermeras. — 3. Zona de Bellas Artes: Escuelas de Arquitectura y de Pintura, Conservatorio de Música. — 4. Casa de Velázquez. Gran Viaducto. — 5. Escuela de Ingenieros Agrónomos, Casa de Máquinas. — 6. Zona de Residencia de Estudiantes, límite al Parque del Oeste. — 7. Plaza de la Reina María Cristina; comienzo de la Avenida Alfonso XIII A-B, (de 40 metros de anchura y tres kilómetros de longitud), Casa de Correos, Telégrafos y Teléfonos, Club de Estudiantes. — 8. Jardín Botánico. — 9. Stadium (de una capacidad de 60.000 espectadores). — 10. Zona de canalización del río Manzanares para sports acuáticos. — 11. Bosque, que alcanza a los límites de El Pardo. — 12. Instituto Rubio, Instituto del Cáncer, Instituto de Microbiología Alfonso XIII. — M. Ciudad Metropolitana. — G. Granja Agrícola.





Proyecto de Residencia de Estudiantes Americanos en la Ciudad Universitaria



Proyecto de la Residencia Fundación del Amor, en la Ciudad Universitaria

(Fot. Cortés)

de Pintura y de Música. No lejos estarán los colegios de huérfanos, residencias también de tipo moderno, y, en suma, desde la escuela primaria hasta la más elevada institución cultural, tendrán allí su vida en una intimidad espiritual y

cordial muy distinta, absolutamente contraria, antitética, al caótico estado actual en que instituciones docentes hermanas se desconocen totalmente.

Recogemos en estas páginas una amplia infor-

mación gráfica de lo que la Ciudad Universitaria habrá de ser en plazo perentorio; pero, lo repetimos, ese admirable cuerpo no será sino el albergue de un espíritu más admirable aún en su esencia.

Hacia la liquidación de la guerra

La liberación de los territorios del Rhin

LA Conferencia de La Haya, que empezó a desarrollarse en un ambiente de pesimismo e intransigencia, hasta el punto de temerse una ruptura entre Inglaterra y sus aliados, ha terminado, por lo menos oficialmente, en plena cordialidad.

Snowden, Stresemann y Briand han sido las figuras culminantes de la reunión. El ministro de Hacienda inglés, con su irreductible actitud al exigir un mayor porcentaje para su nación en el reparto de los pagos alemanes, fué el escollo de la Conferencia.

La poderosa Inglaterra, agobiada por la grave crisis industrial del carbón y por el problema de sus dos millones de obreros parados, se mostraba en La Haya, por primera vez, en el trance del gran señor que no puede, por cambios de fortuna, seguir ya mostrándose generoso con sus amigos. La reclamación inglesa significaba la alteración del plan Young objeto de la Conferencia y considerado inviolable principalmente por Francia e Italia. Pero como la actitud intransigente de Snowden podía comprometer el éxito de otros objetivos de la reunión, Briand, consecuente con su credo de «dedicar los años que le restan de vida a trabajar por la paz», inició la conciliación y el ministro inglés logró para su Tesoro un aumento anual de 36 millones de marcos oro.

Como si éste hubiera sido el eje de las negociaciones, los otros temas de la Conferencia fueron acordados rápidamente.

Alemania consiguió sin esfuerzo, aunque no sin nuevo sacrificio, que para ella entraña, aparte la importancia material, un gran valor moral: la recuperación total de su soberanía política y económica. En La Haya se acordó la evacuación definitiva, por las tropas francesas, inglesas y belgas, de los territorios del Rhin que aquéllas han estado ocupando como garantía del pago de las deudas de guerra por Alemania.

Si Snowden ha retornado a Londres triunfador con sus millones, el triunfo moral de Stresemann en La Haya ha aumentado de modo indudable el prestigio del gran estadista alemán. Aunque el Reich haya de pagar aún como indemnización a los aliados una mitad de los gastos de ocupación, para Alemania, el verse libre, en el acordado término de un año, de las tropas extranjeras que ocupaban lo mejor de su territorio nacional, significa el principio verdadero de esa paz, tan porfiada y tan difícil, que sólo teóricamente se logró en Versalles y en Locarno.

Alemania vencida, no podía hacerse en verdad la ilusión de un espíritu generoso de olvido y de paz en Europa, mientras en su cuenca del Rhin, uniformes extranjeros, en ciudades y campos, mantuvieran presentes el recuerdo de los reencuentros de la lucha y de las desconfianzas de la paz...

Diez años ha sentido Alemania sobre su tierra la planta de los vencedores; pero que por muy leve que quiera hacerlo la cortesía, es siempre carga abrumadora para un pueblo.

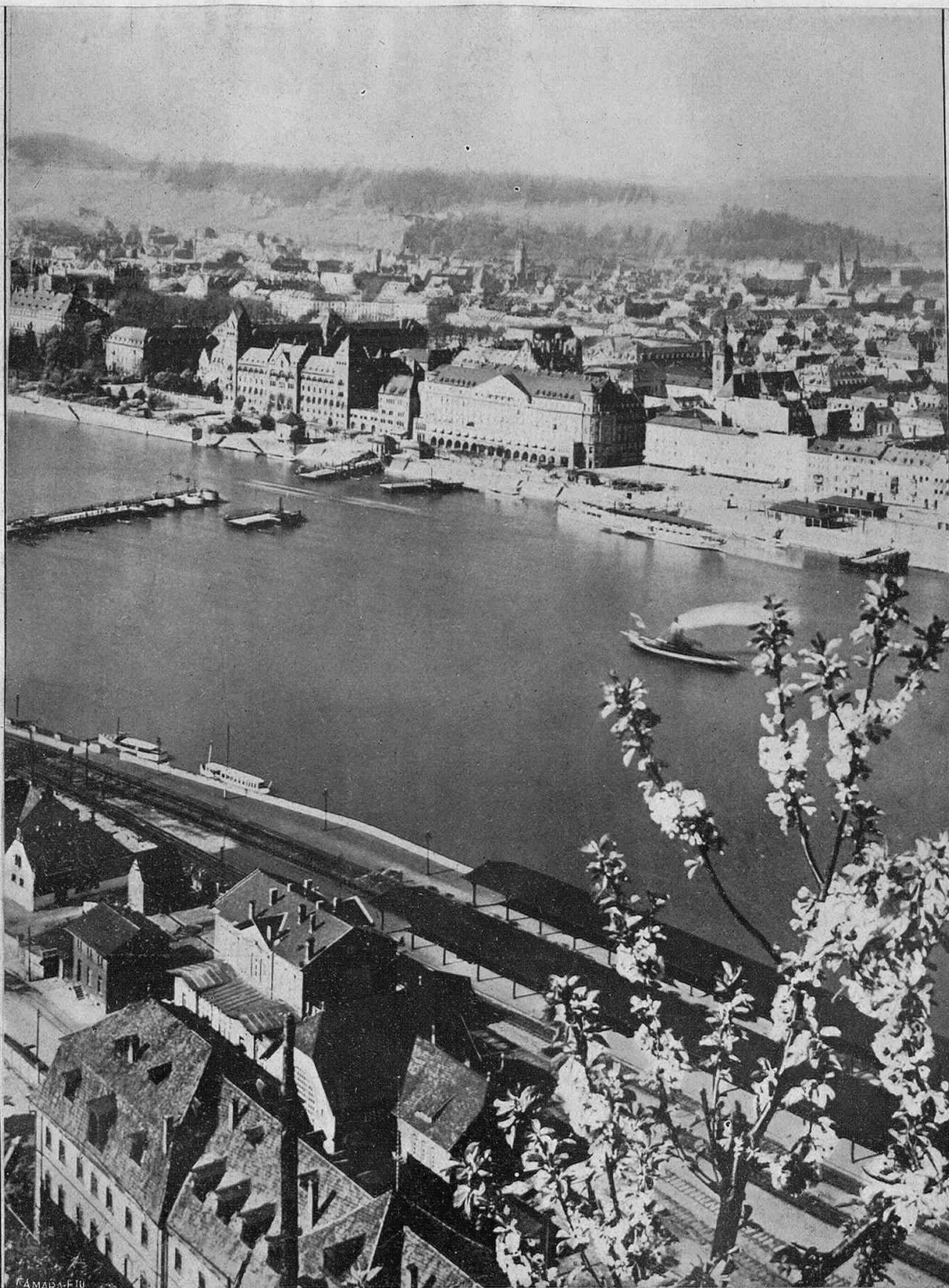
A pesar de Locarno y de Ginebra, la Alemania derrotada sufre la dura ley clásica de los vencidos; abrumada por la mole gigantesca de las indemnizaciones a los aliados, Alemania sabe que durante muchos años le será imposible todo movimiento expansivo; que si militarmente no le será permitido ningún avance, la mejor parte de su esfuerzo económico habrá de salir de sus fronteras hacia las arcas de sus antiguos adversarios...

Sin embargo, para un pueblo así que sólo como un porvenir muy lejano puede considerar que su trabajo le beneficie a sí propio; para un pueblo constreñido, frenado en sus ímpetus emprendedores, la idea al menos de no sentir la ingerencia personal de los extranjeros en su suelo puede servir de bálsamo moral al titánico cansancio a que ha de verse sometido...

Por su parte, y gracias al gran espíritu de Briand, los aliados han logrado dar al mundo



El segundo batallón real de fusileros británicos realizando maniobras preliminares de la evacuación en las cercanías de Wiesbaden (Fots. Agencia Gráfica)



Vista parcial de Coblenza, una de las magníficas ciudades del Rin, que pronto recobrará la absoluta libertad á que tiene derecho, dando fin la pesadilla de la ocupación militar extranjera

(Fot. Agencia Gráfica)

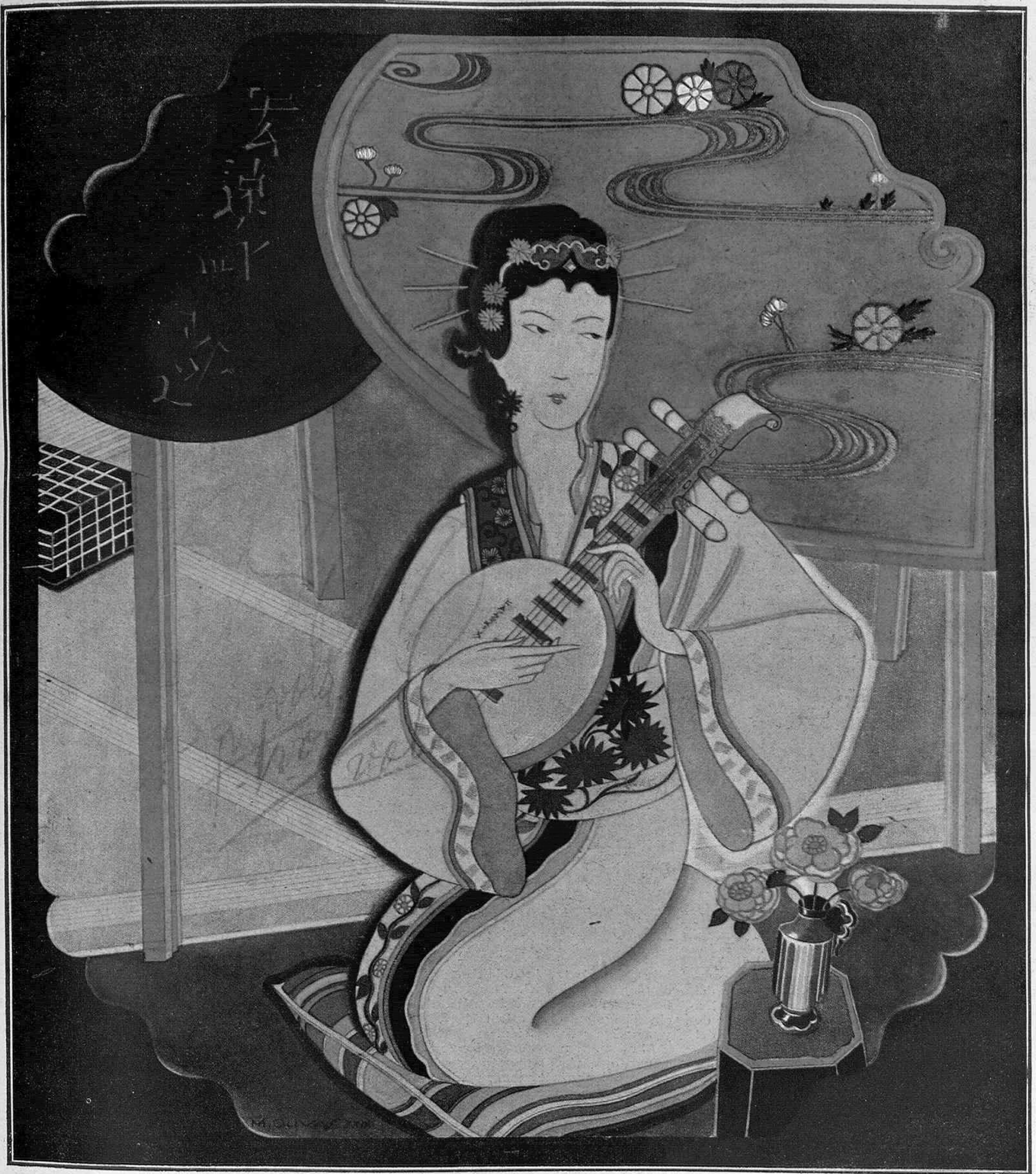
una sensación sincera de sus deseos de que la guerra se liquide sin odios ni recelos.

Llevándose á sus tropas de la cuenca del Rin, renunciando á esa prenda material de garantía, confiando en la buena fe futura de Alemania, han convertido en un hecho, posiblemente fecundo, aquel ideal de paz verdadera que si

fué primero una aspiración ilusionada de Wilson el apóstol, ni Versalles, ni Locarno, ni Ginebra habían convertido en realidad.

Pero el tiempo, gran aleccionador, hace su obra, y ya en 1929, hasta los más frenéticos nacionalistas franceses han llegado á comprender que es inútil pretensión la de intentar aniquilar

á un pueblo. El ejemplo de Rusia subsistiendo, á pesar del intento de asfixia organizado por el resto de Europa, y el ejemplo de la Alemania de hoy, imponiendo al mundo la victoria de su ciencia desde la cabina de Eckener en el *Graf Zeppelin*, son lecciones elocuentes que no deben desatender los diplomáticos...



« Dulce melodía »,
dibujo de M. Olivas



Antigua parroquia de Santo Tomé

LAS POBRES CLARISAS DE SORIA

MONJAS DE PERGAMINOS

La acción del tiempo parecía haberse complacido en ocultar, con el tupido velo del misterio, la fecha exacta de la fundación de su convento, hasta que tuvimos la suerte de recorrerlo, al dar con una curiosa carta del Concejo de Soria, otorgada el 15 de Julio de 1286, autorizando á las Dueñas de Santa Clara para poblar y hacer monasterio en la ciudad.

Bien pronto empezaron los valerosos monarcas de Castilla á dar reiteradas pruebas de su Real aprecio á este cenobio. Pues en su importante y desconocido cartulario que, por especial y agradecida condescendencia, tuvimos ocasión de registrar, figuran varios privilegios—no citados por los cronistas—concedidos á favor del monasterio por Fernando IV, el 26 de Enero de 1312; por su hijo el caudillo del Salado, el 1.º de Diciembre de 1345 y el 30 de Mayo de 1347; por la infanta D.^a Leonor de Aragón—pocos meses después de su boda en Soria—el 15 de Octubre de 1375; por su magnánimo esposo el Infante D. Juan—después Juan I—el 13 de Febrero siguiente; por su nieto Juan II, el 20 del mismo mes del memorable año 1453; por el piadoso Felipe III, el 6 de Marzo de 1611, y por su

hijo el Rey Poeta, el 16 de Febrero y 26 de Abril de 1645 y el 20 de Diciembre de 1654. Importantes privilegios reales que á su debido tiempo iban obteniendo en reinados sucesivos, la necesaria y merecida confirmación.

Al mismo tiempo que los Reyes daban á este convento señaladas muestras de su proverbial largueza, las más linajudas familias sorianas se complacían en dispensarle su más decidida y valiosa protección. Así, á fines del siglo XIV consta que le favorecía D. Gonzalo Gil de Miranda, vástago de la esclarecida estirpe de los Mirandas, que, al testar en Valladolid el 20 de Abril de 1413, le legó 500 florines de oro para hacer una capilla y 30 florines más para la capellanía aneja á perpetuidad.

Después, las opulentas familias de los Ríos y los Salcedos dispensaron por largo tiempo su favor á este ejemplar convento de la segunda Orden seráfica, pues consta explícitamente que, entre otros, ejercieron su patronato: primero, D. Alonso López de Río, alférez mayor de Soria y señor de las villas de Almenar y Gomara, casado en 1662 con D.^a Jerónima de Salcedo y Arbizu, y luego, su hija D.^a Isabel de Río y

Salcedo, señora de Gomara, Valverde y Almenar, que en 1680 casó con su primo hermano, el segundo conde Gomara, pasando así el patronato á la Casa de estos condes.

Reconstruido y ampliado este cenobio á primeros del siglo XVI, resultó un gran monasterio sin vistas á la ciudad, pero con buenas vistas al campo, resguardado del cierzo por la mole de la iglesia, y provisto de una espaciosa huerta que se extendía hasta la muralla.

Cuatro eran las principales construcciones en comunicación unas con otras, que, alrededor de un patio cuadrangular, ocupaban la meseta de Santa Clara; la arrogante iglesia, con ingreso por el Norte; dos cuerpos de edificio perpendiculares á ella, y otro que unía los anteriores.

La bien iluminada iglesia, de grande y buenas proporciones, era de una sola nave, cerrada por un ábside pentagonal. En el muro de fondo estaban los dos coros, alto y bajo, cerrado aquél por su correspondiente celosía y provisto éste de un comulgatorio. Su robusta construcción de piedra estaba reforzada con sillares en los ángulos. Y toda la cabecera era de sillería. El cuerpo de la iglesia estaba cubierto por una her-



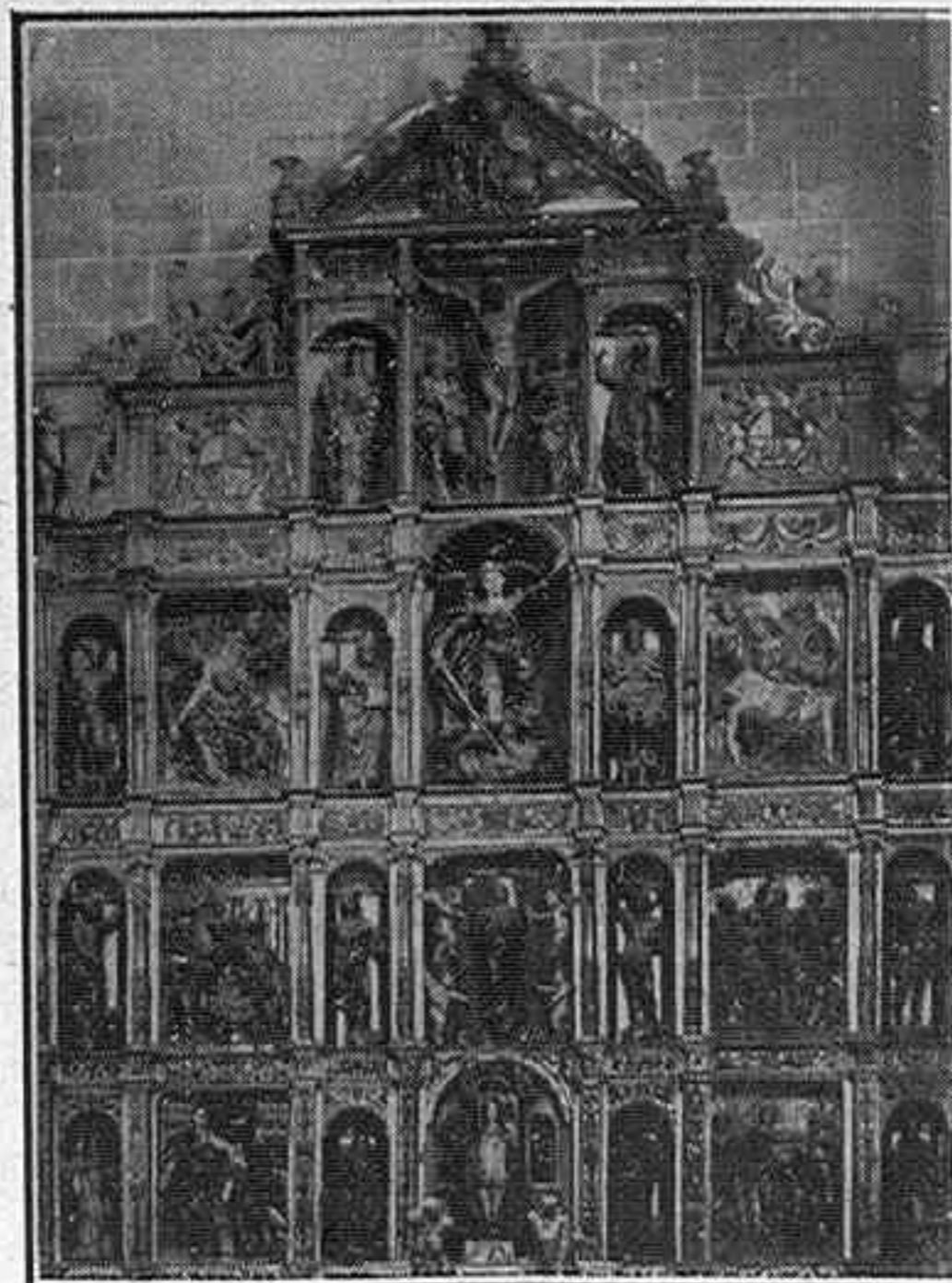
Casa de la Plaza de San Clemente, donde estuvieron las Clarisas

mosa bóveda de dos tramos, de complicada curvatura, apoyada en arcos fajones, levemente apuntados, que volteaban sobre esbeltas semicolumnas adosadas, recorridas por finos baquetones que aumentaban su esbeltez. Y con ser tan bellas y elegantes ambas bóvedas, aún les superaba en mucho la que cierra el ábside, con verdadero alarde de ligereza y buen gusto, formando una red de múltiples nervios y bovedillas, que guarecían el presbiterio á modo de primoroso y fantástico dosel.

A ambos lados del presbiterio había suntuosos enterramientos, bajo redondos y blasonados arcos de sepultura. Y, entre ellos, se ostentaba un magnífico retablo plateresco, por el estilo de los de Berruguete, conservado hoy día en la Colegiata, que, por llevar en su terminación las cuarteladas armas de los Ríos y los Salcedos, hace suponer que pudo ser un espléndido donativo al templo, que, en el glorioso reinado de la Sacra y Católica Majestad de Carlos V, hicieron D. Antonio del Río, *el Rico*, y su esposa D.^a Catalina de Salcedo.

Habiendo sido preciso durante la guerra civil que estalló á la muerte

Magnífico retablo plateresco del antiguo convento de Santa Clara



de Fernando VII, aprovechar la estratégica posición de este convento para transformarlo en cuartel, se trasladaron las Clarisas, en 1834, á la apacible casa plateresca contigua á la iglesia de San Clemente. Y desde aquí, después de hacer las indispensables obras de adaptación, pasaron, veinte años después, á ocupar el actual, adosado á la antigua parroquia de Santo Tomé, que había pertenecido á los Dominicos.

Los ilustres apellidos de San Clemente, Vera, Neila, Salcedo, Villanueva, Morales, Medrano, etc., que ostentaron muchas de las piadosas mujeres que, bajo el burdo y santo sayal, se acogieron á su claustro, acreditan el tradicional fervor de esta vetusta ciudad de glorioso abolengo franciscano.

Caducados todos los rancios y honrosos pergaminos reales, que, autorizados con sus pesados sellos de plomo, yacen en su arrinconado archivo, hoy día las pobres Clarisas de Soria, arrastran la vida precaria, que, con digna y admirable resignación cristiana, propia de las almas fuertes, sufren la mayor parte de las monjas de clausura.

(Fots. Casa do)

PELAYO ARTIGAS





Por el ventanal, completamente abierto sobre el mar...

FRENTE AL MAR

AMANECE EN OSTENDE

Estoy despierto? Por el ventanal, completamente abierto sobre el mar, veo la luz trasnochadora del primer candelabro del *Dique de Mer*, y rítmicamente los destellos del faro; pero todo envuelto en una veladura...

Ahora mismo estaba lejos de Ostende, en un instante grato de mi vida madrileña. ¿Soñaba entonces ó sueño ahora?

Mi brazo, tendido en busca de luz, se enfría rápidamente; los labios me saben á sal; la luz encendida me muestra con toda claridad los detalles banalmente cosmopolitas de un cuarto de hotel. Estoy despierto, y en Ostende.

Súbitamente suena un cañonazo. Me acerco á la ventana. El viento N. me despierta del todo. Aviva mis sentidos. La veladura que hacía opacos el foco eléctrico y los destellos del faro es una niebla espesa. Sólo veo los puntos luminosos. Como estrellas de ínfima magnitud, las luces del puerto, y menos intensas aún las de las farolas que avanzan en el mar.

Otro cañonazo; un silencio; otro cañonazo y luego otros más rítmicos, como los destellos del faro. No tienen las resonancias trágicas de los días del *Vindictive*; son ráfagas sonoras vicariantes de las luminosas que absorbe la niebla traidora; buscan á los caminantes del mar, á los pescadores perdidos sobre el agua líquida en el vapor de agua.

Sin duda, uno de ellos me despertó. Ante mí, el mar bravea; las olas saltan la estacada, como si buscaran, allá en el fondo, para herirlos también, los barcos anclados, y se rompen con estrépito en el espolón del dique. De vez en cuando, un relámpago dibuja la filigrana moviente de la espuma impoluta. Luego, mucho después, un trueno sordo. Tormenta lejana. Suena también, muy rítmicamente, una campana de señales. La calzada y la playa, cuando las

iluminan los rayos del faro, están solitarias; las casetas, alineadas en formación perfecta, reflejan, con su blancura truncada sólo por los triángulos grises que las filian, la luz oscilante del faro, que, al pasar sobre los rieles del tranvía, hace serpentear brillos argentinos...

¡Pobre faro, artificio humano, burlado, como todos, por un fenómeno natural! La niebla le cortó las alas, amenguó su alcance y son los zumbidos bélicos del cañón y el tintineo piadoso de la campana los que han de señalar su ruta á los caminantes.

Por fin, sobre el fondo sombrío aparece, avanzando, una nueva luz blanca; á poco, pareja con ella, más baja, una luz roja. Una barca encontró su camino y se acerca al puerto. Se oye, lejano y angustioso, el sonar de una sirena más lúgubre entre la niebla densa y magnificado por la armonía del viento que zumba y de las olas que se rompen...

Súbitamente, un rumor extraño añade una discordancia á la armonía y comienza á oirse, lejano aún, el sonar de un *klaxon*. Aparece sobre la calzada una luz muy intensa que crece, y un *auto* espléndido pasa rápidamente ante mi ventana.

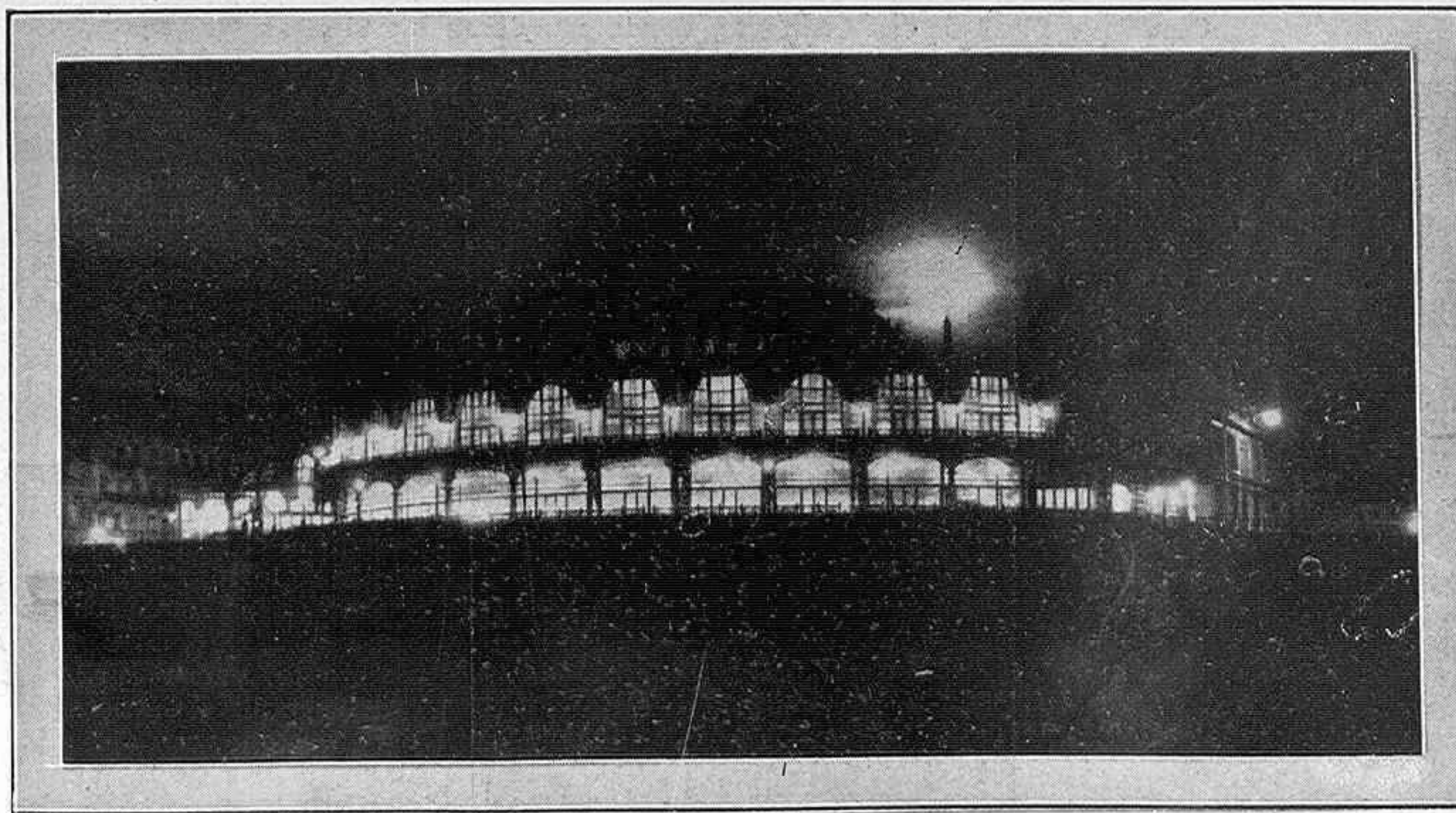
Lleno de luz, es como un escaparate; en él, mujeres, mujeres ajadas en espléndidos trajes de *soirée* y hombres en *smoking* y destocados. Una partida alegre á la que no inquietan el zumbido del viento ni el rugir de las olas.

Sin duda, no les basta la fiesta del Kursal ni la fiebre en la sala de juegos; la mirada sobre la bolita loca y arrítmico el corazón por seguirla en sus veleidades de coqueta cuando, cansada ya, ha de caer en el número privilegiado. No les acució la ambición de ganar ni les deprimió la pérdida cuantiosa. Vástagos de razas fatigadas, necesitan emociones fuertes para mover la sensibilidad y romper la monotonía de la existencia ociosa de ricos trashumantes sin luchas ni anhelos intensamente humanos.

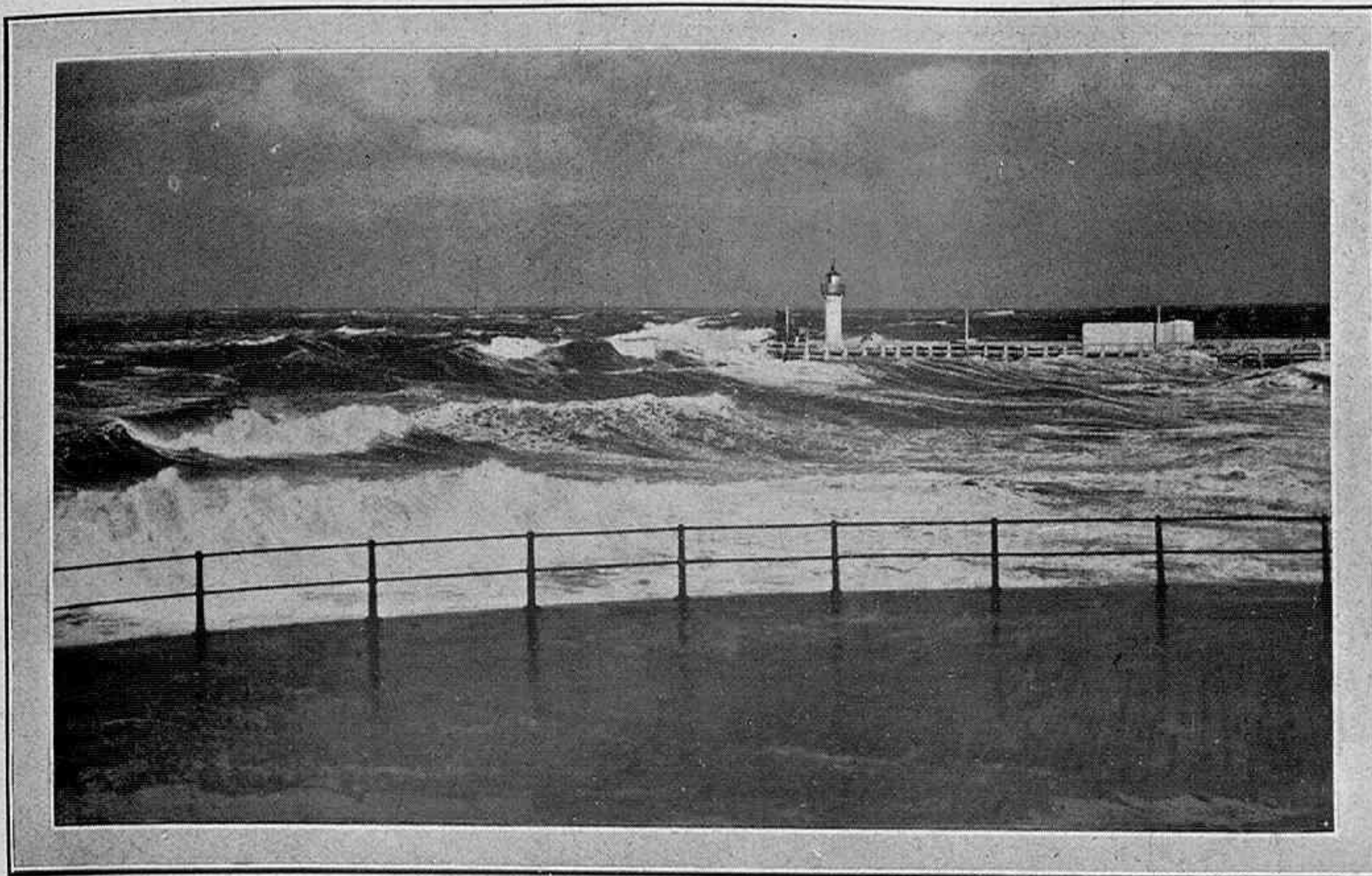
Lo que piden á la ruleta es la tensión nerviosa mientras la bola corre, la sacudida intensa cuando la bola se detiene. Pero la emoción, si la sienten, es muy honda; no llega al rostro que perdura impasible como una máscara de la vieja Talía. Máscara trágica ó máscara cómica. Trágica ó cómica, tal vez según quien la mira; pero inmutable, estereotipia del gesto de una pasión, que inquieta con el siniestro horror de una mueca forzada y definitiva

en un rostro muerto.

Sólo los rostros de las cortesanas, que junto al amigo de unas horas husmean la ganancia, temerosas de haber perdido su noche, tienen aún dejos de expresión; cada movimiento de la raqueta que empuja un montón de fichas hacia el «empleador» arranca una contracción nueva. Cuando el montón es grande, la contracción es rictus. Si la raqueta, al fin, recoge las fichas ante el jugador, los labios que, perdido el carmín y olvidado el lápiz en el bolso, son cárdenos, se entreabren para respirar; pero el suspiro no sale contenido por el buen tono; se interna de nuevo para mover



Lleno de luz, el Kursal es como un escaparate



¡Pobre faro, artificio humano, burlado, como todos, por un fenómeno natural!

el eterno círculo, penetraron más hondos en el horizonte. Son más perceptibles las lucecillas blancas y rojas de las barcas de pesca; el sonido que ahora parece estertoroso de la sirena, vuelve a oírse y se ve un vapor que llega entre los veleros.

La niebla comienza a subir. La luz nueva dibuja fuertemente los tres grupos de casetas y el perfil rítmico de la estacada, las escaleras trágicas por donde no hace mucho unos excursionistas fueron regocijados a la muerte.

El mar comienza a bajar. Un perro escuálido se aventura en pesquisas infructuosas sobre la arena húmeda. Pasa un pescador bien calado el sombrero de aguas con la blusa roja, corta y abierta, calzando zuecos resonantes y llevando en la mano las enormes botazas de mar.

Suena otra campana, más vibrante, más próxima cada vez, y en la esquina aparece el primer tranvía para Mariakerke; son las seis y media. Descienden a la playa una mujer y un hombre; abren las casetas, las casetas grandes que llevan en letras enormes los rótulos *Coûtume* y *Bureau*, y comienzan a preparar la faena.

Ella tiende sábanas y *maillots* sobre la arena, que comienza a dorar un sol tibio, que con su luz hace destacar el primer término, sobre el fondo gris fino, apenas matizado de añil.

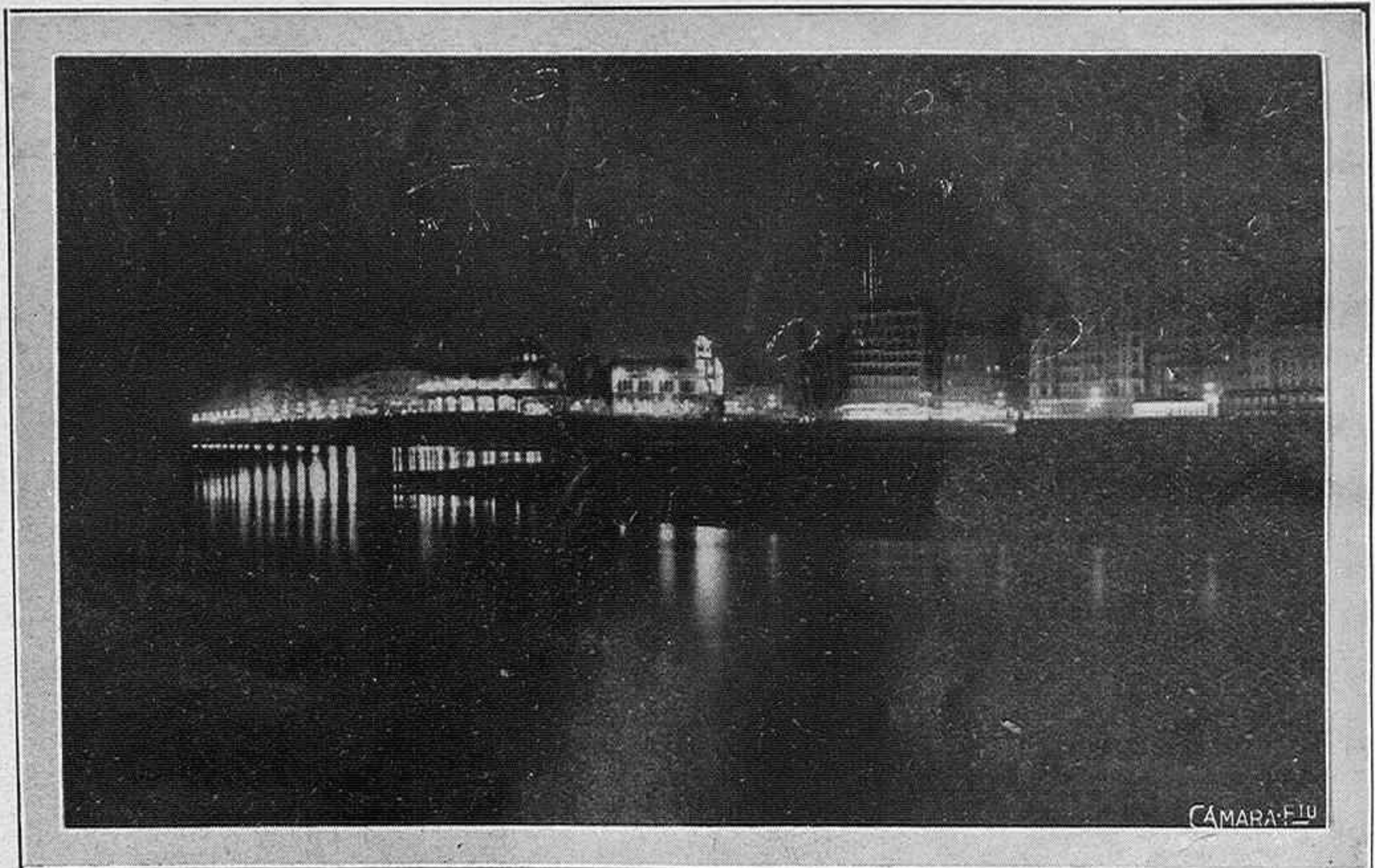
Llegan dos viejos pescadores que sienten la nostalgia del amanecer en el mar, y se acodan sobre la férrea barandilla del dique. Un autocar

el corazón. Tras del Kursal, el «Restaurant de noche» en el boulevard Van Iseghen; los mismos rostros del Kursal, los mismos manjares de ayer y de anteayer, los mismos *danseurs mondains*... Monotonía de monotonías, nada que estimule la sensibilidad embotada.

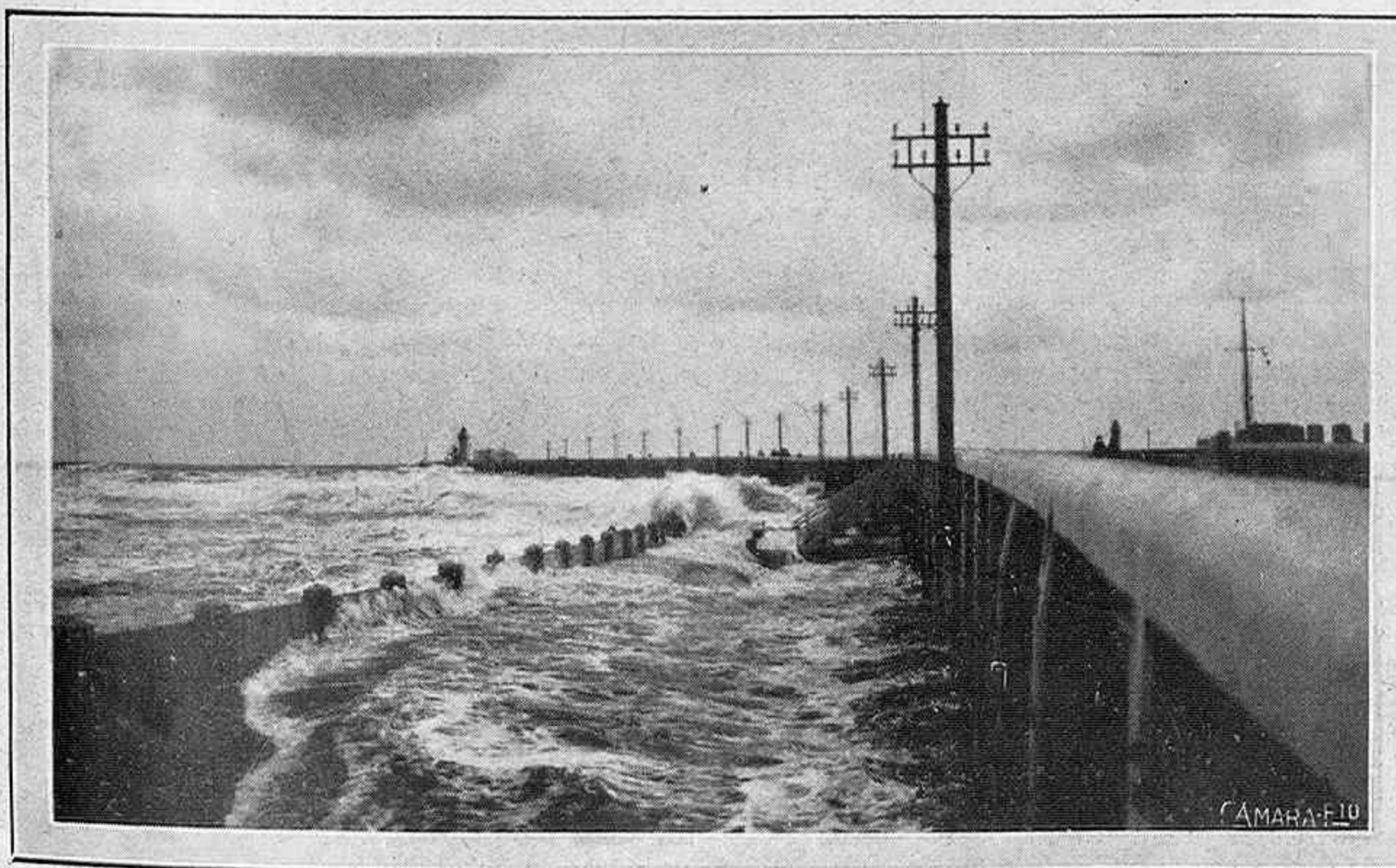
Alguna propuso un placer nuevo: correr en el auto a lo largo de la costa hasta Holanda. Desayunarse en Blankenbergue en algún palacio de la playa abierto aún, y seguir corriendo y pasar la frontera; es jueves, y tal vez la pidió la fantasía mezclar su *toilette* novísima con sus *drapeaux* pendientes como jirones a uno y otro lado que alargan la falda en nueva veleid de la moda, con los trajes arcaicos de las holandesas que venden quesos y nata en el mercado de Middelburgo. Todo pretende ser fiesta, porque todo es hastío.

•••••

Remoto el *klaxon*, va apagándose su sonido hasta perderse. Continúa el ritmo de los cañonazos y de la campana. Comienza a sonar, más próxima, más rápida, más apremiante, otra campana; los Capuchinos llaman a su primera misa. Son las seis menos cuarto. La lámpara de la farola se apagó, y la obscuridad, un instante más densa, hizo más intenso el parpadeo del faro; los rayos de aquella mirada de ciclope describiendo



Correr en el «auto», a lo largo de la costa iluminada...



El mar bravea; las olas saltan la estacada...

se detiene en la esquina, y a poco comienzan a llegar los excursionistas de agencia que van a Sluis ó, más intrépidos, a Middelburgo; ingleses con pantalón blanco, chaleco de punto y pipa humeante por todo abrigo; inglesas con el bolso de labor; francesitas con una novela y dos periódicos de modas; belgas del interior con el saco bien repleto de *pistolets* pletóricos de jamón ahumado.

Un hombre, en bicicleta, lleva, pendiente del cuello, un saco enorme. Son los diarios de Bruselas, que llegan, olorosa y fresca aún la tinta. El autocar parte. Pasan más tranvías. Comienzan a llegar a la playa bañistas humildes. Luego, las hermanas de San Vicente de Paúl con sus *rutras* de niñas huérfanas y su cestón de costura.

Por fin, una fotógrafa, con bata blanca y gorra blanca también, arma su tabanque en plena playa, y cuelga su escaparate en el barandal del dique...

Comenzó el día.

ALEJANDRO MIQUIS

Ostende, Agosto 1929.



La amazona

EL CAZADOR

HA madrugado mucho. Ni siquiera ha mirado al sol por ajustarse el viejo pantalón á las piernas con unas bandas largas de lienzo; ha requerido la escopeta engrasada desde la noche anterior; ha soltado el perro, atraillado en el patio... Y poco después su silueta se dibuja negra sobre el azul del horizonte, que se va dorando según crece el día.

Anda, anda, anda. De rato en rato el perro se detiene ante unos arbustos, olfatea, ladra, pasa una sombra rauda, la escopeta se apoya en el hombro, cae sobre ella la cabeza de ojo certero... ¡Pum!... Allá lejos la sombra fugitiva se atropella á sí misma, se agita convulsa, queda inmóvil... Y el zurrón va llenándose tanto, que si el perro no estuviera en el secreto creería que á su amo le está naciendo una joroba.

Regresa ya de tarde, cansado, contento. Para darle una sorpresa á su mujer, extiende sobre el suelo del comedor liebres, conejos, perdices y hasta un gavilán que mató al principio, «por estrenarse y matar algo».

El cuadro de caza ofrece un carácter más triste que apetitoso. Empero, la mujer le dice:

—Traerás hambre.

El respondió que sí, y poco después están sobre la mesa dos huevos medio cocidos, un plato de berenjenas fritas, uvas, manzanas, un cuarto creciente de sandía que ni un instante le recuerda la sangre derramada por él.

¡El cazador es vegetariano!

EL VIVISECTOR

Ese hombre vestido de blusa; ese hombre enjuto que sonríe y multiplica la vista de sus duros ojuelos con lentes de oro, es un prestidigitador terrible.

Bajo uno de sus cubiletes pone á la humanidad futura, bajo el otro pone á unas desventuradas bestezuelas; y valiéndose de sus pensamientos y del bisturí, pretende hacer pasar los dolores de aquella á los cuerpecitos indefensos.

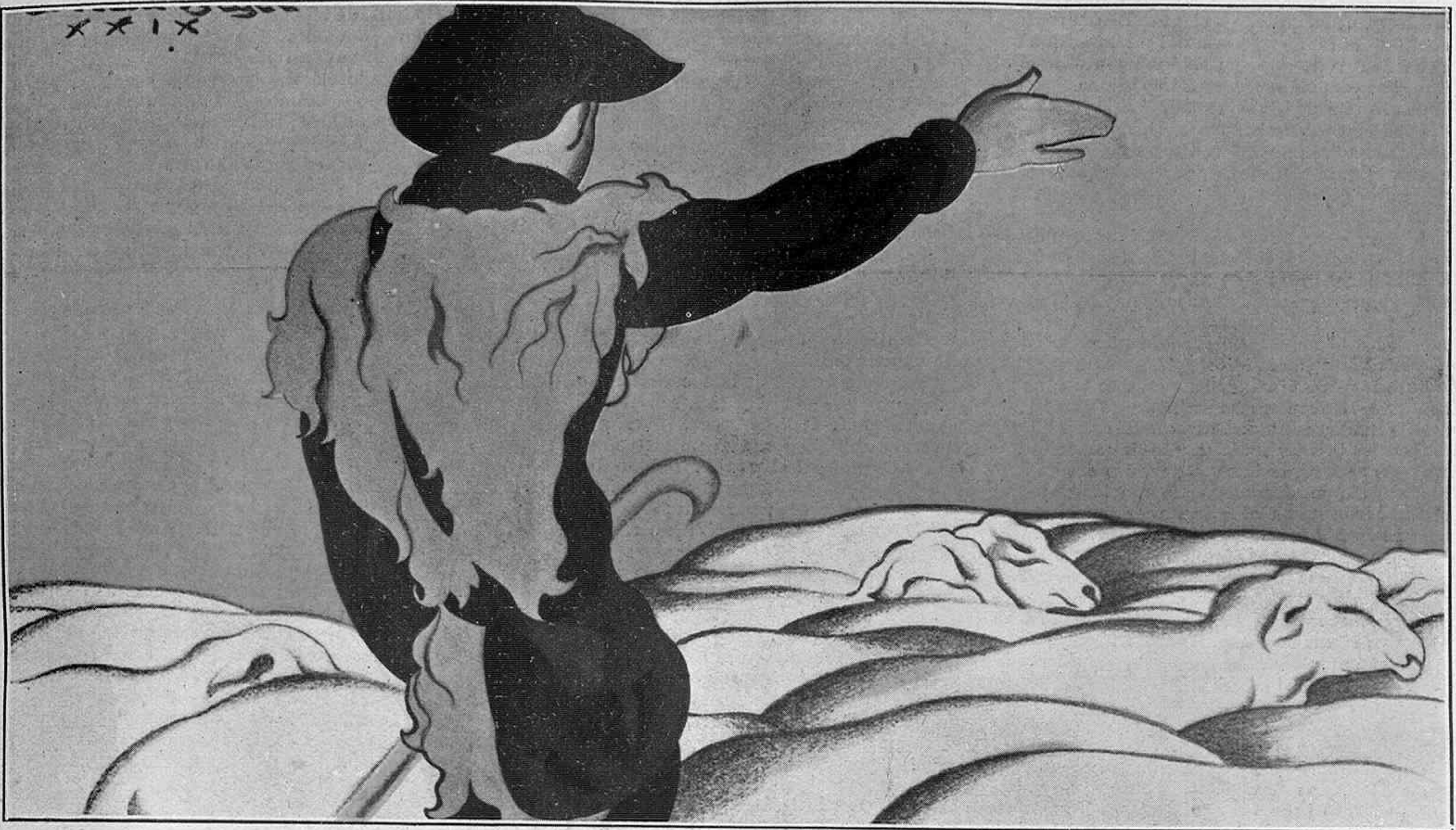
Y pasan, pasan, pasan... Ved este conejillo de Indias con los músculos agarrotados, con los

nervios tensos, con los ojos tan salientes que parecen querer penetrar á su verdugo para ver si tiene ó no entrañas; ved á ese can á quien inocularon los más destructores microbios; ved á ese mono encadenado sobre la mesa con el pecho abierto por una herida lentísima cuyas palpitations se van apuntando en un cuadernito.

¡Ah, doctor, doctor, que tal vez te llamas Metchnikoff ó Moreau simplemente, el cuaderno es demasiado chico! Sólo el dolor que cabe en un minuto necesitaría muchas más páginas.

En este «cuadrado del infierno»—el infierno de los animales no tiene círculos, sino cuadrados: la forma de las habitaciones del hombre—no entran anestésicos ni bálsamos. Se trata de elevar el dolor hasta el superlativo inverosímil; se trata de montarlo al aire á modo de brillante de fulgores siniestros que cortara con cada uno de sus resplandores. La inquisición de las bestias no se ha abolido aún.

Cuando el prestidigitador terrible alza un cubilete, yace bajo de él un cuerpo de carne ya



El pastor

casi desmaterializada por el sufrimiento. Cuando el tiempo alce el otro, se comprenderá que el juego maldito tenía trampa y que el dolor puesto en los animales no se quitó, ¡ay!, de la futura humanidad.

de su anzuelo, el miedo le sale á la cara, y la caña tiembla entre sus manos.

—¿Ha pescado usted algo?—le dice un compañero.

—No; nada aún.

—Un pescado enorme está rondando por aquí y nos espanta la pesca; no sé qué será.

Al oír esto, el pescador retiraría gustoso su aparejo; no lo hace por estar allí el otro, que también cambiaría de lugar si no hubiese tictos. Las imaginaciones, casi atrofiadas, despiertan y ponen bajo las aguas la posible silueta de un pulpo, de un pez cofre, de un monstruo más voraz que el tiburón y más corpulento que la ballena... Y otra vez aun en aquella orilla, cementerio de horas donde los pescadores consumen la energía en esperar una cosa que apenas importa que llegue, dos timideces bien reunidas toman el aspecto de una resolución energética.

Al fin, cuando el sol llega ya al meridiano, sacan dos sardinillas ridículas, y ambos se sonríen satisfechos.

LA AMAZONA

El caballo tiene en el primer instante una duda: «¿Se habrá montado sobre mí algún cojo? No siento en este lado ni el estribo ni el

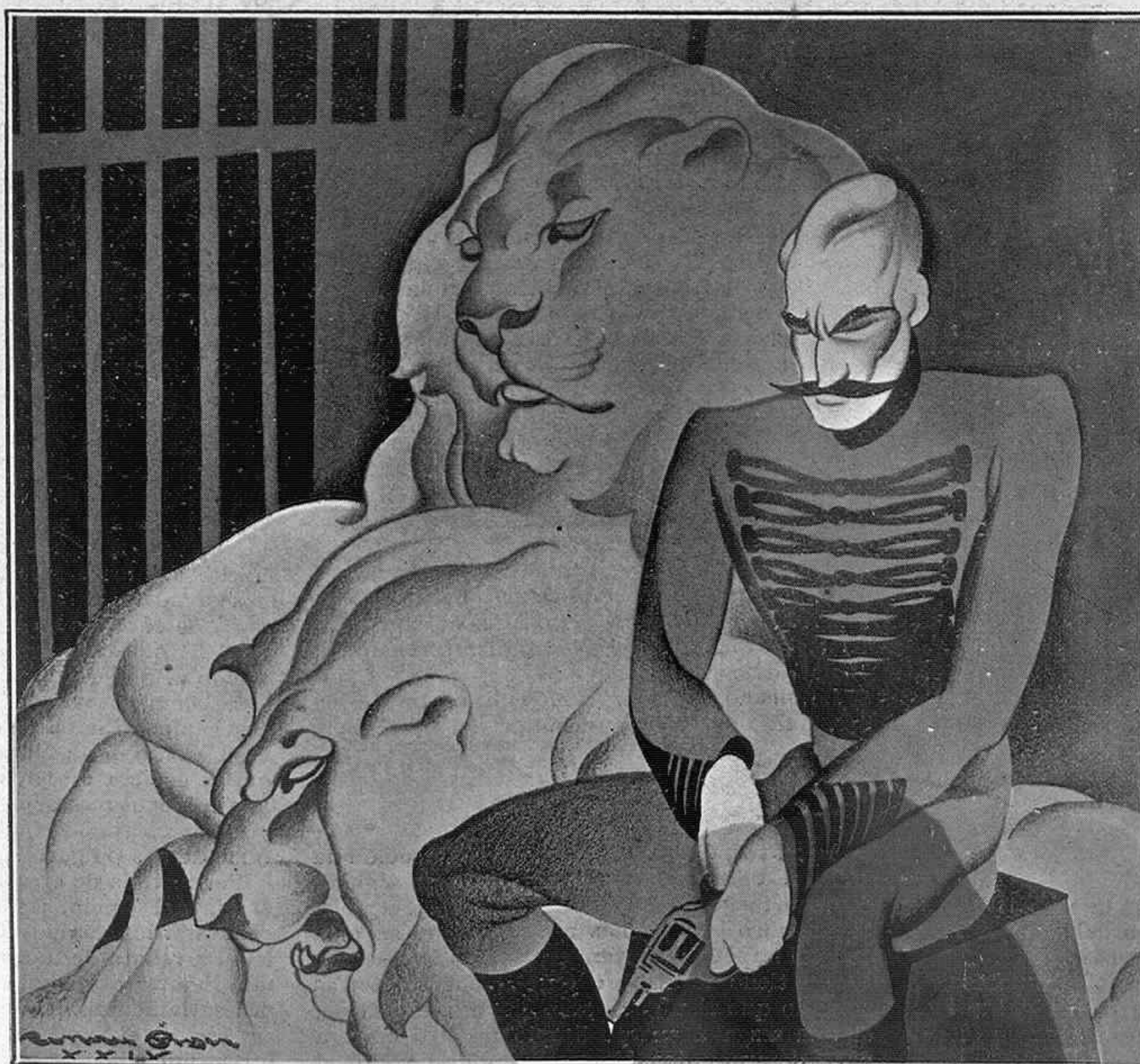
EL PESCADOR

El pescador no es el que siempre pesca; el verdadero pescador es el que durante muchos días, á lo mejor—ó á lo peor; punto de vista suyo ó de los peces—no pesca nada.

El pescador de oficio, el de redes, el de velas remendadas y tez curtida por las ventiscas, nada tiene que ver con el pescador metafísico. Uno pesca por comer, el otro por divertirse; en uno es oficio; en el otro, arte. La caña tendida, el pedazo de corcho que flota, la fofa paciencia, las largas horas que parecen llenas de meditación y que están por completo vacías de pensamiento, son los pensamientos y atributos del pescador tipo. El pescador es un alma muerta que no ha tenido quien le cierre los ojos.

Pasa la corriente, teje y desteje el oleaje; el pescador vigila... Vigila siempre con algo de miedo, porque el pescador no es un héroe. Si tuviera valor, cazaría.

Cuando algún pez de tamaño excesivo muer-



El domador

muslo ni el acicate...—piensa. Bien pronto el vuelo de la falda y la voz del instinto, que sale al encuentro de una sensación misteriosa del olfato, le hacen comprender... Las bridas están demasiado tensas; la serpentilla del látigo relampaguea con frecuencia excesiva en el flanco; el tacón armado golpea tan á menudo, que parece querer suplir con su impar encono la espuela que falta; y, sin embargo, el caballo galopa contento.

Al través de lo imposible, un intercambio sexual se ha establecido entre los dos. Siente ganas de encabritarse, de hacer una proeza; quisiera correr por los senderos más bellos del bosque; quisiera encontrarse con algún toro descendiente de aquel que llevó á la amazona Europa por el prado de la Mitología, para darle celos.

Jadea, perla el sudor su piel que tiembla al contacto de la mano femenil. Y su relincho tiene hinchados sonidos de jactancia.

La amazona también siente un contento que cree producido por la madrugada, por el tierno sol matinal, por el recuerdo de aquellas palabras que cayeron en su oído la noche antes, por el olor á la vez casto y germinativo que se exhala del bosque. Y si cuando la umbría es más tupida y la espesura parece más aislada del tiempo, el cuello del bruto se torciese transformado en busto de centauro, es seguro que ella lanzaría un grito, sí; pero es seguro también que su sorpresa y su miedo serían menores que ante cualquier otro prodigio.

EL DOMADOR

Ayer se llamó Hangenbeck; hoy Malleu; ayer acabó entre las fauces de una pantera; hoy acaba vendiendo juguetes grotescos en los paseos públicos, después de haberse jugado ó bebido su *Ménagerie*. Y ayer y hoy, gusta de anteponer ante su nombre el justo título de capitán.

Las fieras nunca han pasado tanta hambre como ha pasado él, porque de haber pasado la mitad siquiera, habrían dejado la profesión de fieras por la de domadores. La idea de adoptar este oficio le vino después de haber desechado la de usar una pistola que acabara con todo. Y las primeras veces que entró en la jaula y que cruzó su mirar magnético con el de los felinos y que esgrimió la barra y el látigo, le pareció que se suicidaba por entregas.

Como las fieras estaban hartas y él empezó á comer á su gusto, establecióse un pacto tácito de claudicaciones; ellas rugirían y manotearían al aire, mientras él, en vez de domador, sería domesticador. Las clases no fueron siempre fáciles, y algunas asignaturas hubo que dejarlas para Septiembre. Hubo también zarpazos, dentelladas, abrazos demasiado cordiales. Pero cuando los primeros domadores recorrieron los primeros circos, ya el *Maese Gaster* de Rabelais había dicho su «¡Todo por la tripa!», y esta divisa debe explicar á los tardos de imaginación las profesiones incomprensibles al primer examen. Aquel fakir de la tauromaquia que aguardaba á los toros inermes, en guisa fantasmal, respondió á un ingenuo que le preguntó si no tenía miedo á las cornadas:

—¡Más cornadas da el hambre!

¡Gran decir! Las fieras tiran los zarpazos, el hambre los da siempre. Pero ya hoy es fácil reducir los riesgos al minimum: la civilización, que enseñó á los negros las delicias del aguardiente de palmera, ha enseñado á tigres y leones los paraísos artificiales; y tan frecuente es ver ante un fiero capitán una pantera morfínomana, como ver del brazo de un teniente á una pobre zorra embriagada de cocaína.

EL MATARIFE

Mano de la necesidad, sin duda; mas, también, voluptuosidad secreta, dureza del alma, destreza de mano para engendrar la muerte.

La vida tiene hasta él en una fila rumorosa de nobles testuces, de ojos claros aún del reflejo de verdes praderas, de vellones de bravío olor... Y en un instante, de un solo golpe, bajo su mano armada se produce el no ser... Mata una, dos, cien veces en una sola hora. El perfume de la carne recién sacrificada le es más familiar que

el de las flores. Todas las vidas, excepto la suya, han adquirido para él escaso precio.

Requiebra con graciosa brutalidad á las tuberculosas que van á la puerta del matadero á beber un vaso de sangre; y cada vez que algo le contraría, su mano derecha tiene un breve ademán de arriba abajo, que hace retroceder un paso á los que saben su profesión, y que dejan indiferentes, como dejan otros tantos peligros soslayados á diario, á quienes la ignoran.

Un día discutirá con uno de esos seres que tienen caras de cordero, ojos de buey, voz de baido..., y ejercerá su profesión, instintivamente, en una taberna ó en mitad de la calle. No se habrá equivocado más que de lugar... Lo llevarán á discutir el caso á una sala ante tres señores de caras cansadas, vestidos de negro, frente á otro caballero que, sin conocerle, se declara enemigo suyo y se pone á pedir arrebatadamente que lo ahorquen. Y el defensor, joven primerizo á quien sonreirán desde el público unas pupilas suaves, golpeará el pupitre hablando del alcoholismo, de la caridad y de la conciencia de los señores jurados, sin sospechar que podría aducir en descargo del matarife otras atenuantes mucho más sólidas.

EL PASTOR

Solo, solo siempre entre su rebaño. Quiebras y repechos, breñales y collados; pocas palabras; algunos persuasivos guijos en la honda. Y un no pensar en nada, un sentirse tan vacío en la inmensa quietud, que parece que la Naturaleza se va metiendo poco á poco en él, y que, al cabo, termina por ser un trozo de Naturaleza tallado en carne viva.

—¡Tú, Levantisca!... ¡Tú, la Rizada!... ¡Tú, Festero negro!...

A todas las trata de tú; y también podría tutear á los árboles más viejos, á los retoños últimos, á los celajes de la tarde y á los picos color violeta de la montaña, donde, á veces, se enganchan las nubes.

De lejos, entre las motas de lana que nievan el verde, algunas testas se alzan á cada uno de sus gritos. El come sobriamente, escudriña todos los horizontes con el mirar, se tiende á la hora del crepúsculo y se pone á contar estrellas. Una, dos, tres, cuatro, cinco... A veces ha llegado hasta mil. Pero las más menudas, juguetonas como los corderillos, guiñan y desaparecen en el azul.

Cuando va á haber tormenta, algo misterioso pasa por el monte; el rebaño se arremolina en torno de él, y todos tienen miedo juntos. Sólo entre las bestias es cuando parece casi divino. Nada hay bestial en él. Sobrio y tutelar, con su cayado rústico, su cuenco de leche, su pan moreno y su queso blanco, hace lo que ningún hombre del poblado: cuenta las estrellas y las palabras.

Su alma se expande en el vasto silencio. Allí es un hombre; un hombre puro, limpio de pecado, fuerte, cercano á Dios. ¡Ah, qué silencio, qué paz, qué concordia sublime entre la carne que pasa y las grandes cosas que perduran!

Así transcurrirá el otoño, el invierno... Y cuando llegue la primavera con su hálito de vino impetuoso, tendrá que dejar la casta compañía de las bestias para ir á bestializarse entre sus semejantes.

Lo mismo le sucedió á Mowgli, pastor de fieras, amigo de Baloo y enemigo del tigre Shere Khan.

TOREROS

Aquel torpe y medroso que echa al suelo una nube de tela y nos busca para huir en seguida como un fuego fatuo gigantesco, es despreciable; el centauro que apenas nos hiera con su pica cede al ímpetu y se rompe para esquivarse con lo que tiene de hombre y dejar entre nuestras astas lo que tiene de pobre caballo, es odioso; el que sesga á cuerpo limpio nuestra carrera para dejarnos dos fábanos de presa sobre el lomo, es más abominable quizás, porque siempre que cerramos los ojos para embestirle pensamos que ya es nuestro; el que envolviéndose

en la nube de tela nos hace torcer el cuerpo bruscamente, con dolor de vértebras y espumeadora ira, es un sayón inquisitorial rezagado; el que se pone frente á nosotros con la espada tendida, avanzando ó citándonos para morir ó para matar en un pedazo de terreno situado entre ambos, es al menos un hombre; y ese deseado que llega por detrás con la puntilla en alto para librarnos de un solo golpe de tanto dolor y de tanta ignominia, es el criminal sin valor que, después de las ejecuciones, se acerca escudado en el repugnante deber á disparar voluptuosamente el tiro de gracia.

EL VETERINARIO

¡Es tan difícil discernir!... El instinto, por mucho que dé, no da tanto. Cuando se tiene clavada una espina y un Androcles se acerca, el problema no es harto difícil. Pero cuando la fiebre ensancha los ojos, y la carne tiembla, y se erizan las lanas y las crines, y un hombre igual que todos los demás hombres se aproxima para abrirnos con violencia la boca y hacernos ingurgitar pócimas amargas, ¿cómo separar á ese de los otros? El encantador de serpientes ondula los brazos, fija las hipnóticas pupilas, silba ó canta suavísimamente; algo de su ser se despersonifica, y las serpientes se fascinan y duermen á su sombra, olvidadas de su veneno. El veterinario no hace eso. Su sabiduría es interna; él sabe su intención, que ignoramos nosotros. Trae el mal de los demás hombres en el ademán y en el gesto. Y á semejanza de sus hermanos los veterinarios de personas, casi nunca cuenta con el dolor.

EL LACERO

Va por las calles traidoramente, cual si paseara, y de pronto su mano se agita, se prolonga en una cuerda en forma de O, que se hace terriblemente minúscula en torno de un infeliz can... ¡Ah, no le increpes, burgués sensitivo! Sin ese ademán de pampero urbano, mañana tendrías tal vez hidrofobia, y pasado, en cambio, no tendrías embutidos para tu puchero ni botones para las bragas que suele usurparte tu mujer.

EL HOMBRE AQUEL

Pertenece á una secta numerosa extendida por todos los continentes. Es vulgar, de aspecto pacífico. Nadie diría al verlo sonreír que es un tremendo odiador de la vida, y que la vida subsiste en el orbe precisamente porque él es débil y cobarde.

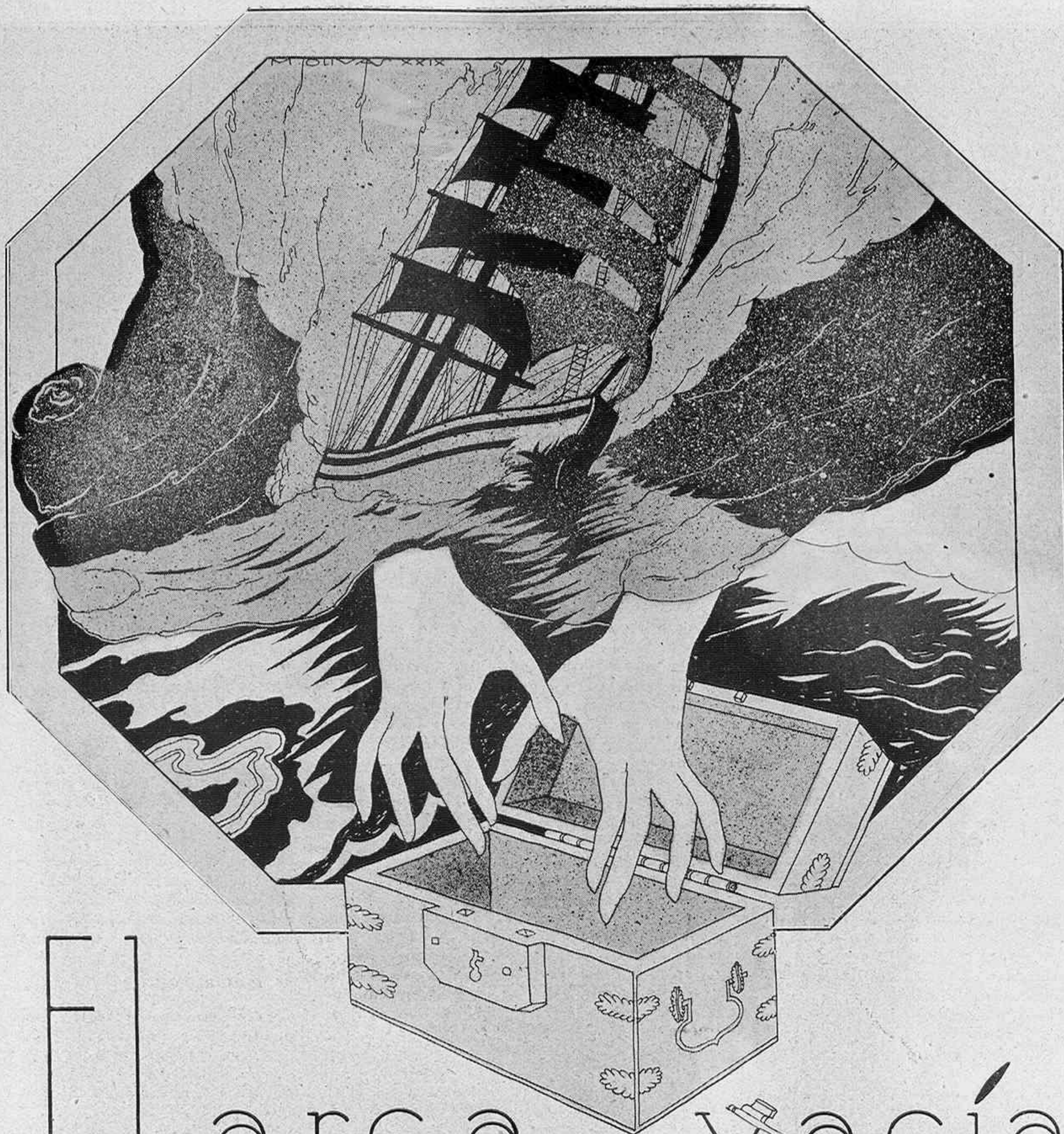
Sus pies aplastan siempre los hormigueros; sus manos caen siempre sañudas sobre todo insecto incapaz de defenderse. Ya de niño jugaba trágicamente con las lagartijas. Los animales que no tienen sangre le entusiasman, porque no dan á la conciencia ni un pretexto de sobresalto. No puede pasar junto á un árbol sin exterminar al gusanillo que trepa con inmenso esfuerzo; no puede cruzar un jardín sin hacer crujir bajo sus suelas la casita quebradiza de los caracoles. Las avispas y las abejas le dan miedo; los ratones le inspiran asco; los perros, desconfianza; y la noche que le mostraron una vista de cacerías de leopardos y tigres, durmió mal. El que tiraniza al pequeño tiene siempre miedo al poderoso.

Su alma sietemesina es la de un criminal más cruel que William y que Tropmann. Y si este gran aliado de la Muerte lograra inventar algo que le hiciera crecer, crecer, crecer, de seguro que en pocos meses, en pocas semanas, hombres y fieras caeríamos bajo sus talones y bajo las uñas de sus pulgares.

Por fortuna no crece. Pero si llega alguna vez el día del Juicio, ¡qué interés jurídico tendrá comparar los castigos del que suprimió una vida en el arrebatado de la afrenta, y la del que suprimió innumerables cobardemente, fríamente, innecesariamente!... Lo triste es que por justo que sea ese día el Supremo Juez, ya no podrá crear jurisprudencia.

A. HERNANDEZ CATA

(Dibujos de Renau Beger)



El arca vacía

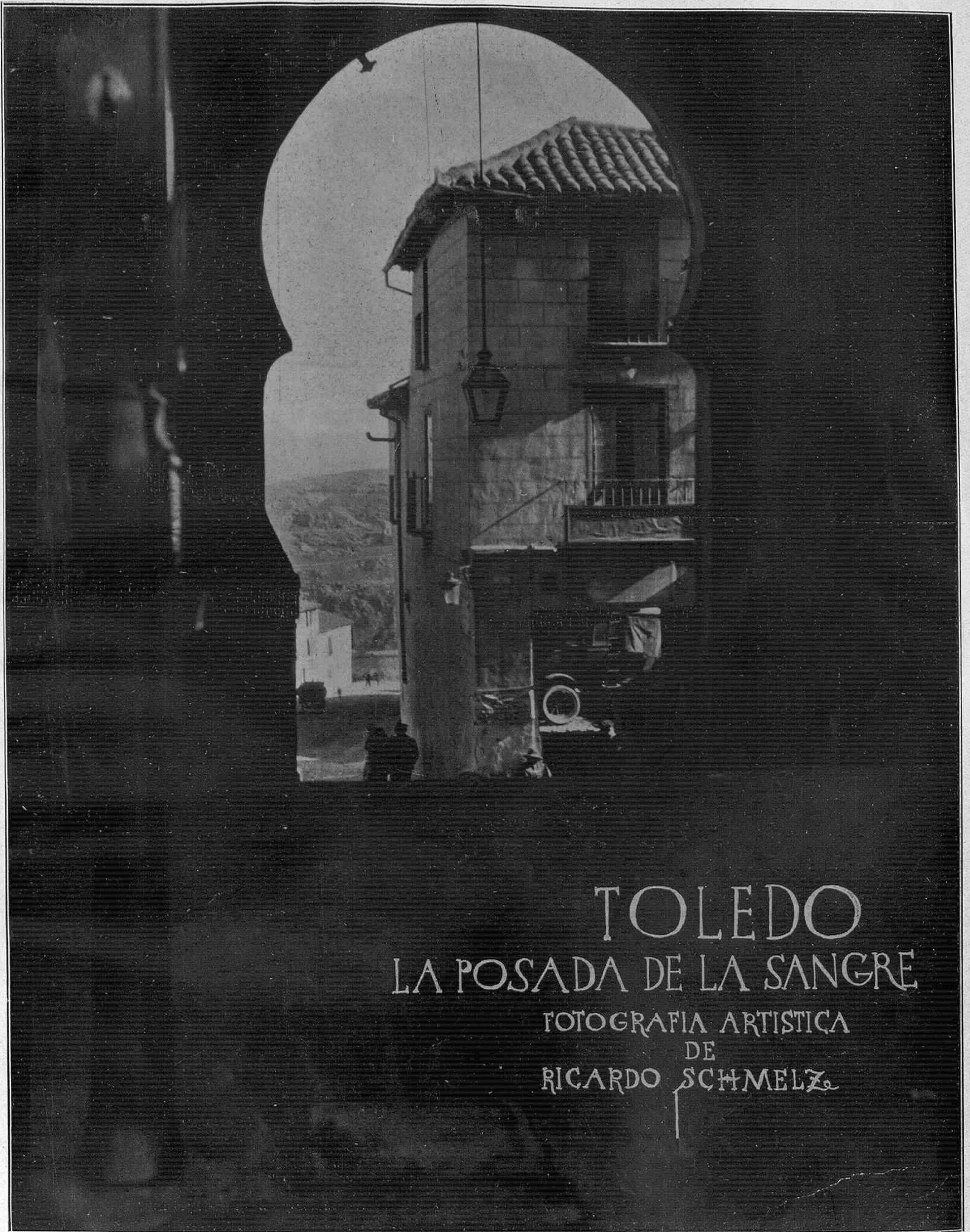
Vienes a mí, morena,
 con tu cuerpo de luto y tus ojos de pena,
 y tu montón de mayos ubérrimos, ahora
 que soy un barco sin timón ni prora,
 que perdió el rumbo y se enterró en la arena.
 Bien lo sabes, mujer: en la alacena
 —buen ratón del amor— sólo hay migajas
 de la jocunda aurora
 que en otro franco amanecer desgajas.
 Sobre mi corazón, peñasco
 veteado de sol ó envuelto en el chubasco
 primaveral de la temprana hora,
 ha caído ese fino
 estilete de sombras que nos borra el camino
 y que el magnolio moceril deshoja.
 No hundas más tus prolijas
 manos en esta roja
 caja del corazón, porque en vez de sortijas,
 sacarás un puñado de guijas,
 como del río que antes reflejaba horizontes
 y ahora está con las pupilas ciegas,
 por los deslaves de los montes
 y los rastros de las vegas.
 Antes veía el camino,
 como una curva de mujer desnuda;
 el amor era un pájaro que soltaba su trino;
 el alma en pleno sol, alondra muda
 de emoción en la espera.

Hoy el dolor es lobo torvo en la madriguera.
 En paisajes de duelo vuelan cuervos de duda.
 Nada leal columbro,
 no siendo aquella estrella con que mi sien alumbro.
 Aúlla la raposa en los zarzales
 nocturnos de los siete Pecados Capitales,
 y todo huele a monte y á emboscada,
 á lechuzo en el roble y á ilusión degollada.
 ¡Qué dolor! Ya ni amor ni esperanza siquiera
 puede darte mi vida. ¡Y estás en primavera!
 Pero tu voz, que está clamando á solas,
 como un clarín de ardientes amapolas,
 me echa sobre la faz la sal marina
 que en el ala del viento salta, retoza y trina.
 Me haces señales con tu amor en llama;
 fresco el velamen de tus brazos, clama
 para ceñirme. Tu ilusión madura
 se hace de miel...

Se impone la aventura
 bajo la hoguera de tu sol de Mayo.
 El árbol que nació para palo mesana,
 lo incline el viento, lo desgaje el rayo,
 tiene el deber de retoñar mañana.
 Espera, espera que en el astillero
 se bote el barco. ¿Sabes que naufragó el primero!

ALFONSO CAMIN

(Dibujos de Olivas)



TOLEDO
LA POSADA DE LA SANGRE
FOTOGRAFIA ARTISTICA
DE
RICARDO SCHMELZ

LA VIDA TEATRAL DE LA COMEDIA DRAMÁTICA A LA TRAGEDIA GROTESCA

UN gran ejemplo ofrécenos Carlos M. Baena, no frecuente entre comediantes, al poner en escena una obra como *Rastros de lobo*, en la que apenas le cabe lucimiento en el reparto, que la interesante pieza dramática es de las que en el *argot* escénico se llaman «de actriz». Tal como está montado el tinglado teatral al uso, ni aquí, ni fuera, se ofrecen casos como éste, en que un primer actor y director, voluntariamente, se relega á segundo, á tercer término, y deja que otras figuras encarnen los papeles de protagonista, adjudicándose un puesto secundario por así convenir mejor á la total realización escénica.

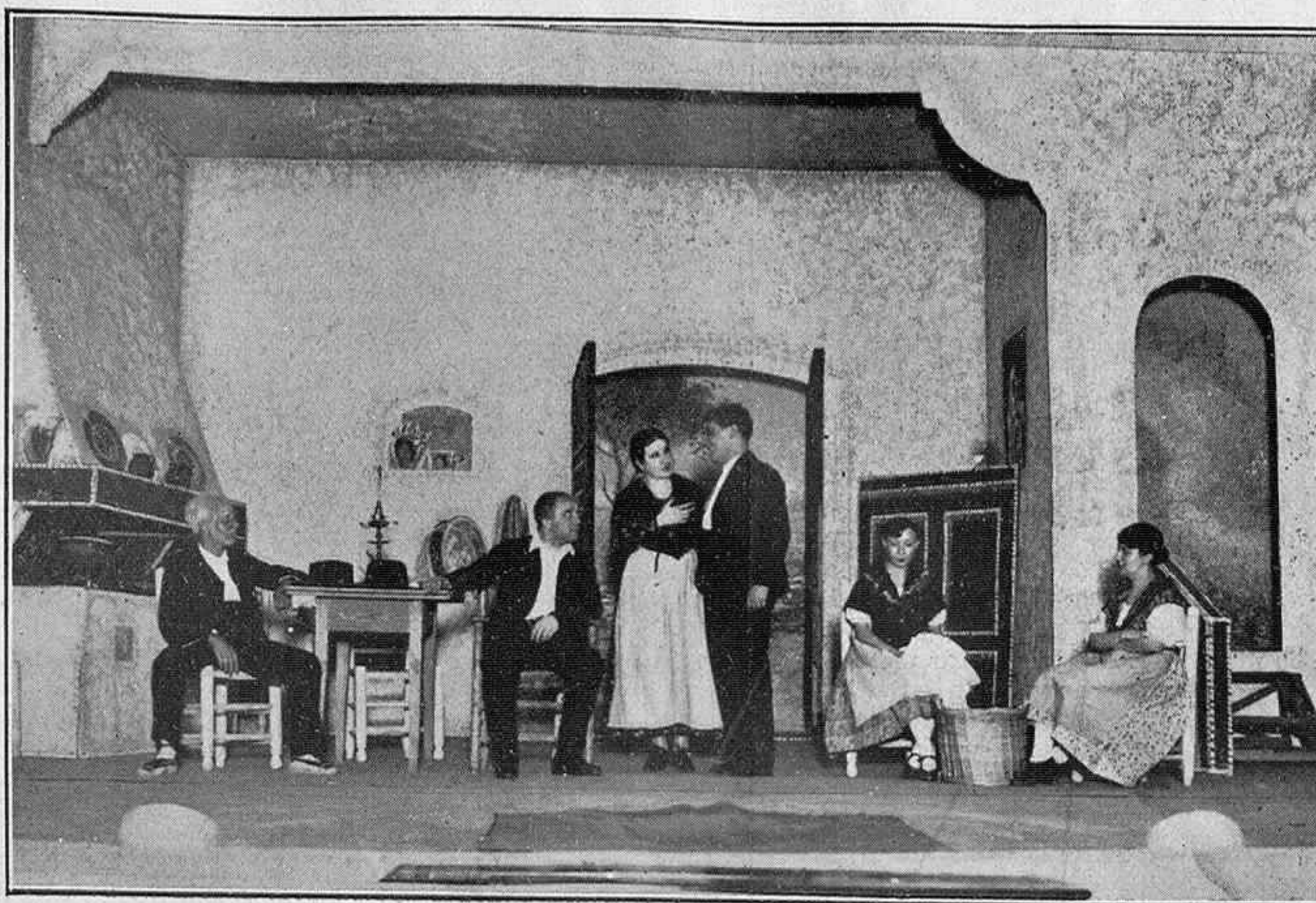
Es que Baena, con aquel gran comediante de la Corte de José II, fundador del Teatro Nacional de Viena, Schöroder, puede volver á repetir: «Yo no busco el oropel, ni siento tampoco el afán de sobresalir. Sólo deseo colmar. Ser. Mi intención es dar á cada papel lo que le conviene; ni más, ni menos.»

Mas no es sólo este gesto ejemplar el que se advierte en el impulso que da Baena á su Compañía. Es también de alabar su curiosidad por los autores noveles, y es la tolerancia y flexibilidad para hacer varios géneros dramáticos: Farsa, drama rural, alta comedia, y por lo que se espera aún, más diversidad si se le da tiempo, que los mimbres ya los pone él...

Después de una original farsa exótica, una comedia rural nos ha dado á conocer, apenas en el intervalo de una semana. Comedia de ambiente castellano, reciamente construída, en la que lo cómico y dramático están suavizados con singular fortuna.

Según los carteles, la obra es de D. Mario César Castellanos; á esta verdad oficial debemos atenernos; el nombre no hace la cosa, ni empece para que ahora se la pueda comentar. No comprendemos el recelo de la generalidad, ni la hostilidad de algunos ante el sonorísimo nombre inédito. ¿Se va á ver la obra ó el rostro del autor?

Con los defectos, poco acusados, es cierto, que pueden señalarse á la pieza *Rastros de lobo*, revela, desde luego, que D. Mario César Castellanos, entelequia, ó ser mortal, es un autor de positivas condiciones y cualidades. Quien trazó ese primer acto, modelo de sobriedad, de exposición y justeza, tan breve, tan emotivo, tan amplio, á pesar de su concisión, es desde luego un hombre que sabe hacer teatro y que posiblemente logra-



El excelente actor Carlos M. Baena y su notable Compañía, en la interpretación de «Rastros de lobo», comedia dramática estrenada con buen éxito en el Teatro Eslava, de Madrid

rá un destaque singular entre nuestros dramaturgos. Sabe, además, manejar con destreza el ressorte dramático y el cómico, y logra producir en el público el efecto apetecido.

Ya es difícil, con una fábula no muy nueva, lograr la atención y el éxito lisonjero, en la generalidad. Esto lo ha conseguido Mario César Castellanos con *Rastros de lobo*.

Su manera, ni más ni menos que la usual y corriente en el teatro, si no ofrece modalidades inéditas, tampoco nos muestra fáciles recursos ni titubeos ni vacilaciones, que se advierten muchas veces hasta en los maestros. Desde la primera escena de la primer jornada, en que comienza la comedia dramática, hasta el final de la obra, la acción va en derechura, diestramente conducida por el autor. De un modo áspero, vibrante, se plantea el conflicto en el acto primero; transcurre el segundo plácidamente adobado con unas escenas cómicas del mejor efecto, y en el tercero vuelve á recobrar la comedia el ímpetu, el brío dramático y emocional con que se

inicia, para concluir en una escena henchida de humanidad y ternura, bien vista y mejor lograda.

No le reprocharíamos mucho á Mario César Castellanos el mostrarnos un teatro que con más ó menos variantes hemos visto otras veces, porque podría á lo mejor decirnos que el teatro, según viejo aforismo, es *speculum vitae*; y la vida se repite veces y veces, y nos ofrece muchas modalidades de una misma cosa. Que es lo que viene á ser *Rastros de lobo*. Una modalidad más...

Lo importante es que esté bien escrita, que tenga interés, que tenga emoción. *Rastros de lobo* lleva en sí lo suficiente para lograr todo esto, y además tuvo una interpretación pocas veces igualada. Carmen Muñoz da al papel de *Sabela* toda la patética emoción de que está revestido. Todos los encontrados sentimientos de dolor, de odio, de amor, que padece la protagonista, tienen su matización y su expresión justa y sobria en la gran actriz. Ha sido una de sus interpretaciones más felicísimas. Sobresalió con mucho del conjunto, y eso que ofrecía una armonía raras veces vista. María L. Gámez encarnó uno de los personajes, la haragana sirvienta, *Pepa*, con una gracia y soltura que ganó pronto á la generalidad. Carlos M. Baena, con sobriedad magnífica, dió á su papel cuanto requería; una vez más fué el actor de excelentes condiciones, estudioso, para quien el arte de representar no tiene secretos.

Dentro de lo cómico al uso, ha surgido en la dramaturgia europea una tendencia actual—pero que tiene un antecedente remoto—, que pudiéramos llamar lo bufo sentimental. No es otra cosa que el *grottesco* italiano, ó nuestra tragedia grotesca de la que Arniches es, como si dijéramos, el autor más representativo. (*¡Es mi hombre!* es una pieza-tipo.) Se puede definir esta tendencia diciendo que es la expresividad de la comicidad del dolor y de la amargura de lo cómico. Reír por llorar. Llorar por reír...

Es el teatro de Kadelberg, en Alemania, por ejemplo; de Chiarelli, en Italia, de Achard, en Francia; de Arniches. Y de los que le imitan.

A este género de obras pertenece *El difunto era mayor*, de Luis Manzano, escrita con soltura, con habilidad y viveza en los diálogos, para dar pretexto á Valeriano León, á Aurorita Redondo y al resto de la Compañía á lucir las condiciones peculiares de cada actor. Pero... Otro acierto de Valeriano León, sobre todo; sobre la comedia y casi diríamos que sobre su considerable labor de antes.

E. ESTEVEZ-ORTEGA



La admirable actriz Aurora Redondo, durante una escena de «El difunto era mayor», comedia grotesca presentada con buena fortuna en el Teatro del Centro, de Madrid (Fot. Díaz Casariego)

UN REVOLUCIONARIO DEL ARTE

ACABA de fallecer, en la elegante playa italiana El Lido, junto a Venecia, Sergio Diaghilef. Era el gran animador y propulsor del *ballet* ruso, que marca, indudablemente, nada menos que toda una época en el arte escénico y decoracionista. Muere cuando ha visto triunfar su arte variadísimo y renovacionario, y cuando en todos los países cultos se señala más ó menos la influencia de su escenografía y colorido, que á las veces no se ha circunscrito solamente al arte teatral, sino que se ha dejado sentir también en el arte pictórico y en el dibujo decorativo.

Se puede y debe considerar una etapa anterior á la hegemonía del *ballet* ruso, y una época posterior, en el arte escénico, cambiado y renovado ahora gracias á las peculiaridades características de ese espectáculo tan eminentemente teatral y artístico.

Casi todo ello se debe á Sergio Diaghilef; á su capacidad técnica y á su gusto, henchido de exquisiteces sensoriales; á su cultura crítica y á su fina perspicacia como catador de espíritus selectos.

Y lo curioso de este hombre de teatro, que tan poderoso influjo renovacionario imprimió al arte escénico, es que no era ni había surgido entre los *metteurs en scène*. Fué después cuando se hizo un envidiable é insuperable animador. Claro está que reunía unas condiciones excepcionales para imponer é imponerse. No fué un advenedizo improvisado. Era un universitario de aprovechada aplicación, y un espíritu inteligente apasionado por la música, por el canto, que estudió con los más conspicuos maestros rusos de entonces; por las bellas artes.

Tenía por el arte una decidida vocación, y sus primeras actividades públicas iban encauzadas hacia la crítica. Cuando, allá por el año noventa y siete, empezó á escribir críticas de arte en *Las Noticias*, de San Petersburgo, seguramente que no pensara que había de lograr más tarde tan pronta y tan veraz universalización. Sus preferencias y su contribución personal tenía el sólo sendero de la crítica artística. Sus dotes admirables de organizador estaban exclusivamente al servicio de la pintura, de la escultura, sin que se pudiese advertir apenas el anhelo teatralista que más tarde le dió prestigio y fama.

Es entonces cuando organiza aquellas exposiciones de pintores ingleses y alemanes cuyo éxito le movió más tarde á llevar á la corte del Zar un amplio exponente de la pintura escandinava, y luego á fundar una revista esencialmente de arte y á mostrar exposiciones de cuadros y esculturas en Rusia, y en Berlín, y en Londres, y en otras capitales y ciudades importantes.

Después de realizar varias exhibiciones, preparó conciertos de música rusa; luego, simultáneamente, mostró á la generalidad parisina, que se sorprendió, el arte ruso en estas dos manifestaciones, y al cabo logró fundirlas en aquellos suntuosos espectáculos del *Boris Godunof*, celebrados en la Gran Opera, y *La Psikoviliana*, de una riqueza cromática insospechada, de una melodía nueva, original, extraordinariamente interesante. Un año después llevó al Chatelet, por vez primera, un magnífico conjunto de bailarines de los teatros imperiales: un conjunto que in-



SERGIO DIAGHILEF

Animador y propulsor del «ballet» ruso, crítico de arte y «metteur» insuperable



LEON BAKST

Que dió al «ballet» ruso una rútila entonación insospechada

SERGIO DIAGHILEF

tegraban, entre otros, la Paulova, Tamar Kharsavina, Nijinsky, Fokin... Era por el año de 1909, hace ahora justamente veinte. ¿Hay alguna relación entre aquellos espectáculos de entonces y los que últimamente nos ofreciera Sergio Diaghilef?, cabría ahora preguntarse.

No hay paridad alguna, pero sí relación, siquiera á primera vista nos parezcan hoy dos espectáculos diferentes.

Ya no se nos ofrecían los rútilos poemas de antes, aquella *Scheherazada*, aquel *Espectro de la rosa*, aquel *Pájaro de fuego*, de insuperable riqueza cromática, de fastuosa suntuosidad, de sorprendente luminismo alucinante.

Y fué precisamente un español, Picasso, quien revolucionó el revolucionarismo del *ballet* ruso. *Parada* marca dentro del *ballet* una época, á la manera que el *ballet* lo marca en la escenografía. A partir de *Parada*, ese espectáculo se hace sobrio, más nuevo, más simple y más extravagante. Y así como hay un Matisse para la música de Stravinsky, para las partituras de Milhaud y de Auric hay los cubistas Juan Gris y Braque.

Ya esto, con ser mucho, no lo fué todo. Sergio Diaghilef, en plena fiebre de inquietud, siempre acuciado constantemente por un perenne afán de modernidad y de revolucionarismo, hasta le parecen clásicos los escenógrafos cubistas, y para dar otro aire á sus espectáculos, llama después á superrealistas como Erns, como Miró; más tarde, á constructivistas, como Lakouloff Gabo y Pensner, Prokofieff, etc., y ahora privaba, últimamente, ese arte torpe, ingenuo, que tanto se lleva, y en el que un Banchant, por ejemplo, intenta lograr efectos de los primitivos.

En decoracionismo, Sergio Diaghilef lo ensayó todo. Admitió, defendió y propulsó todas las tendencias y todas las teorías sin asustarse de nada ni de nadie. Cuando le pareció gastado el decorado pintado, lo construyó; cuando quiso, hizo alarde de él; cuando le pareció, casi prescindió del decorado, y cuando creyó pasado el reinado del decorativismo de papel ó de tela, hizo, como para *La Gata*, un decorado de hule y de mica, con el que logró aquella misma sorprendente admiración que consiguiera antes con sus primitivos decorados de rútila entonación, colmados de oros, de pedrerías, de gasas y de efectos.

Toda la actuación del gran animador eslavo está influenciada por su espíritu de crítico de arte, del que no supo abstraerse nunca.

Siempre, sobre el hombre de teatro que muy ligeramente apunta en sus mocedades, está el crítico de arte, que desde sus comienzos en la vida pública le absorbió por entero.

Como crítico de arte organizó exposiciones; como crítico de arte vió, preparó y encauzó los *ballets*. Como crítico atacado de *snobismo*, aunque culto, moderno y enterado, dió á sus espectáculos maravillosos esa gran variedad, ese enorme eclecticismo, y así vemos en ellos no una continua rectificación, sino una sorprendente y aleccionadora evolución constante, diestramente encauzada por un hombre de dotes y sensibilidad poderosamente extraordinarias.

JAVIER TASARA

IMPRESIONES DE VIAJE

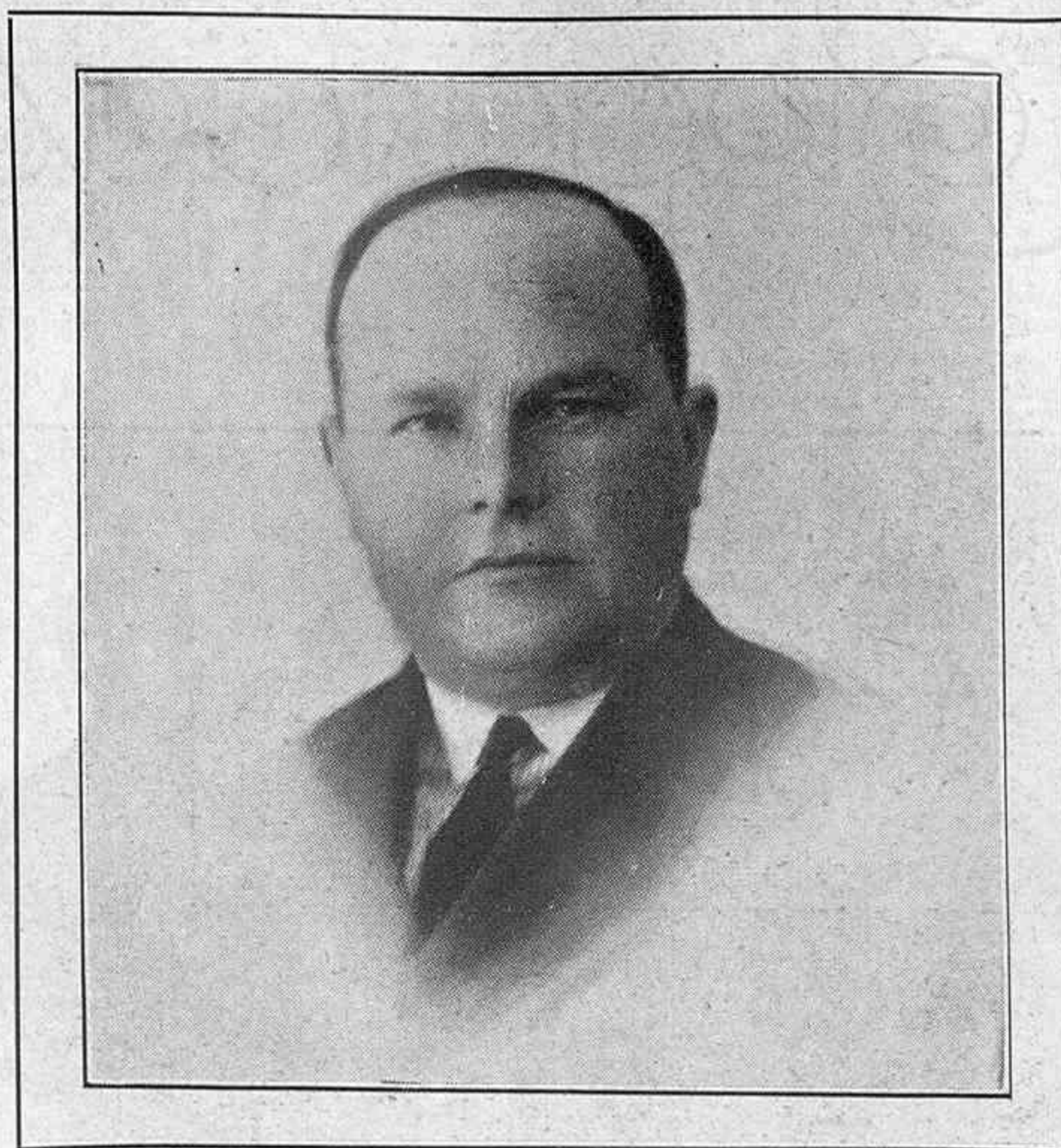
Una visita á Quintanar

PROSIGUIENDO nuestra excursión por la Mancha, hemos llegado á esta importante población castellana; y tan pronto descendemos del coche que nos ha transportado, nos dirigimos hacia la Casa Consistorial, á fin de entrevistarnos con el dignísimo y culto alcalde D. Félix Serrano, al objeto de dar á conocer á nuestros lectores la brillante y encomiástica labor desarrollada por este señor en el año y medio que lleva al frente de la alcaldía.

Al posesionarse de su cargo este laborioso alcalde, emprendió una activa campaña de saneamiento y urbanización, que dió por resultado la realización de muchas obras, todas ellas de tal magnitud que ponen de relieve las meritisimas iniciativas de su inspirador y la riqueza y embellecimiento de Quintanar de la Orden.

Como consecuencia de la excelente campaña innovadora que D. Félix Serrano está llevando á efecto, detallaremos brevemente las principales mejoras ejecutadas hasta la fecha, y las que en no lejano día llegarán á realizarse, tales como la reciente creación de dos escuelas para niñas y la dotación de material pedagógico necesario para las otras seis restantes de ambos sexos que existían con anterioridad.

Terminación de aceras en las principales calles que aún carecían de ellas, y algunas, tales como la del Cristo, han sido pavimentadas totalmente, así que las únicas calles—éstas contadísimas—que quedan sin sus correspondientes



DON FELIX SERRANO

Prestigiosa figura de la industria española y competéntísimo alcalde de Quintanar de la Orden, á quien se debe en gran parte el florecimiento que ha ido adquiriendo esta población, desde que fué implantado el nuevo régimen

aceras de cemento, son unas cortas travesías que también serán arregladas lo antes posible.

Hace poco se ha adquirido un autotanque para el riego de la población y Servicios de Incendios.

Los arroyos de desagüe se han canalizado, en parte, y cubierto con bóvedas de cemento.

El Matadero Municipal ha sido completamente reformado, y, por lo tanto, reúne magníficas condiciones de salubridad é higiene.

En el solar que posee el Municipio en las inmediaciones del pueblo se tiene proyectado abrir una calle para la construcción de un grupo escolar, como asimismo se piensa que dentro del año actual empiecen las obras de edificación de una plaza cubierta para el mercado, la construcción de una cárcel y el edificio donde han de instalarse los dos Juzgados.

También se tiene en estudio un proyecto para la captación de agua potable, que, de ser factible, se llevará á cabo sin vacilaciones de ninguna clase.

Otros muchos asuntos de no menos interés que los reseñados, pero que sería prolijo enumerar, tiene en proyecto el Sr. Serrano, al que no le faltan entusiasmos y deseos de ver convertida esta hermosa población en una gran urbe, con todos los adelantos indispensables á la vida moderna.

R. C.

PARIS

BUENOS AIRES

JANSEN

DÉCORATION

ANTIQUITÉS

EXPOSICIÓN DE BARCELONA

*Un representante está a la disposición
de la clientela en el*

PABELLÓN ALFONSO XIII

Elegancias

Si el abrigo largo no es de vuestro agrado para llevar en los futuros días otoñales, os aconsejo que os hagáis un «caraco» cortito, sin abotonar, confeccionado en una lanita ligera ó en seda y forrado al interior de franela inglesa.

El tono puede ser liso, y de esta forma admite todo género de combinaciones de otros colores, é incluso incrustaciones en tres ó cuatro matices que no discrepen en absoluto.

Se puede optar por el tejido que mejor se desee: *kashas*, *jerseys*, vueltas de lana, muselinas de lana, todo se lleva, y están tan lindos confeccionados en una cualquiera de estas telas!

.....
Cuando un acontecimien-



Vestido de crepón de China estampado, con cuello y puños de «georgette»

Vestido de «crêpe georgette» color verde almenira, adornado con paspuntos

Vestido de crepón azul, combinado con crepón estampado



Vestido de lanilla inglesa muy fina, propio para viaje

to familiar obliga á convidar no sólo á los mayores, sino también á la gente menuda, éstos se ponen muy contentos, y sueñan con verdadera ilusión en el día en que gozarán de tamaña ventura asistiendo á una fiesta á la cual hay que acudir vestido con el primer trajecito de *etiqueta*. Pero esto mismo es lo que preocupa á las mamás, pues la tarea de vestir á sus querubines no es cosa fácil, y menos de esta guisa.

Las nenas, desde luego, es menos complicado, porque sus cuerpecitos y movimientos femeninos se prestan á creaciones más lindas, pues el crepón, la gasa, el *glassé* y la falla son calidades que empleadas en ellas aún nos parecen más frágiles y vaporosas que cuando se utilizan en las mayores.

Para las nenas de diez á trece años es muy apropiado el modelo de *taffetas* sin mangas, azul marino salpicado todo con unas rosas rojas y grises.

La falda es amplia, y el talle marca suavemente el contorno; el escote va guarnecido con una corbata y cuello hecho en *crêpe* gris.

Para las más pequeñas hay innumerables modelos á cual más bonitos; elegimos dos de ellos para detallároslos. El primero es de *toile* de *soil* lavable, pero muy brillante, y lleva como único adorno una fila de botones gruesos forrados de lo mismo, y puestos á un costado y en un hombro. El color de este traje es entre rosa y *beige*, y armoniza maravillosamente con una tez blanca y una melena rubia.

El segundo modelo es más adecuado para una morena de piel trigueña; es rojo, y el

traje va cortado formando un ancho canesú, en torno al cual se reparten graciosamente los vuelos.

Para un nene de ocho á doce años el traje de mucho vestir sólo se compone de un pantalón de pana ó terciopelo marino y una blusita de crepón blanca con menudos plisados bordeando el cuello y las carteras de las mangas.

.....
Los trajes de túnica van á hacer furor en la futura temporada en los tres ó cuatro aspectos que nos ofrece la moda durante el día; es decir, que se llevarán por la mañana, por la tarde y por la noche, y para cultivar el deporte, incluso.

Para la mañana y el deporte, la *toilette* de túnica será sumamente sencilla,



Vestido de «crêpe georgette» azul marino sobre fondo blanco

debajo una simple falda recta, y sobre ésta una túnica de corte poco complicado, bien abotonada á un lado ó en la parte delantera y rematada con un cinturón de piel y un cuello de lencería.

Para la tarde, la fantasía ya hallará ancho campo: primero, porque la hora se presta más á todas las ideas y genialidades, por muy atrevidas que éstas sean, y luego, porque los tejidos que se emplean para su confección son mucho más bellos y adaptables.

Las uniones de negro y blanco tendrán un *succés* extraordinario, pues ya es sabido lo elegante que resulta un traje de túnica confeccionado con ambos tonos.

.....
La boga de los bolsillos borda-



Abrigo de «crêpe» satín negro, con cuello de renard

(Modelo Brandt)



Vestido de crepón romano, adornado con bordado de «strass».—Abrigo de lana «beige», guarnecido de visón

(Modelo Germaine Leconte)

(Fot G. L. Manuel Frères)



Vestido de «crêpe georgett» gris plomo, con la falda en canalones

(Modelo Brandt)

dos con fina tramilla ha llegado á su punto más culminante. Los cierres de metal son también originalísimos y muy prácticos.

Los pañuelos de vestir son de una ejecución muy nueva y muy fina, pues van bordados en una esquina con diminutas perlas que al lavarlas no pierden su bella apariencia de tales.

También hay muy lindos pañuelos de muselinas tan sutiles que cuesta trabajo creer que puedan servir de pañuelo; algunos son de un sólo tono, rematados en una esquina por un motivo de un tono opuesto; otros llevan el fondo materialmente cuajado de dibujo y son los extremos los que tienen un solo color.

ANGELITA NARDI

EL PALACIO NACIONAL



Vista general del Palacio Nacional, construido, gran parte de él, con materiales hidráulicos «Griffi»

Al fondo de la entrada del gran Certamen Internacional de Barcelona se erige el soberbio Palacio Nacional que encierra las joyas artísticas de España.

Son autores de esta magnífica obra los arquitectos señores Catá y Cendoya, quienes muy acertadamente han armonizado un conjunto de puro tipo español, inspirándose en los estilos de Santiago, Salamanca y El Escorial.

Para un edificio de tal magnitud y exquisitez ha sido precisa la colaboración de los principales

elementos que á la construcción se dedican, como la Casa Tolosa, Materiales Hidráulicos «Griffi», Ballarín, Pujadas; Segués, Donadeu y Compañía; Centellas, Guarro, Roura, etc., quienes, de una forma eficazísima, han contribuido con su competencia á la ejecución de tan admirado palacio.



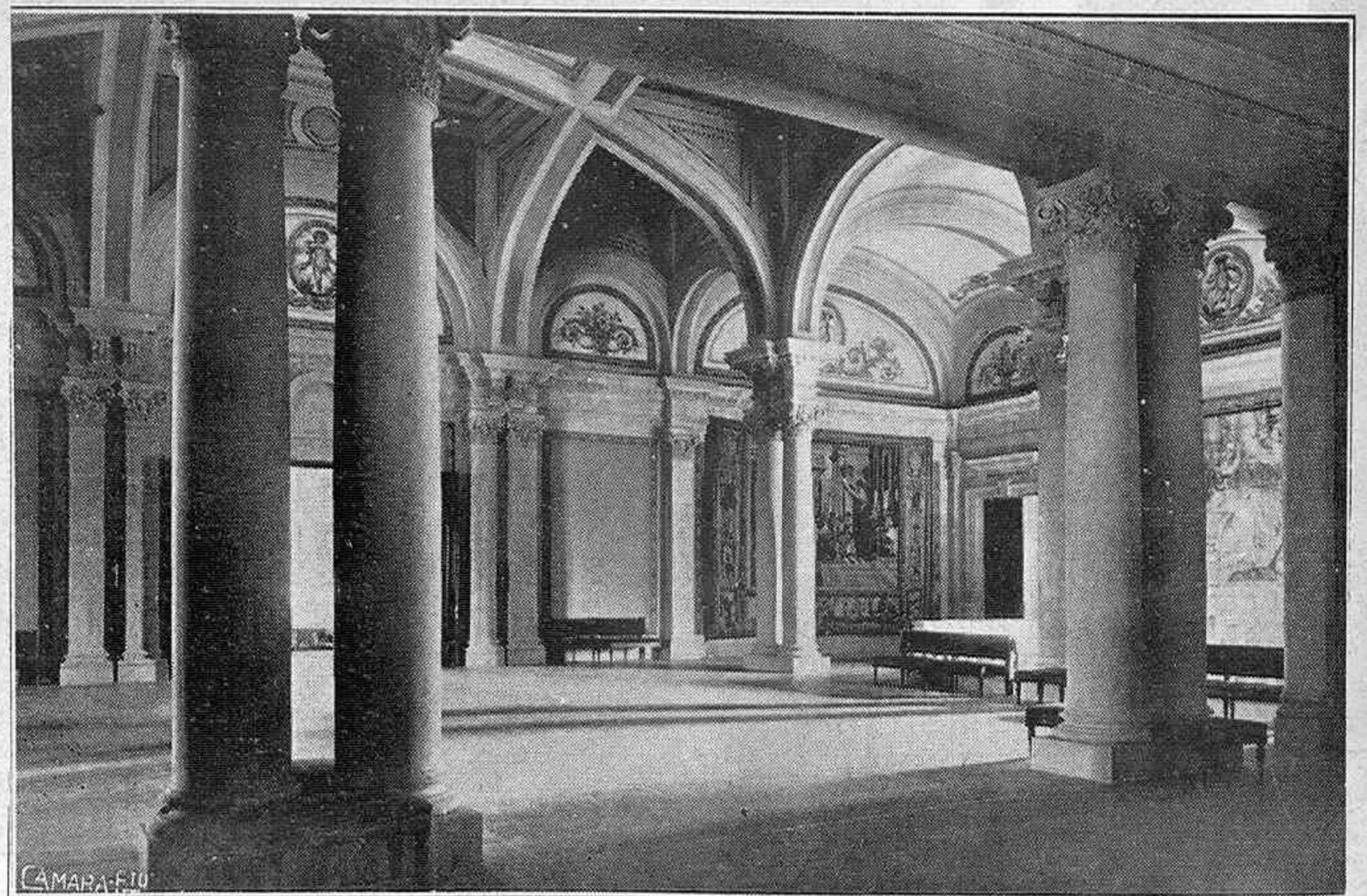
Uno de los elementos importantes que han trabajado en la decoración del Palacio Nacional

es la Casa Aurelio Tolosa, que de tan relieve ha puesto su arte en cuantas ocasiones se han presentado.

Esta Casa, al frente de la cual está su propietario, el pintor D. Aurelio Tolosa, de quien alguna vez más nos hemos ocupado en estas columnas, ha patentizado de una forma categórica su renombrado prestigio tanto en la decoración que le ha correspondido del Palacio Nacional como en otras tantas realizadas en estos últimos tiempos.



Palacio Nacional.—Interior de la cúpula central, cuyas columnas han sido construídas con cemento blanco «Griffi»



Palacio Nacional.—Vestíbulo núm. 7, decorado por la Casa Tolosa. Los materiales que se han empleado en esta construcción son «Griffi»

De la vida artística del Sr. Tolosa podríamos hacer resaltar muchas de sus producciones, que eludimos por ser muy conocidas de nuestros lectores.

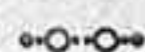
Dedicado á la pintura decorativa desde hace bastante tiempo, ha llegado á merecer tan rotundos éxitos que no es de extrañar cuantos encomios se hayan escuchado de ese pintor catalán.

Las obras que últimamente ha ejecutado en pintura decorativa son dignas de todo elogio, tanto en los grupos escolares como en la decoración del gran vestíbulo y las cúpulas laterales del Palacio Nacional, que, con arreglo al proyecto del Sr. Canyellas, ha sido llevada á efecto con gran actividad y escrupuloso cuidado en lo que á exactitud y fiel interpretación se refiere.

Además de la obra del Palacio Nacional, ha decorado D. Aurelio Tolosa el gran Palacio Meridional en su totalidad, cuyo edificio mide más de 400 metros de longitud, y varios pabellones más.

Contribuyen muy eficazmente al indiscutible éxito del Sr. Tolosa su hijo D. Luis, quien, estimulado por la laboriosidad y competencia de su padre, mantiene la fama de que siempre ha gozado la Casa.

También es digno de loa su encargado, el señor Valero, quien bien demostrada tiene su pericia, energía y competencia al frente del gran número de operarios de la Casa, instruyéndolos, especializándolos y distribuyéndolos en sus distintos trabajos.



Don Juan Centellas, el famoso reproductor de esculturas catalán, no podría por menos de ser uno de los elementos que tan brillantemente han intervenido en la construcción del Palacio Nacional de la Exposición de Barcelona. Escultor de profesión y con un gran temperamento artístico, hubo de encaminarse á la reproducción por la carencia de elementos de verdadero sentido artístico que en este orden existía.

Actualmente, el Sr. Centellas, de renombrado prestigio en su profesión, ha ejecutado obras que le han llenado de justos elogios, habiendo llegado á conseguir el título de la primera figura en la reproducción escultórica.



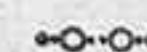
Vestíbulo de entrada al Palacio Nacional, cuya decoración ha sido ejecutada por el pintor D. Aurelio Tolosa y construido con materiales hidráulicos «Griffi»



Palacio Nacional.—Vestíbulo de entrada, decorado por don Aurelio Tolosa, siendo su construcción hecha con materiales «Griffi»

para la Exposición, y otros ya ejecutados, dignos todos del mayor encomio. También pudimos admirar en el estudio particular del señor Centellas algunas esculturas originales suyas de asuntos literarios, por las que ha sido recompensado en algunas Exposiciones.

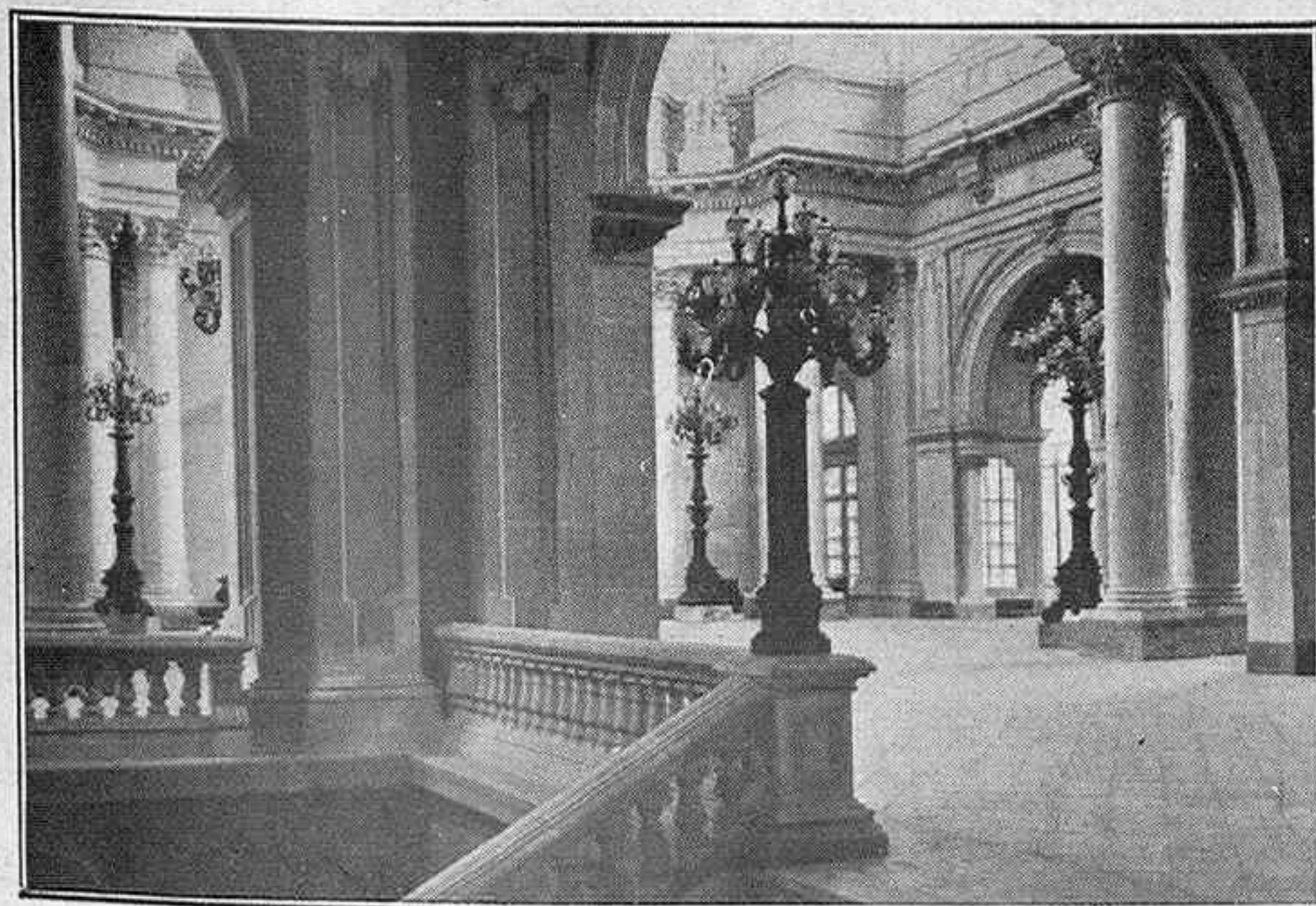
Para cada uno de los diferentes trabajos que lleva consigo el trabajo artístico de la piedra, dispone de un competente grupo de obreros especializados, lo que contribuye al mantenimiento del prestigio de que tan justamente goza el Sr. Centellas.



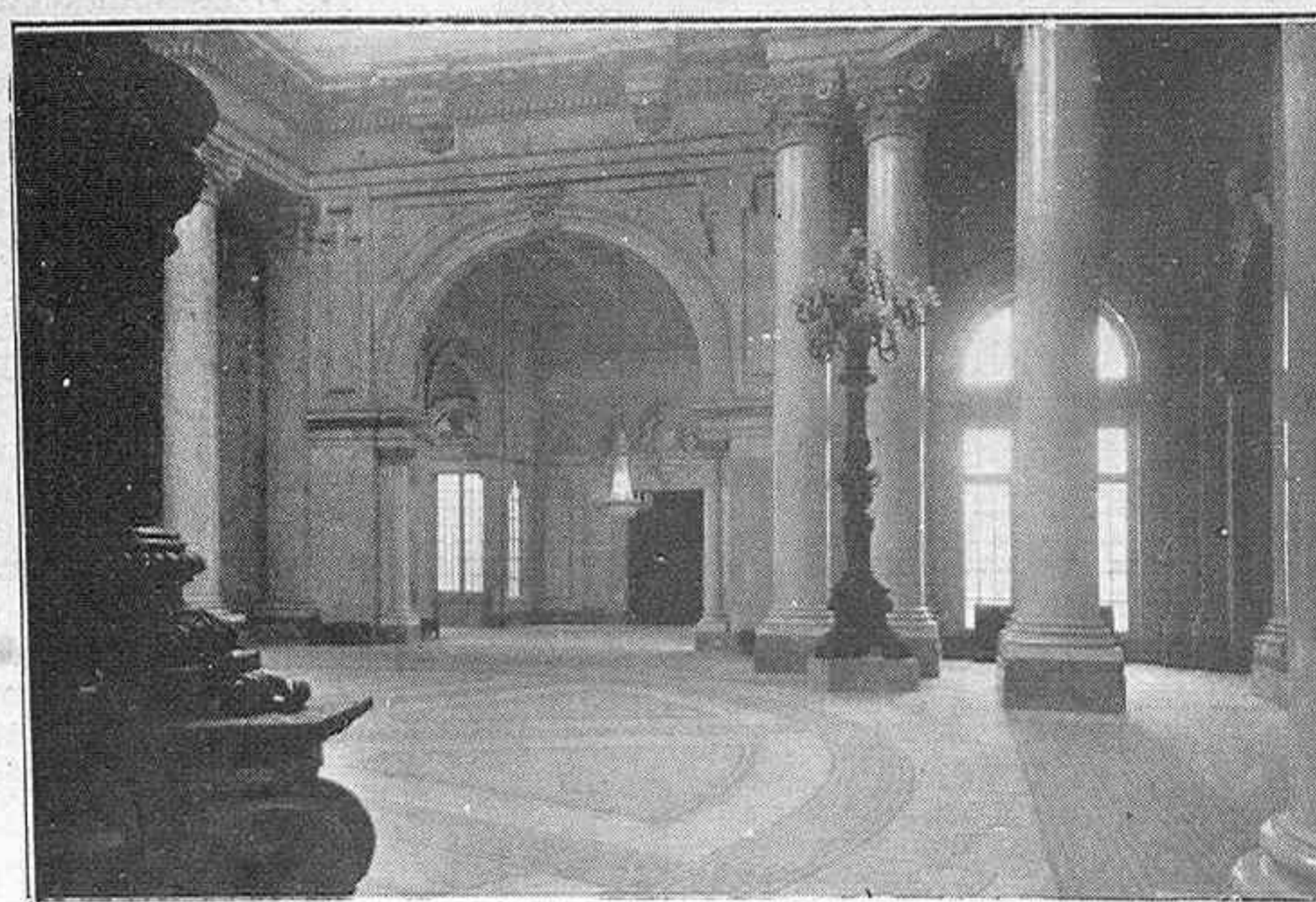
La Casa Roura y Compañía, de Vich, suministradora del mosaico empleado en el Palacio Nacional, fué fundada en el año 1920, y en el tiempo relativamente corto que lleva establecida ha llegado á conseguir un puesto preeminente entre la producción nacional de mosaicos, tanto por la calidad, como por la cantidad crecida que á diario sale de la fábrica.

Fué fundada por D. José Roura Carbonell, persona de relevantes dotes y de gran energía comercial, habiéndose hecho cargo de la Sociedad su fundador en 1928, siguiendo, á su fallecimiento, la viuda, manteniendo el prestigio comercial que su fundador le había dado á esta importante fábrica.

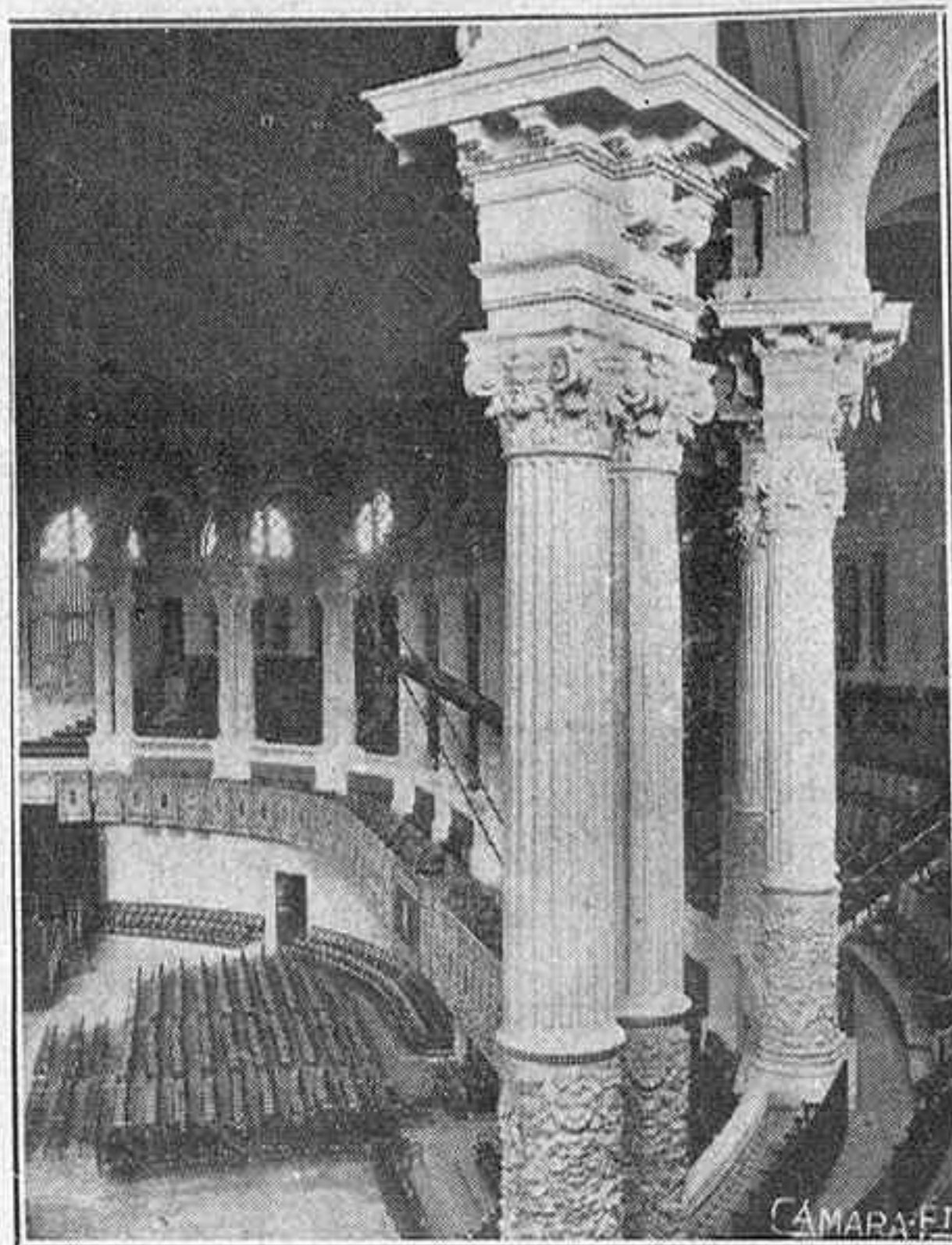
Dispone esta acreditada firma de un soberbio edificio construido expresamente para la gran fábrica que nos ocupa, con toda clase de seccio-



Palacio Nacional.—Detalle del vestíbulo principal, cuyas escaleras y columnas han sido construidas con materiales «Griffi»



Palacio Nacional.—Vista del vestíbulo principal, construido en su totalidad con materiales «Griffi»



Salón de fiestas. Detalle de las columnas construidas con cemento blanco «Griffio», que ornamentan la grandiosa sala



Salón de fiestas. Palco presidencial. Balastradas y columnas construidas con cemento «Griffio»

nes de moderna instalación para conseguir una perfeccionada producción.

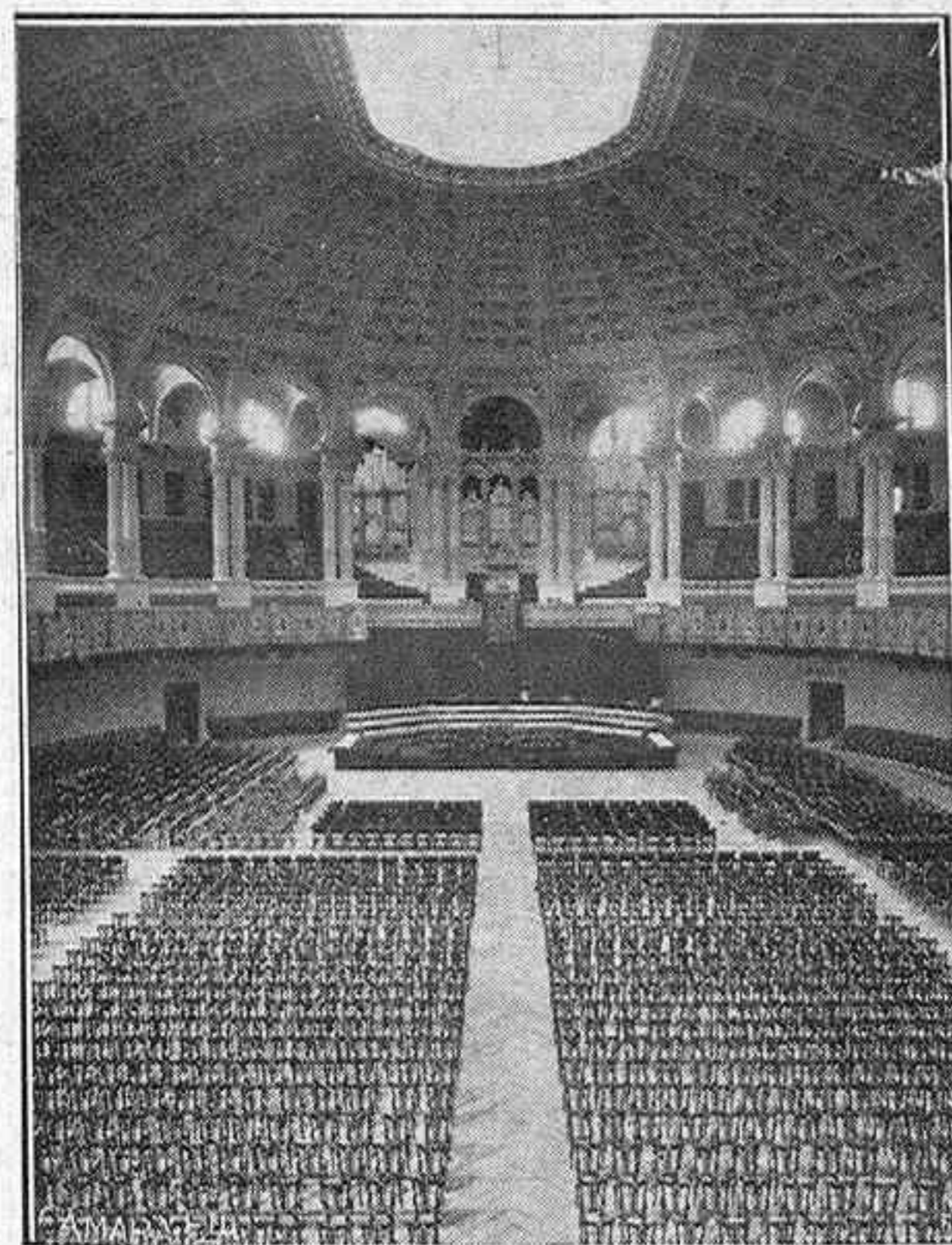
Tiene conseguido el más importante mercado de Cataluña y resto de la Península, interviniendo en cuantas obras importantes se ejecutan.

Completa la admirable organización de la razón social José Roura y Compañía, S. en C., la representación de Barcelona, sita en Trafalgar, 6, 3.º, 2.ª, al frente de la cual se halla el inteligente hombre comercial D. Alberto Rocamora.

•••••

La conocidísima y prestigiosa Sociedad Anónima Ballarín, una de las Casas más antiguas del ramo de cerrajería artística, ha contribuido muy eficazmente al éxito de la construcción del Palacio Nacional, para cuyo edificio ha hecho todo lo concerniente á herrajes artísticos.

También la S. A. Ballarín ha hecho la magní-



Sala de fiestas del Palacio Nacional. Al fondo, el gran órgano Walcker, que contiene más de 1.000 registros, que corresponden á más de 10.000 flautas, distribuidas en seis grandes órganos: cinco instalados en el testero interior del gran salón, y el sexto, con efecto de ecos, instalado en el interior del desván, con un tubo acústico que conduce el sonido hasta el centro del techo del salón, saliendo por uno de los plafones. La representación de la Casa Walcker en Barcelona, Casa Guarro, Rambla de Cataluña, 7, está obteniendo entusiastas felicitaciones por esta maravillosa instalación

fica instalación en las fuentes luminosas de la Exposición, cuyo trabajo ha sido objeto de muchas felicitaciones.

En la visita que tuvimos el gusto de realizar á esta importante empresa, tuvimos ocasión de observar la gran organización de esta Casa, tanto en el orden administrativo como en el industrial, detalle importante en una potencia industrial que dispone de grandes secciones y complicados trabajos.

Además de las obras realizadas en la Exposición, ha ejecutado en Madrid, en todo lo que á cerrajería artística respecta, las de La Adriática, Ministerio de Marina, La Equitativa, Iglesia de la Concepción, Plaza de Toros y otras importantes que sentimos no recordar.

•••••

Durante nuestra gestión informativa del Palacio Nacional, visitamos en Tarrasa la razón social Segué, Donadeu y Compañía, suministradora de las cubiertas del edificio.

Esta importante fábrica tiene acreditada su especialidad en tejas mecánicas y artículos cerámicos para la construcción.

Tiene extendida su venta á toda España, consecuencia natural de la gran calidad de sus artículos.

Ha contribuido á gran número de obras importantes de España, y recientemente, que recordemos, á las de la Academia General de Zaragoza, estación monumental de Lérida, estadio de la Exposición, Casa de la Prensa, Cuarteles de Jaca, Barbastro y Huesca, etcétera.

Posee edificio propio con distribuciones y maquinarias con arreglo á las normas más modernas de la industria ceramista, y canteras nacionales y extranjeras para el suministro á la fábrica de los materiales necesarios de la mejor calidad y consistencia,

•••••

La gran potencia fabril *La España Industrial* ha fi-

gurado también como suministradora del Palacio Nacional en todo lo que se refiere á géneros para tapicería, cortinajes, etc.

Entre los distintos aspectos de la Exposición está siendo objeto de calurosos elogios el magnífico pabellón que esta Casa ha instalado en el Palacio de Industrias Textiles, cuyo exquisito gusto artístico no es de extrañar sabiendo los elementos que han contribuido en su construcción, pues tanto el autor del proyecto, D. Vicente Artigas (vocal de la Junta de Inspección de *La España Industrial*, cuyo presidente es el vizconde de Forgas y el secretario el conde de Montseny), como el escultor Navarro y los escenógrafos Sres. Ros y Güell, son de competencia bastante para una obra de tan refinado arte.

La ejecución total del pabellón ha sido llevada á cabo por los talleres y obreros de la misma entidad industrial, por cuyo detalle es más de admirar.



Artístico pabellón instalado por «La España Industrial» en la Exposición Internacional de Barcelona